



Martín Caparrós

Los suicidios de Gardel





© Asís Ayerbe

Martín Caparrós

(Buenos Aires, 1957) se licenció en Historia en París, vivió en Madrid, Nueva York y Barcelona, hizo periodismo en gráfica, radio y televisión, dirigió revistas de libros y revistas de cocina, tradujo a Voltaire, a Shakespeare y a Quevedo, recibió la beca Guggenheim, los premios Planeta y Herralde de novela, los premios Tiziano Terzani, Roger Caillois y Caballero Bonald de ensayo, los premios Rey de España, Moors Cabot y Ortega y Gasset de

periodismo. Ha publicado más de cuarenta libros en más de treinta países y sigue haciendo periodismo en el diario hispanoamericano *El País*, pero ahora se dedica sobre todo a escribir canciones. El primer tomo de *Los tanguitos de Rivarola* ya ha sido traducido al francés, al alemán y al italiano.

Cuando Carlos Gardel muere en un accidente de avión en Medellín, sus fans empiezan a suicidarse en Buenos Aires. Rivarola trata de escribir sobre esas muertes románticas, pero termina enredado con los sindicalistas de un gran frigorífico de Avellaneda, cuya patronal intenta disimular muertes sospechosas. Además, en el Congreso, un senador es asesinado por denunciar esas maniobras infames. Para complicar todavía más las cosas, Raquel empieza a salir con un tanguero de verdad, el gran Homero Manzi, y Rivarola se muere de celos. Aunque ella le diga: «No soy su mujer como no fui la tuya. No soy mujer de nadie, Pibe. No podés entenderlo, ¿no?».

«El autor, uno de los grandes cronistas y escritores de nuestro tiempo, narra la Argentina de antes de la Segunda Guerra Mundial y hace sentir al lector que está allí.»

Juan Cruz, *Babelia*

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© Martín Caparrós, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada: © Riki Blanco

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88236-13-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Rusa, muñeca atolondrada,
papusa sin esposas,
esposa de la nada.

Rusita,
ANDRÉS RIVAROLA

Sus ojos se cerraron
y el mundo sigue andando...

Sus ojos,
ALFREDO LE PERA

Dudo: no sé si estoy más molesto que aburrido o viceversa. Ya pasó mediodía, todavía no comí ni escribí nada y me dedico a extrañar un cigarrillo en mi escritorio cuando el grito me corta el aliento:

—¡Gardel! ¡La reputa madre que lo parió, Gardel!

El grito viene de allá al fondo, junto a las ventanas que dan a Rivadavia, y se renueva, más preciso:

—¡Se mató! ¡Se mató Gardel!

Y ahora sí, veinte o treinta corremos hacia el grito. Junto a un escritorio, Joaquín Romero Piris, subjefe de la sección Espectáculos del diario *Crítica*, está parado con un papel en la mano levantada y el grito se le ha vuelto letanía:

—Se mató, se mató, no lo puedo creer, se mató, pobrecito...

Los que corrimos hacia él y ahora lo rodeamos nos miramos las caras, fruncimos ceños, alzamos cejas, desorbitamos ojos, sacudimos cabezas. Después, en segundos, nuestro silencio se transforma en clamor gallinero. Todos al mismo tiempo queremos decir algo, y lo decimos; nadie entiende. Pero la palabra Gardel y la palabra muerto y la palabra pobre están en cada boca. Hasta que Almeyda, más jefe que los otros, impone el vozarrón:

—¿De dónde lo sacaste, Joaco?

—Acaba de llegar el cable, don Ricardo. La United Press, recién me lo trajeron. En Colombia, dice que fue. No lo puedo creer...

—¿Cómo, por qué? ¿Lo mataron?

—No, jefe, un avión, se le cayó el avión, parece.

El avión suscita comentarios, más grititos, resurrección del gallinero. Almeyda pega un grito, pero ahora para pedir silencio.

—¿Y están seguros que está muerto?

—Y yo qué sé. Eso dicen. Sí, deben estar seguros.

Seguimos amontonados, expectantes. Le pido un cigarrillo a un tipo de Deportes que tengo al lado, pisándome con saña. Justo el sábado decidí dejarlo, por la tos, y juro que ayer domingo lo mantuve. No era para siempre: pensé que cuando se pasara lo peor del frío volvería. Pero hay momentos en que no se puede. Lo prendo; me tiemblan las manos.

—Y sí, si lo mandan así tienen que estar seguros. ¡Pedro, llamá a la secretaria de Botana, decile que estoy yendo a verlo! No lo puedo creer, pobre muchacho. Justo ahora, que iba a volver a Buenos Aires...

«Se mató Carlitos Gardel»

La sexta edición, la de la noche, la que cierra a las tres de la tarde, fue una tapa anunciando la muerte, los cables de las agencias, las primeras declaraciones, poco más. Pero, mientras tanto, docenas de ñatos trabajamos desaforadamente fabricando gardelismo: cada cual buscando alguna historia, un testimonio, una anécdota desconocida o demasiado conocida como para no estar. Y los más avezados tratando de saber realmente cómo fue el accidente, cómo la muerte, cómo eso de lo que todos estamos hablando ahora.

—¡Llámenlo a Lleras! Ya mismo, Señorans, llámalo a Lleras.

—¿A quién?

—Alberto Lleras, el colombiano, gil. ¿No lo conociste? Trabajó un par de años acá en el diario y ahora es ministro de algo en Bogotá, seguro que él nos puede averiguar algo.

—¡A la orden! Ahora llamo a la embajada que me digan dónde lo encuentro.

Toda la fuerza de trabajo que intenta contar el mundo cada día dedicada de pronto a contar la muerte de un cantor de tangos. En media hora medio diario estaba organizado para sacar una edición especial sobre Gardel y su muerte tan rara: morirse en un avión. Los aviones, por supuesto, son peligrosos, pero muy poca gente los usa. El propio Gardel nunca se había subido a un avión hasta hace unos días, y ahora esto.

—¡Sáenz! ¡¿Dónde está Máximo Sáenz?!

—¡Acá señor!

—Ya lo enganchaste al Pulpo, me imagino.

—Está destruido, imagínate.

—Me la soba. Andá a verlo, llorale, llorá con él, llevale vino, lo que quieras. Necesito que hable, que Irineo Leguisamo despida a su gran amigo. Hacete una Last Reason con eso, che. A las siete acá.

—¡Sí señor!

Hay algo bello, excitante en ver la maquinaria forzada hasta el fondo, hombres grandes aburridos que de pronto se convierten en soldados ansiosos o chicos disparados, toda esa energía en marcha para producir mucho antes que nadie: para hacer, si no buen periodismo, un buen diario para mañana a la mañana.

—¡Mondy!

—Maestro...

—Ya lo estás escribiendo, ¿no?

—No, si iba a esperar que me lo pidieran...

—Ponele corazón, Mondy.

—¿Me estás jodiendo?

O en ver a un tipo como Edmundo Guibourg, excorresponsal del diario en París, el mejor crítico de teatro del país, amigo verdadero de Gardel, sentado en su escritorio con una botella y un cigarrillo humeando y los ojos llorosos, tecleando y tecleando.

—¡Rivarola!

Pero a todo chanco le llega, sabemos, su San Martín. Don Guillermo González Galuzzi, el jefe de la sección policiales, mi jefe, tiene designios para mí.

—Sí, jefe.

—¿Pensaste algo?

—No sé, jefe. ¿Qué le parece recordar cuando le chantaron el balazo? Si queremos meter algo policial...

—Es un poco raro hablar de eso justo hoy, pero...

Galuzzi agarra el mondadientes que le bailaba entre los labios, lo mira, lo consulta, recibe su respuesta.

—Dale, hacelo. Total... Y esmerate, a ver si te sale algo bueno.

«Murió ayer, pero debería haberse muerto hace veinte años. Si no hubiera sido por su legendaria buena suerte, la que lo convirtió en el santo protector de tantos trémulos, Carlos Gardel habría muerto aquel 10 de diciembre de 1915, cuando un malviviente le descerrajó una bala en pleno pecho.

Muchos no la conocen, y el propio Gardel hizo todo lo posible por enterrarla, pero la historia empieza, como siempre, con los amores o favores de una mujer. La femme, en este caso, se llamaba –o se hacía llamar– Madame Jeannette o La Ritana...»

Empieza, y después cuento la historia: que la naifa era patrona de un bareca en el centro y que se había encamotado con Gardel pero que estaba comprometida con un pescado grosso, un Juan Garesio que entonces era dueño del Chantecler y de vaya a saber qué otras cagadas y que el tipo, cuando se enteró de que la papusa lo pasaba con Gardel, lo mandó matar. Y que Gardelito era un pibe, que esa noche había ido con unos amigos al Palais de Glace a esperar su cumpleaños 25 y cuando entraba se le cruzaron dos ñatos que le metieron un cuetazo en la teta derecha. Y que cayó y parecía muerto, sangraba como un perro y entonces desesperados los amigos pararon un coche y lo llevaron echando putas al Ramos Mejía y ahí un médico dijo que tenía la bala en el pulmón izquierdo, que operar no se podía y que ojalá sobreviviera. Y que se pasó un par de días más allá que acá pero al final volvió, se salvó, aunque tuvo que vivir toda su vida con esa bala. Y con el miedo: cuando pudo volver a pensar pensó que el quía iba a querer que le terminaran el trabajo, así que se fue a ver a Juan Ruggiero, el patroncito mafioso del Sur, gran puntal de los conservadores, que lo conocía de por ahí, de la noche, y le pidió protección. Y que Ruggierito fue a verlo a Garesio y le dijo que si volvía a meterse con Gardel había guerra, que lo iba a hacer cagar vidrio molido. Y que el otro le aseguró que ya estaba, que no se preocupara, pero igual Ruggierito lo mandó a Gardel a un campo en el Uruguay mientras se reponía, para que estuviera tranquilo y alejado, y que después Gardel volvió y toda su vida le agradeció a Ruggiero lo que había hecho por él y por eso cantaba en los actos del Partido Conservador y que fue el propio Ruggierito el que le consiguió, después, sus documentos de

argentino y que por eso cuando lo mataron, hace un par de años, lo despidió sentido, tocado, como quien despide a un amigo.

«Y así fue como nuestro cantante nacional, la voz inmarcesible que se coló junto a los demás símbolos patrios para terminar de hacernos argentinos y llevar nuestra música y nuestra mística a los confines del planeta, lo hizo todo a puro pulmón con un solo pulmón. Cuesta pensar qué podría haber sido de él –qué habría sido de nosotros– si hubiera tenido dos», termina la nota. Está bien, paga. Así que se la paso a Galuzzi con cierto orgullo: mirá lo que te hice en una horita. Y el tipo, siempre trepado en su silla, con los pies que no terminan de llegar al suelo y la cara chupada por los años, la piel gris del fumador de interiores, la nariz roja de ginebras, la agarra con su famoso lápiz en la mano y al minuto pega el grito:

–¡Rivarola!

–Sí, jefe.

–El tipo acaba de morir y todo el país está llorando, ¿y vos le decís que se atrasó, que tendría que haberse muerto mucho antes? Te fuiste al carajo.

–Yo no digo eso, jefe.

–Murió ayer, pero debería haberse muerto hace veinte años...

Lee Galuzzi con voz grave, faseada, y me dice acá está, empezás tu artículo con eso. Yo le digo que bueno, que sí pero que es cierto, que si quiere le pongamos un quizás.

–Con un quizá lo arreglamos, jefe. «Murió ayer, pero quizá debería haberse muerto...». ¿No le parece?

–No me parece, no. Pero lo voy a mandar igual

Dice Galuzzi, como nunca. Se ve que la muerte del cantante le ha pegado fuerte –o la presión del cierre extraordinario. La redacción está aún más agitada que de costumbre: gritos, tecleos furibundos, risas histéricas, corridas, más tecleo, más gritos.

–Hoy no hay tiempo para tus giladas, Rivarola.

Dice. Mientras, en medio del salón, una voz de trueno para todas las máquinas:

—¿Quién fue el hijo de mil pares de putas que puso el título de arriba en la página tres?

Grita el gran patrón. Don Natalio Félix Botana lleva, en medio del caos, un smoking impecable, una sexta edición en la mano derecha y un puro en la izquierda. Se ve que estaba preparándose para una noche diferente. Pero ahora está en el frente y hay problemas:

—¿Así que el avión de Gardel chocó al aterrizar en Medellín? Eso dice mi diario, animales. Niñitos míos, ¿cuánto tardaron en saber que cuando chocó no aterrizaba, despegaba? ¡Despegaba, niñitos míos, despegaba!

El silencio ahora es una losa.

La verdad, yo no lo conocí mucho. Y nunca me cayó tan bien, tampoco. Pero cuando se muere alguien importante –cuando se murió Yrigoyen el año pasado o mi paisano Pablo Podestá–, uno rebusca en su memoria y fuerza la escasa relación que puede haber tenido con el quía para incluirse en ese duelo, en ese evento del que todos hablan. Aunque, en realidad, uno hace lo mismo cuando el fiambre es el pescadero de la otra cuadra: ay, Pepino, pobre, si no hace un mes que pasé por la pescadería a pedirle que me guardara una merluza.

Yo ya sé que es así pero saber no sirve para nada: igual me pongo a recordar las veces que me lo crucé en el Tabarís, el Chantecler –que ya había cambiado de dueño–, el Marabú, y hasta una vuelta en Los 36 Billares. Aquella fue la primera, yo era chico. Él estaba jugando al billar con un amigo y se le había juntado gente alrededor, los desocupados de siempre, y el pobre estaba hartado: no podía tirar massé sin que dos docenas de ñatos opinaran y aplaudieran y chiflaran lo que hacía, y a mí se me ocurrió gritar uy, la Merello, la Merello, y todos los pánfilos corrieron para la puerta y lo dejaron tranquilo, y entonces Carlos se dio vuelta, me sonrió y me dijo gracias pibe. Yo debía tener 18, 19 años, y estaba con el Gorrión Ayala, por supuesto, y él dice que de ahí me empezó a llamar Pibe y me prendió, pero yo creo que no es cierto; que le gusta hacerme creer que le debo mi mote a Gardel, no sé por qué. Después, ya más grande, me lo seguí encontrando en esos piringundines, en la noche, y nos saludábamos con una sonrisa o con un hola qué tal; él me decía qué tal pibe, por ejemplo, y yo nunca supe si me lo decía con mayúscula o minúscula, si me lo decía porque se acordaba de mí o porque se lo decía a todos. Alguna vez pensé en preguntárselo pero me dio miedo de pasar por gil: si era porque no se

acordaba yo iba a quedar como un otario. Y también pensé que aunque no se acordara me iba a decir que sí y entonces para qué servía preguntárselo. Me complico: me suele pasar cuando algo me inquieta, me molesta.

Y después se fue. Cuando ya fui más grande, cuando empecé a conocer más gente y frecuentar más esos lugares, él no estaba, cada vez pasaba menos tiempo en Buenos Aires, entre las giras y las películas y París y Nueva York acá ni aparecía, la verdad. Ahí empezaron las críticas, que era un vendido, que estaba rematando el tango. Como lo que decía Señorans, que era cartón pintado, un tirifilo que se iba a Francia a que le armaran unas peliculitas con mucho gaucho con sombrero, pampas exóticas para europeos, pura espuma. O lo que decía Borges la otra vuelta, cuando lo vimos con la Rusa en la Richmond, eso de que el tango se fue al carajo cuando empezaron a bailarlo hombres y mujeres como si fuera un baile de salón y a cantarlo esos tenores de opereta como el tal Corsini o el tal Gardel...

Yo no lo creo, y además es verdad que muchas veces, en mis sueños más desaforados, imaginé que Gardel me grababa un tanguito. Recuerdo la envidia espantosa que me dio Manzi, en esos días en que andaba tirándole los tejos a Raquel, porque a él le había grabado más de uno. Yo, en cambio, ahora, me tengo que bancar que a mí nunca me va a pasar. Que te grabe Gardel era como recibirse del todo, que te cuelguen en el pecho la medalla y el cartel que dice tanguero de ley. Nunca voy a tener ese cartel, esa medalla. Aunque, si voy a ser sincero conmigo, por lo menos conmigo, tampoco lo habría conseguido si el Morocho cantaba hasta los 200 años. Sí, me publicaron uno, pero no por eso tengo que agrandarme. O no tanto, por lo menos. Pongo la radio, a ver si le puedo escuchar un par de tangos, y un locutor informa que en homenaje a Carlitos Gardel hoy las radios no pasarán música, y dice que fue una propuesta de Azucena Maizani, la Ñata Gaucha, gran amiga del difunto. Busco un disco que me regaló Beatriz hace unos meses: de un lado Mi Buenos Aires querido, del otro Amores de estudiante. Lo pongo, abro un paquete de Fontanares, agarro la ginebra, me tiro en la cama a escucharlo una vez más: ...mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido...

Y me da gusto, pese a todo, poder recostarme en mi cama, poner la música al volumen que quiero, levantarme para ir a mear en calzoncillos y no tener que vestirme ni esperar turno y cruzar en zolcilloncas el saloncito de mi casa, ver mi mesa, mis cuatro sillas, mi pichón de biblioteca. A mis 33 años tengo, por primera vez, una biblioteca. Y tengo una casa. O, mejor dicho: alquilo una casa, pero la diferencia con la pensión no tiene nombre.

Ahora tengo un baño, una cocina, una salita y dos habitaciones: un departamentito con todos los chiches en un barrio que me gusta, Monserrat, que siempre me gustó. Segundo piso, ascensor que no anda, balconcito que da a la calle Salta casi esquina Carlos Calvo, en lo que queda de ese edificio que fue tan cajetilla, todo entero de la familia Estrugamou, y que ahora, muy venido a menos, lo alquilan dividido para ranunes como yo. Y lo mejor es que pude alquilarlo porque el verano pasado la orquesta del maestro D'Arienzo me tocó un tanguito, cantado por Francisco Fiorentino. No es que lo hicieran mucho, unas docenas de veces, pero alcanzó para que se conociera algo y para que don Julio Korn, el dueño de la revista *Radiolandia*, gran editor de tangos, me lo publicara en su editorial musical. Y con eso saqué unos mangos y entre eso y el sueldo del diario pude dejar la pensión de una vez por todas y mudarme acá. Si parece mentira que lo haya conseguido con el tango de Berta, pobrecita: percanta rante, pobre polaquita, carne importada que llegó de lejos... Alguna vez pensé que era una ironía sangrienta haberle sacado beneficios a su sufrimiento. También pensé que tengo que llevarle algo de la guita a su tía Ruth, para que se la gaste en la nenita, pero la verdad es que todavía no lo he hecho. Y a veces pienso que quizá sea justicia: al fin y al cabo, ella también hacía guita con algo que no debería venderse. O eso decimos, por lo menos.

Además, no fue fácil. Tuve que conseguirme alguien que supiera música para cantárselo y que lo anotara en una partitura. Fue el propio don Julio el que me mandó la persona indicada: Beatriz, medio pariente suya, una mujer de cuarenta y tantos, tan educada, que lo escribió, lo armonizó, lo transformó en una verdadera canción imprimible –y se llevó el treinta por

ciento de los derechos. Pero sin eso la canción no existía, y el treinta por ciento de nada es nada. Y además Beatriz no se limitaba a dibujar negras y blancas en el papel rayado.

Así que ahora tengo mi propio cuarto con mi cama, un ropero, el tocadiscos, y otro que estoy pintando, preparando para que la nena pueda usarlo. Fue otra de las decisiones de estos meses. Estela me escribió para ofrecerme algún arreglo, que empiece a ver a Estelita con un esquema fijo. Después de cinco años sin verlas –ni a la nena ni a la madre– me sorprendió, por supuesto, me volvió loco de ilusión. Después averigüé –el servicio de informaciones de mi vieja es imbatible– que quiere «recomponer su vida» y sabe que si la engancho viviendo con el tipo le puedo sacar a la nena, así que ahora quiere negociar. Hablé con un abogado. El doctor Zabala me dijo que si quisiera hasta podría mandarla presa por adúltera, y el placer de ese poder a veces me carcome. ¿Y si quisiera? ¿Y si lo hiciera? Gardel nunca tuvo una esposa. Algunos dijeron que tenía una escondida, que no la quería mostrar para no decepcionar a todas esas chicas que soñaban con su pinta, su sonrisa, su prestancia de varón porteño. Yo qué sé; sé que nunca tuvo una de verdad, de vivir con ella, que nunca tuvo hijos. Ahora ya nunca va a tener. Ahora ya nunca va a tener. Ya nunca va a tener. Ya nunca.

Es raro ir durmiéndose con esa idea en la cabeza.

Lo que me duele es haber perdido el bar del Gallego García. A veces paso a saludarlo y tomarme un café, o su famoso sánguche de milanesa, pero tenerlo a veinte cuadras no es lo mismo. Y acá, en el barrio nuevo, todavía no le he encontrado sustituto: busco, me desanimo, cambio. Así que esta mañana camino las diez o doce cuadras hasta el diario casi en ayunas, chupando frío como un perro, y me tomo un café con leche con medialunas en la barra del Hispano. Y agarro un par de diarios que tienen ahí encima pero no termino de soportar tanto despliegue de adjetivos, tanta lírica mala dedicada a su voz y su sonrisa y sus bromas de niño y sus poses de guapo y espero que ahora, en la redacción, la furia Gardel se haya pasado y podamos volver a nuestras ocupaciones habituales. Hay pocos momentos tan tristes como esos en que un hombre extraña sus ocupaciones habituales.

—¡Rivarola!

—Acá estoy, jefe, buenos días.

—Buenos serán para vos, gilastrún. ¿Vos sabés a qué hora me fui anoche?

—No, jefe, pero tengo la intuición de que lo voy a saber muy pronto.

—Andá a lavarte el quetejedi, Rivarola.

—A la orden, jefe.

El bailecito nos sale cada vez mejor, más y más rítmico: a veces se le nota que ya casi no tiene sentimiento, que es pura coreografía, pero el público nunca se queja —básicamente porque no hay. Dorrego suele hacerse el que no escucha y el escritorio de Kosinsky, que fue de don Germán, está lo bastante lejos como para que no nos oiga.

—Tenemos que seguirla.

—¿Seguir con qué, jefe?

—¿Estás gil, Pibe? ¿Te agarró la gripe tibetana? ¿Con qué va a ser? Con Gardel, tenemos que seguirla. Órdenes de arriba.

Dice y, como cada vez que lo dice, mueve las cejas y la cara y la cabeza hacia arriba como para señalar unos poderes que, pese a sus gestos, moran dos pisos más abajo.

—¿Nosotros, acá, en policiales?

—Sí, Rivarola, todo el mundo, nosotros también. Dorro ya está escribiendo sobre las veces que lo acusaron de estafas y de plagios, pobre, pero por supuesto dándole la razón en todo. Y a Kosi lo puse a revisarle el tema de los papeles. Pero con vos no sé qué hacer.

—¿En general, dice, o...?

González Galuzzi me mira con esos ojos que querría fulmíneos, rayoactivos, y que son más bien una piltrafa enrabiada. Yo entiendo que no es momento para bromas.

—Si me da media hora, jefe, le propongo algo.

—Media hora son veinte minutos, Rivarola.

Es el sistema clásico: agarrar la pila de diarios que reposa en mi escritorio — y que muchos días ni siquiera deshago— y empezar a recorrerlos rápido a ver si hay algo que me inspire. Algo que se pueda retomar, si acaso, o recuperar o rescatar o revisar o repensar: algo que copiar.

Me paso un rato mirándolos hasta que vuelvo al nuestro y veo que en la página diez de la quinta edición, la que acaba de salir, hay una nota chiquita, bien abajo, sobre una mujer joven que se mató ayer mismo al enterarse de la muerte de Carlitos. Y eso me recuerda que en Noticias Gráficas vi algo sobre un tipo que también se suicidó ayer a la noche y parecía que era por lo mismo. A menudo, todo el arte está ahí: un robo a una fiambrería no le importa a nadie; cuatro robos a cuatro fiambrerías son un plan maquiavélico para acabar con el salchichón primavera que puede tener en vilo a la ciudad. La cosa, entonces, es juntar, rearmar, agarrar lo que hay y transformarlo en otra cosa. Quizás, ahora, esto de los suicidios...

—¡Jefeeeee!

—Acercate, Rivarola, no me hablés a los gritos.

Me acerco, se lo digo: quizá podemos buscar las historias de estos dos que se mataron por la muerte de Gardel; me parece que podrían dar su jugo. Galuzzi está de acuerdo:

—Y pensar que cuando llegaste no sabías sumar dos más dos. Bien, Pibe, me gusta esta idea. A ver cómo te sale.

Nunca había escuchado palabras más halagüeñas en su boca. La muerte del Morocho o la vejez: algo lo está ablandando. Ojalá pueda aprovecharlo.

—...y el Señor, que todo lo da y todo lo quita, le haga la inmensa gracia de acoger en su seno...

Fue raro llegar a este pueblito hecho de huesos. Raro caminar por esos pasillos de casitas demasiado chicas, con puertitas por donde no puede pasar una persona erguida —porque no están pensadas para que pase nadie erguido. Y seguir caminando por estas calles anchas con vereda por donde no circulaba casi nadie: que no están construidas para que alguien circule sino para contener a sus dos lados estas casitas con las puertas pequeñas y sus cruces y sus ángeles y sus nombres tallados en el dintel de piedra: es el nombre del dueño de casa, que muchas veces no es el único ocupante pero sí el anfitrión, el que ha permitido que los demás se instalen a pasar con él, en su casita, su parte de la eternidad. Esa sí que es una invitación.

—...con la misericordia que lo define y lo caracteriza, a una pecadora que, aun en su extravío...

Y fue raro caminar entre los cuerpos escondidos, disimulados entre piedras, cuerpos que ahora son huesos convirtiéndose en polvo y unos nombres en letras pretenciosas, su pretensión de monumentos. Fue raro pasar entre esos nombres como si un nombre fuera algo más que un nombre si está en la puerta de una casita llena de cajas de madera y bronce y una chapa y dentro de cada caja hay unos huesos que poco a poco se van haciendo polvo. Es raro que nos empeñemos en guardar todo eso que nos sobra: material de derribo, lo que queda cuando no queda nada, cuando ya somos, si acaso, un mal recuerdo.

—...siguió siendo su humilde servidora, tan ansiosa de llegar a su vera que, por eso, cometió un error que Nuestro Rey que todo lo perdona sabrá perdonarle...

Y fue más raro salir de las calles de casitas y llegar a esa pampa hecha de huesos: las lápidas pequeñas marcando un pedacito de suelo donde están los huesos, y caminar entre ellas sabiendo que caminás entre los huesos, sobre los huesos, que el suelo es puro huesos, que vas pisando huesos. La pampa es grande, se extiende decidida, huesos y huesos y más huesos hundidos, empotrados, lugar de las pisadas. Y todavía más raro ir más allá: pasar del campo al conventillo. Esas paredes imponentes, varios metros de alto y muchos más de ancho, muros largos hechos de tapas de treinta centímetros por treinta, cada cual con su nombre y una fecha y por detrás —supuestamente— los huesos de ese nombre. Es la muerte en propiedad horizontal, un muerto sobre otro muerto sobre otro muerto al costado de otro muerto y otro muerto, igual que en esos edificios cada vez más grandes que hacen ahora donde sabés que vivís encima de alguno, debajo de alguno, que alguien te está pisando la cabeza, que se la estás pisando a alguien, que del otro lado de la pared hay uno que quizá escupe sangre, del otro lado del otro lado uno que acaba de conocer al amor de su vida y una que lo dejó y una que ya no quiere, por no hablar de los de abajo y arriba y al otro costado y acá los muertos están igual, aglomerados en esta promiscuidad que resultan nuestras vidas y que ahora también, cada vez más, resultan nuestras muertes. Muertos amontonados, muertos sin un minuto de estar solos, muertos sin la menor vida privada.

—...a su humilde sierva la señorita Gladys Esther Mendoza, arrancada de este valle de lágrimas en la flor de su edad, partida sin mácula de este mundo de sufrimientos indecibles...

Alrededor del cura —hombre mayor, levemente torcido, vozarrón en un cuerpo que no está a la altura— se reúnen dos docenas de personas: todas llevan algo negro y, justo junto al orador, capote negro, una pareja de cincuenta y tantos está de negro entero: la madre y el padre de la humilde sierva, la señorita Gladys que, según la notita del diario de esta mañana, ayer, cuando supo la muerte de su ídolo, se tiró por la ventana de su casa.

Tuvo la mala suerte de vivir en un quinto; si hubiera vivido en una quinta, pienso, tonto, otro habría sido su destino, y que la pequeña diferencia puede hacer grandes diferencias pero eso ya lo sabíamos y el chiste es muy malo. No hay que reírse de la desgracia ajena, Rivarola. La chica se tiró del quinto y se partió la crisma y por eso ahora la tienen castigada dentro de una caja larga y estrecha, negra con herrajes dorados, y están a punto de meterla en uno de esos armarios de estación de tren eterna con su nombre en la tapa y la señora de negro entero llora a gritos. El señor intenta sostenerla; ella no quiere que nadie la sostenga. El cura está molesto: quiere terminar su perorata.

—...porque es en el Señor donde sus fieles hallaremos consuelo, Él es nuestro consuelo y nuestro sostén, los que confiamos en Él no tenemos...

La señora no debe confiar tanto y grita más y más, se cae al suelo. El cura se da por vencido. Se había saltado muchas reglas para darle cristiana sepultura a una suicida, pero no soporta los gritos de su madre. Murmura algo; yo creo ver en sus labios que dice «con razón», pero puedo estar equivocado. Echa unas gotas de agua sobre el cajón, hace señales, se despide. Cuatro hombres con overoles azules gastados entran en la escena, levantan el cajón, lo empotran en el agujero en la pared. La señora, desde el suelo, no deja de gritar; su marido está en cuclillas a su lado, le sostiene la cabeza, mira todo asombrado: qué hago yo acá, a quién le está pasando esto. Los demás se arremolinan alrededor de la señora, los hombres de overol se van, el cura de sotana negra se va, yo trato de oír lo que se dicen el esposo y la esposa pero sólo escucho gritos, mocos, toses atoradas. Un hombre joven, su corbata negra, me llama desde unos metros más allá; me acerco, me pregunta quién soy, le digo Rivarola diario *Crítica*, me dice que por favor me vaya. Que si quiero, después van a ir a terminar de despedirla en la casa de la tía Roberta, en Fraga 152, acá nomás, a diez o doce cuadras. Le digo gracias, busco una salida. La Chacarita no se termina nunca.

La casita es modesta pero sólida. Un solo piso, el patio en un costado, los cuartos con puertas a la galería; la clásica casa chorizo porteña, una casa como la de mi vieja, una entre tantas miles. Y en el patio, ahora, desafiando el frío, tres docenas de parientes y amigos toman licores y café, comentan cosas. Tres mujeres han reemplazado al hombre y se ocupan de la madre de la muerta: sentadas en sillas de madera le dan charla, apoyo, compañía. La madre, sin su sombrero negro, parece más flaca todavía: puro hueso, la piel pintada en lágrimas. Yo busco al muchacho que me invitó a venir cuando se me acerca un hombre, el padre:

—Buenas tardes, señor...

—Rivarola, señor, Andrés Rivarola. Trabajo para el diario Crítica.

El hombre suspira. Su traje negro brilla en los codos, el cuello de su camisa se ve gris; también es flaco, mucha nuez, la nariz importante, el pelo negro engominado que necesita un corte; en la mano tiene un vaso grande lleno de una bebida transparente.

—Yo soy Albino Mendoza, el papá de... El papá. ¿Y por qué nos hace el honor, si no es molestia?

El tono no es peleón, más bien curioso. Yo le digo que me disculpe, que vine porque me impresionó la decisión de su hija y querría saber un poco más, que me parece que sería un buen homenaje poder contar qué le pasó, por qué lo hizo, cómo era. A veces me doy asco, pero en general consigo que se me pase rápido.

—¿Qué quiere que le cuente?

Me dice, y yo creo que es una pregunta y estoy a punto de contestársela cuando me doy cuenta de que es una introducción:

—¿Qué quiere que le cuente? Si yo pudiera entenderlo... Yo soy un hombre modesto, que siempre tuvo una sola ambición en la vida: ser decente, trabajar, formar una familia, sostenerla.

Me dice, mirando para abajo: el suelo de baldosas o el vaso de quién sabe. Suele ser bueno hablar con un desconocido: poder decirle lo que querés a alguien que no sabe nada sobre vos, que sólo sabrá lo que le digas; poder decírselo a alguien que no volverás a ver, frente a quien nunca tendrás que hacerte cargo de lo que dijiste. Como hablar sin hablar, como hablar solo, como usarlo para sacarse pesos. Sólo que yo soy un periodista, o algo así.

—Yo me pasé la vida trabajando. Mire, así como me ve tengo 53 años y trabajo desde los 15, cuarenta años trabajando. Y así pude sacar adelante a la familia, comprarnos el pisito donde vivimos, tener una vida decente.

Me dice, y que primero trabajó unos años en una herrería allá en Floresta pero que después consiguió un trabajo en un laboratorio donde hacen unos remedios y que le fue bien y ahora es encargado de mantenimiento, que tiene como ocho o diez personas a su cargo y todos lo respetan, le hacen caso, no le dan problemas. Y que en casa también tuvo suerte, que Florentina, pobrecita, es un primor, nunca una complicación, nunca una queja, que lo apoyó desde el principio y que de verdad nunca se quejó, ni siquiera cuando perdió aquel embarazo y le dijeron que no podía tener más, que los dos habrían querido una familia de tres o cuatro chicos pero se tuvieron que conformar con una, con Gladys, con la pobre Gladys, pobrecita, dice, y que capaz que a él le dolió más que a ella porque él siempre extrañó tener un pibe para enseñarle un poco el oficio y llevarlo a ver a Chacarita y esas cosas, dice y suspira muy hondo, un suspiro muy fuerte y un trago de su vaso para tratar de no llorar.

—Dicen que los hombres no lloran, ¿no? ¿Usted se cree que si uno llora se vuelve menos hombre?

Me dice pero ya sé que no espera respuesta. Que Gladysita siempre fue muy suya, dice, que era un caso, que en la escuela cantaba y recitaba y las maestras les decían esta nena es una artista, va a ser una artista, pero que cuando terminó la escuela y empezó a trabajar en el taller textil se le agrió

un poco el carácter, que él le decía a Flore y Flore le decía que no se preocupara, que era así porque recién había empezado a trabajar y que eso al principio no te gusta pero que pronto iba a encontrar un hombre y cuando se pusiera de novia y todo eso ya le iba a volver la alegría, que no me preocupara me decía, me dice y se sonríe melancólico:

—Que no me preocupara, me decía, y creo que tenía razón, como siempre, tenía razón la pobre.

Dice, y que fue así, que cuando la Gladysita conoció al cerdo ese le cambió el humor, le cambió todo: que fue hace como tres años, cuando ella tenía 18 o 19, y que él debía tener más de 25, vaya a saber, con las edades de los hombres uno nunca sabe, y laburaba en la oficina de un abogado, siempre empilchadito, siempre amable, lo hubiera visto, me dice, y yo no puedo evitar un sobresalto: yo también fui, a mis 25, empleado siempre empilchadito siempre amable en la oficina de un abogado hasta que el juego me hizo trampa y me echaron y todas esas cosas que al señor Mendoza, ahora mismo, le importan tres carajos.

—No sabe, maestro: la ilusión de cualquier padre. Un muchacho bien puesto, bien educado, buen laburo, atento. Cuando empezaron a noviar en serio venía a veces a casa y con la Flore decíamos qué suerte que tuvimos con este pibe, ¿no?

Dice, y que la Gladys más contenta estaba, por supuesto, que se levantaba contenta y se iba a laburar contenta y les contaba los planes que tenían, que ya estaban ahorrando y se iban a casar en dos años más o menos y en cuatro tendrían el primer pibe y que iban a tener dos y que iban a trabajar en serio para que pudieran ir a la facultad si eran hombres o a aprender algo si eran nenas y que no sabían lo feliz que era, que ojalá ellos también pudieran ser así de felices nos decía y todo era así, así nomás, dice, y le da un tiento al vaso, así nomás. Y que el cerdo tenía una buena sonrisa, el pelo negro y que se lo peinaba así para atrás con mucha gomina, a lo Gardel, y que la verdad que un poco se parecía a Carlitos, un poco, pero bueno, un poco sí, y a la pobre Gladysita le gustaba, a veces venía y nos hablaba de él y le decía mi Carlitos, cerdo de mierda. Gustavo se llamaba el muy turro, Gustavo Eduardo Pérez, nada, Gustavo, dice, y que ahora dice

todo eso pero que la verdad que les caía muy bien, ni se lo sospecharon, y que el lío fue el día que fue y les dijo que se había quedado sin trabajo, que el abogado había cerrado el estudio, dice, resopla, sopla lo que queda en el vaso, me dice que un momento, que ahora vuelve, que si quiero algo. Yo le digo que no, que acá lo espero, y lo espero. No tarda; se ve que está impaciente por seguir con su historia:

—Hijo de puta, qué hijo de puta. Nos dijo que estaba preocupado porque se había quedado en la calle, el muy hijo de puta. ¡Ojalá, en la calle! Preso, lo metieron. A la semana nomás ya estaba preso.

El yerno modelo resultó ser un estafador, cómplice de un abogado verdadero o falso que le sacaba la plata a los viejitos con cuentos de inversiones, dice. Y que al final capaz que el cerdo la quería en serio a la pobre Gladysita, o algo así, que le escribió dos o tres cartas desde Caseros diciéndole eso, que la quería, que lo fuera a visitar, que lo esperara, que en tres o cuatro años ya estaba afuera y entonces podían casarse y tener su familia y sus chicos y sus sueños pero ella por supuesto ni se le ocurrió casarse con un delincuente o capaz se le ocurrió pero cuando nos oyó ya lo dejó y supo que con ese cerdo no podía hacerse una vida y no sabe, me dice, el ataque cuando fue a buscar la libreta para sacar los ahorros y descubrió que eso también se había llevado.

—No sabe lo triste que estaba, pobrecita. Le rompió el corazón, el muy hijo de puta.

Dice, y yo le pregunto cuándo fue y él me dice que hace un año, más o menos, quizás un poco más, y que ahí fue que Gladys empezó a coleccionar las fotos de Gardel, que antes le gustaba y lo escuchaba cuando salía por la radio y le había visto una película pero ahí se puso necia, pobrecita, no pensaba en otra cosa ni hablaba de otra cosa ni escuchaba otra cosa, se había comprado un tocadiscos viejo que vaya a saber de quién había sido y seis o siete discos y los oía todo el tiempo, se estaba enloqueciendo, dice, y peor fue que la Florentina me dijo que una noche la había espiado y vio que antes de acostarse le dio un beso a cada foto, tenía como veinte, y después supimos que hacía lo mismo cada noche, todas las noches. Tonterías de juventud, creímos que eran tonterías de juventud, de cabecita fresca, que se

le iba a pasar cuando encontrara otro muchacho, por eso le decíamos que saliera, que llamara a una amiga y por lo menos se fueran a dar una vuelta por la plaza de Flores, algo, pero ella no, que para qué si lo tengo a Carlitos, para qué si todos los hombres son iguales, decía, salvo Carlitos todos son iguales, tenía una tristeza que no le puedo explicar, me dice: no le puedo explicar.

—Preocupados nos tenía, la verdá, muy preocupados, sobre todo yo. Pero la Flore me dijo ya se le va a pasar, son cosas de la edad, ya vas a ver, me decía, ya se le va a pasar. Pobrecita, ya se le va a pasar.

Dice Albino, nuevo beso al vaso, la voz más ronca, la mirada baja, y que él estaba preocupado pero nunca se imaginó lo que al final pasó, señor, le juro por mi madre que eso nunca me lo habría imaginado, dice, nunca jamás en la vida, señor, eso sí que se lo juro.

—Todo culpa de esta locura moderna, señor, de la radio y de las revistas y hasta los diarios como el suyo. Cuando yo era pibe no había estas cosas, estas cosas no pasaban...

Dice que no, que estas cosas antes no pasaban y qué va a ser de nuestra vida ahora, dice: que qué va a ser ahora de la vida de ellos, que si me puedo imaginar a su pobre señora, que Gladysita era su vida, que estaba tan ilusionada con los nietos, dice, tan ilusionada.

—¿Quién le dice ahora que nunca va a tener ni un nieto?

Y yo le digo, en voz baja, como quien habla sin hablar, que ya se debe haber dado cuenta y él me dice que no, espero que no, me parece que no: ¿quién se lo dice?, dice, y se pasa la mano por la cara, y yo quiero preguntarle cómo fue el suicidio pero no me atrevo, no quiero meter el dedo en esa llaga horrible. Albino Mendoza se queda callado, yo me quedo callado, nos llegan los rumores de las demás conversaciones, sollozos de su esposa. Y entonces él me dice que no sé, usté no sabe, me dice, lo que fue ayer, que él llegó del taller como a las siete, que ya estaba oscuro y que su mujer estaba en la cocina y la fue a saludar y ella le preguntó si le hacía un mate y él le dijo que sí y le preguntó por la nena y ella le dijo que sí, que estaba en su cuarto, y entonces él le preguntó si se había enterado de la muerte de Gardel y ella que sí, que por eso ahora se había encerrado y los

dos dijeron bueno, ya saldrá a la hora de la cena y charlaron un ratito de pavadas mientras Flore cocinaba hasta que escucharon unos golpes en la puerta y la vecina de la planta baja a los gritos la Gladys vengan vengan la Gladys la Gladys, me dice, dice la Gladys cada vez más bajo, en un murmullo, y al final ni lo oigo, que la Gladys la Gladys.

–Si lo agarro lo mato.

Dice de pronto, irguiéndose, la voz resuelta, la mirada.

–Si lo agarro lo mato.

No me entiendo. Me he pasado un rato largo escuchando a un señor que me cuenta lo peor que le puede pasar a una persona. Que una hija se muera debe ser espantoso; que una hija se mate es inimaginable. Y yo acabo de escuchar a ese señor contármelo y no termino de entender para qué, por qué lo hago. Es cierto: ahora puedo escribir una nota más o menos brutal sobre la vida de Gladys Esther Mendoza, la suicida de Gardel. Es cierto: me enfrento con algo que no entiendo, con algo que no puedo entender y al final para eso sirve esto: para enfrentarse con lo incomprensible, para escribir sobre lo que uno no podría hacer, ni siquiera entender. Pero, aun así: para qué todo esto.

Supongo que la única forma de entenderlo –la única forma de no tener que seguir preguntándomelo– es irme al diario y escribirlo. Entonces va a tener sentido: un sentido idiota, tan menor, pero sentido al fin. Para eso, supongo, sirve ser periodista.

–Pobre, no hay que hablar mal de los difuntos, pero la chica estaba más loca que un plumero.

Me dice, cuando ya me voy, casi en la puerta, una señora de 60, ancha, bien plantada: que ella es la amiga del barrio de la Florentina y que no quiere hablar mal pero que la nena estaba como un trompo, que la verdad que le da mucha pena pero sorpresa no, que de esa chica podía esperarse cualquier cosa.

—¿Y por qué me lo dice, señora?

—Porque yo sé cómo son estas cosas, señor, y no quiero que se lleve una idea equivocada. Ahora le van a inventar que es un ser superior porque se tiró por la ventana. Y no era ningún ser, señor, era una loca grave.

Dice, y se vuelve al patio, a consolar a su amiga del alma. Yo, por suerte, me quedo cada vez más confundido. ¿Lo llamamos locura? ¿Qué pasa por la cabeza de una chica de veintipocos años que decide que ya no quiere vivir porque un hombre con el que nunca habló en su vida se mató en un accidente a miles de kilómetros? ¿Era alguien que podría haberse matado porque mañana va a llover o porque el himno paraguayo no dice barlovento? ¿Alguien que solamente buscaba una excusa, cualquier excusa, para tirarse desde un cuarto piso? ¿O era alguien que de verdad se había inventado un vínculo tan intenso con el pobre Carlitos que pensó que no podía vivir si él no vivía? ¿Se puede tener esa relación tan estrecha con alguien que no sabe que existís? ¿Estoy seguro de que es peor que otras?

Lo bueno de ser periodista o algo así, te dicen, es que uno se asoma a otros mundos, a situaciones que te hacen pensar en cosas que nunca habrías pensado. Lo bueno, se supone, es poder enfrentar esas situaciones con distancia, con la mirada razonada de un profesional. Esa parte, parece, todavía no me tocó en la rifa. La pregunta se me repite una vez y otra vez: ¿qué mierda pasa por la cabeza de una chica de veintipocos años que decide que ya no quiere vivir porque se mató un hombre que nunca la vio? ¿Qué mierda pasa por la cabeza de la gente?

Gardel era, antes que nada, el tipo que todos los varones argentinos envidiábamos. Es un sacrificio necesario: alguien tiene que resignarse a recibir toda esa energía envidiadora que, si no, podría desparramarse por el aire. No es que por envidiar a Gardel no vayas a envidiar a tu vecino del tercero, a tu jefe, a un Anchorena –pero un poco menos. Ya tenés parte de tu envidia ocupada, resuelta y, al mismo tiempo, ese ejercicio te la va domesticando: al envidiar a alguien que admirás, la envidia se va tiñendo con mejores sensaciones. Lo cual no quita que, de tan envidiado, su muerte también fue un alivio: bueno, no se puede tener tanto. ¿Qué quería, tener toda la pinta, toda la plata, todas las mujeres y vivir hasta los 180? Su muerte no sólo te salva de envidiarlo sin parar; también restablece cierto equilibrio, te devuelve la fe en que todo se compensa, todo se paga de algún modo. Y sí, tuvo la vida que tuvo, por eso se fue antes. Su muerte confirmó una vez más el lema de la patria: el imborrable «Todo no se puede».

Por eso me imagino que, por unos días, vamos a celebrar su muerte con encono. Y por eso, supongo, termino por hacer lo que venía pensando desde el lunes, cuando nos enteramos. Cuando se me ocurrió pensé que era una idea atrevida, casi impertinente, y que yo siempre con esas. Poco después entendí que docenas y docenas debían estar pensando exactamente lo mismo y, en medio de la decepción, creí que igual valía la pena tratar de escribir un tanguito de homenaje a Gardel. Y entonces otra vez se me ocurrió algo que al principio me pareció el colmo de lo original y, enseguida, una obviedad. Es la historia de mi vida: primero me creo un

visionario, un precursor, hasta que me doy cuenta de que tengo la idea que tuvo todo el mundo. Entonces, en general, la decepción me hacía dejar de lado lo que se me había ocurrido; cada vez más intento no hacerlo. Así que seguí adelante con mi idea de retomar uno de sus tangos más famosos y cambiarle la letra, para que su música lo evoque de movida y mi letra se monte sobre esa impresión. Anoche, volviendo a casa, paré en una librería de la avenida Entre Ríos y me compré las partituras de Mi Buenos Aires querido y Volver, para tenerlas completas. Y caminando todavía se me ocurrieron las primeras estrofas con el modelo de Volver. Aunque me parece que me fui un poco al carajo con una mística de charango y alpargata:

Ya te vemos allá lejos,
ya sabemos que tu estampa
será siempre nuestra estampa.
Tu sonrisa tan porteña,
tu mirada que las pampas
no pudieron contener.
Y aunque quisimos guardarte
siempre supimos que te ibas a volver
a aquellos cielos de donde viniste,
a esas alturas de amor y placer,
a tu morada de dios que dio un paseo
por esta tierra triste que no pudo ser.

Gardel,
es la voz argentina
que brilla en la noche trayendo la luz.
Saber
que tu son no termina,
que tu canto nos hace,
que aunque un siglo se pase, borrando otras voces,
la tuya estará.
Vivir,
como vive esa frase

que todos sabemos,
que no morirá.

Pero después me pareció que era mejor no seguirlo: que si insistía en esa vena me iba a perder más todavía en vericuetos místico-baratos, así que le di un descanso, ya lo terminaré uno de estos días. Y agarré de mi biblioteca –mi biblioteca– el *Poeta en Nueva York*, del gallego García Lorca, y en lugar de ir a perderme por ahí me quedé en mi casa. Eso es nuevo: ahora puedo quedarme en casa. Soy un burgués casi completo: ya estoy listo para la bata y las pantuflas, la panza y la pelada. Sólo que, para eso, tengo que trabajar todos los días.

–¡Rivarola!

Esta mañana Guillermo González Galuzzi tiene dos mondadientes: uno en la comisura izquierda, otro en el medio de la boca. Es un estreno, primicia mundial: en los años que llevo viéndolo gozar del monda, malabarear los mondas, dominar el monda como nunca nadie, jamás lo había visto manejar dos al mismo tiempo. Algo debe pasar; algo que, por un momento, me preocupa. Pero para gritarme se saca el del medio: eso me tranquiliza.

–¿Jefe?

–¿Qué tal te fue con el entierro?

–Bien, conseguí que fuera de otro.

–Qué gracioso, Rivarola. ¿Vas a escribir ahora eso de los suicidios que me dijiste ayer?

–Preferiría hacer uno más y después poder darlos juntos o seguidos o algo, ¿no le parece?

Galuzzi refunfuña algo que debe ser andate al carajo o como quieras o callate la boca; yo empiezo a volverme a mi escritorio cuando veo que Kosinsky me hace una seña rara. No es rara porque no sea clara: su cabezazo hacia la izquierda, donde está el pasillo, es bastante elocuente. Es rara porque me la hace Juan Kosinsky.

Todavía no sé qué pienso de él. En este mundo en que no parás de conocer gente todo el tiempo, tenés la obligación de juzgarlos rápido, hacerte una idea a favor o en contra en un ratito. Yo no soy bueno para eso, y con este peor. La cosa empezó mal, mezclada: Kosi llegó hace un mes para reemplazar a don Germán, que por fin aceptó jubilarse. Hace años que los jefes lo venían presionando, porque estaba viejo, trabajaba poco y cobraba bastante –para lo que hacía. Pero don Germán no tenía ninguna gana de ir a pudrirse a su casa con sus tres gatos y sus miles de libros así que se hacía el gil. Estaba en el diario desde el primer día: se entendía que eso le daba el derecho de quedarse hasta que decidiera lo contrario. Pero la tarde en que se desmayó sobre su Remington el susto fue tremendo y unos días después, cuando volvió a su puesto, don Natalio lo llamó a su oficina y le ofreció algo que don Germán no quiso contarnos: no era plata, nos dijo, el hijo de mil putas es más vivo que eso. Al otro día su escritorio estaba limpio, y una semana después llegó Kosinsky.

Juan Kosinsky debe tener 25, 26 años, aunque con los rubitos como él nunca se sabe. Y así como no le sé la edad, tampoco le conozco el resto. No es que se haga el misterioso, ni que nos llevemos mal; es más bien que en estas semanas ni él ni yo tuvimos tiempo de saber quién es el otro. Hablamos lo indispensable para el trabajo: ahora él es el nuevo, yo ya soy el redactor con experiencia; su llegada me sacó del fondo del tarro y me puso más cerca del medio. Supe, por el chisme de un compañero de deportes, que el que lo trajo fue Raúl González Tuñón, el poeta, nuestro corresponsal de guerra en el Chaco; tiene mucha banca en el diario, la suficiente como para hacer entrar a alguien. Así que Kosi debe ser amigo suyo o compañero o algo; en todo caso parece claro que es un pibe que acaba de salir de un frasco –la facultad de letras, el Once, algún jardín de infantes– y que todavía no sabe bien cómo ponerse. Pero bien, con ganas de ser útil y gustar. Ya se le va a pasar.

–Disculpame que te llamé así, pero quería que habláramos en privado.

–Si esto te parece bastante privado...

Le digo: estamos en el pasillo que lleva a los baños, solos, recostados contra la pared, fumando; nada sospechoso. Ni tiene por qué serlo, supongo.

–Sí, no te preocupes. Era sólo que no nos viera el jefe.

–No nos ve. ¿Qué vamos a hacer, darle un golpe de Estado?

Kosinsky se ríe, dientes muy blancos, pecas en las mejillas, un buen chico judío en el lugar equivocado. O quizá no.

–Hay una historia que te quiero pasar, un tema para que se lo lleves a Galuzzi.

–¿Un tema para la sección? ¿Y por qué no se lo llevás vos directamente?

–Si se lo llevo yo no me va a dar pelota. O se lo va a tomar con sospecha, no sé, no va a ser lo mismo. Pero si no querés...

–No, tranquilo. Contame qué es y te digo.

Kosinsky empieza enredado, nervioso: como si tuviera mucho miedo de equivocarse en algo.

–Es una historia complicada. ¿Vos viste que hace unos días dimos muy chiquita una noticia de la quema de un ranchito cerca del Riachuelo?

–No, la verdad no me acuerdo. ¿Habría sido un día que tuve franco?

–No sé, puede ser. O capaz que fue el día que se murió Gardel, o al día siguiente. Llegó en el parte y la redacté yo, era una historia sin más vueltas, un ranchito de madera y lata quemado al lado del frigorífico La Negra, podía haber víctimas pero todavía no se sabía nada, todo muy confuso.

Dice, y vuelve a mirar a los costados, saca un atado de Particulares, me ofrece, me da fuego con un encendedor de esos de metal.

–Supe un par de cosas más, me parece que vale la pena seguirla.

Me dice, y que sí que hubo víctimas: una mujer de treinta y tantos y una nena de cinco o seis, que las dos murieron quemadas, no pudieron salir las pobrecitas. Y que la policía está buscando al marido, que desde ese día nadie lo volvió a ver, que al principio creyeron que se podía haber quemado también con el rancho pero cuando terminaron de remover vieron que no, que no estaba, y nunca más apareció.

–Da la impresión de que puede haber una buena historia. Supongo que lo primero sería ir a la comisaría de la zona a ver qué saben, qué creen que pasó.

–Sí, claro, eso sería lo primero. O lo segundo. Primero le digo a Galuzzi y si me autoriza mañana mismo voy.

–Perfecto, Rivarola. Y cualquier cosa teneme al tanto, ¿no?

–No te preocupes, Kosinsky. La seguimos.

–Gracias, Rivarola.

Me dice, me palmea un hombro y camina hacia su escritorio. Yo no entiendo qué carajo me agradece.

—¡Qué tragedia, Rivarola!

Tardo un momento en entender que me está tomando el pelo: por pereza, esta mañana me puse el mismo traje que llevé ayer al entierro de la chica Gladys, y se ve que Jordi Señorans lo encuentra demasiado aparatoso, inapropiado para cenar con él.

—¿Viste, Seño? Tragedia total, ahora te cuento. ¿Qué pedimos?

Estamos en El Globo, viejo boliche casi pretencioso a la vuelta del diario; acabamos de sentarnos en una mesa con ventana, y alrededor la sala amplia con vitrales, las arañas medio pelo, el batifondo de un centenar de comensales.

—Acá se come puchero, Pibe. Sobre todo un jueves a la noche con la página recién cerrada.

Acordamos el puchero para dos, lo pedimos con un litro de tinto, soda y hielo y nos miramos:

—¿Y ahora en qué kilombo te metiste, Pibe? ¿Algo importante, algo solemne, algo dramático?

Me pregunta, casi preocupado, y yo le digo que no, que lo llamé porque hace mucho que no nos veíamos, que no pasa nada. Y le pregunto qué tal llevaron en su sección la maratón Gardel y me dice que bien, que después del primer día no tenían mucho más que hacer así que ya están de vuelta en la normalidad, que lo único curioso fue llamarlo al colombiano Lleras, que él lo recordaba de cuando estuvo en el diario hace unos años y era un tipo jodón, divertido, pero ahora que lo hicieron ministro parecía que se había tragado un palo de escoba, dice, y que, por lo que supo, está en carrera porque quiere ser presidente, pobre hombre.

—Bueno, vas a tener un amigo presidente, talanca, no te quejes.

—¿Amigo? ¿Presidente? Son palabras que no se juntan, Pibe.

La fuente de metal plateado es un lecho de garbanzos y zanahoria y puerro y cebolla y zapallo y, por encima, cachos de pollo, falda, panceta, medio chorizo, unas rodajas de morcilla. El puchero de El Globo es una síntesis de algo; por si acaso, atacamos. Con la boca repleta, Señorans me pregunta en qué ando estos días. Yo le cuento la historia de Gladys y su suicidio y mi impresión y me dice que locos hay por todas partes; yo le digo que locos por supuesto, pero locos que se quieran matar por alguien que no conocen no sé si hay tantos y él me dice que no me quede mirando la mosca posada en la pared de veinte metros, que no me deje llevar por el detalle curioso, que tenemos que contar historias que representen algo, que cuenten de algún modo nuestro tiempo: no perderse en lo más extraño, buscar lo representativo, dice, y yo le digo que a menudo no son opuestos.

—A veces lo extraño es muy representativo. Fijate esto, tan extraño, que una chica se mate por Gardel, es representativo de una época en que no hay en qué creer y que las radios y las revistas están ocupando un lugar desmesurado, delirante, que nunca habían tenido.

—Tranquilo, Rivarola, que se te van a atragantar los garbanzos.

—En serio, catalán. Parezco muy decidido, pero sigo sin saber cómo contarla.

Le digo, y que la historia de Gladys Mendoza tiene, como todas, por lo menos dos opciones: se puede resumir diciendo que era una joven muy sensible que venía de sufrir un desengaño amoroso y tomó una determinación extrema que ha sumido en el dolor a sus seres queridos, o se pueden dejar atrás los lugares comunes y las cursilerías y contar la historia. Por supuesto, al contar la historia siempre se pueden incluir lugares comunes y cursilerías, que nunca falten, digo, pero no es lo mismo contar lo que pasó que ajustar lo que pasó a los moldes disponibles.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué, talanca?

—¿Y entonces te queda alguna duda de lo que tenés que hacer? Si vos mismo lo definiste lo más bien.

–Sí, pero al mismo tiempo para qué carajo contar con detalle y con particularidades la historia de esa pobre chica...

–Para nada, Rivarola, porque trabajamos de esto, vivimos de esto. Y mirá que te lo digo yo, que siempre creí y sigo creyendo que tenemos que cambiar el mundo. Pero no todo el tiempo, no todos los días, no en todo lo que hacemos. Sería genial, sólo que no se puede.

Me dice, y que disfrute, que cuente buenas historias, que ya se verá para qué le sirven a cada cual, que no me preocupe tanto por eso, que disfrute.

–Empezás a repetirme, Señorans. Que disfrute ya me lo dijiste.

–No, te lo digo dos veces porque tenés que disfrutar dos veces: cuando lo averiguás y te da ese gustito, cuando lo escribís y te da ese otro gustito, Pibe, ¿me seguís?

Yo me río despacio: me gusta mucho cuando Jordi Señorans, que si acaso me lleva diez años, se pone en padre y profesor y me explica lo que tengo que hacer en la vida y el trabajo y a veces el amor y a veces las carreras.

–Claro que te sigo. Adónde quieras, catalán de mi alma.

En la fuente ya no quedan proteínas animales; algún garbanzo guacho, desdeñado. Señorans se golpea la frente con la mano y dice que casi se olvida:

–Casi me olvido, Rivarola, te tenía que decir una cosa importante. ¿Escuchaste el tango nuevo que se escribió Discepolín, lo escuchaste?

–¿Cuál decís, talanca?

–Uy, te pillé, por una vez este gallego gilún te va a desayunar a ti de un tango que no conoces. Uno que salió ahora, en esta película, El alma del bandoneón. Ya lo escuché varias veces, es extraordinario. Uno que empieza que el mundo fue y será una porquería. ¿De verdad no lo conoces?

Yo no tengo más remedio que aceptar mi derrota. Le pregunto dónde lo puedo oír y me dice que le parece que todavía no está grabado en disco pero que en la película sí lo cantan, ahí lo puedes escuchar seguro.

–Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé, en el 306, y en el 2000 también...

Canturrea Señorans, y me da de verdad la ansiedad de saber cómo sigue. Es tan necio esto de escribir cositas cuando el maestro Discépolo anda dando vueltas por ahí. Tiene mi edad, el muy hijo de puta.

—¿Tú sigues escribiendo tangos, Pibe?

—Bueno, si podemos llamarlo escribir...

—El otro día Raúl me decía que ya no tiene sentido, que esto de los tangos se acabó. Que de ahora en más todo lo que se escriba van a ser tangos que Gardel nunca cantó. Tangos bastardos, nacen sin padre... Ya no vale la pena, me decía.

—Bueno, Raúl nunca escribió uno.

—¿Y tú qué sabes?

Vamos por el fondo del segundo litro, o quien sabe el tercero, y es mi oportunidad, o me parece:

—¿Qué Raúl, González Tuñón?

—Sí, claro, nuestro compañerito de oficina.

—Justo ahí quería preguntarte una cosa, Señor.

—Ya sabía yo que había gato encerrado.

—No seas gil, talanca, es una tontería. Nada, si sabés algo del nuevo de mi sección, Kosinsky.

—¿Tipo raro, no?

Me dice, y mira para otro lado, se hace el tonto.

—Sí, por eso te pregunto. Me dijeron que lo trajo González Tuñón. ¿Eso te dice algo?

—No mucho, la verdad que a Raúl no le conozco mucho las aficiones. Bueno, una sí: los soviets. ¿A este Kolinki lo trajo él, me decís?

—Kosinsky, se llama, y sí, lo trajo él.

—Entonces si no es comunista le pega en el palo. Pero no sé más nada. Si querés te averiguo.

—Sí, claro, si podés me vendría perfecto.

—Vos fumá, Rivarola.

Dice, y se ríe a carcajadas:

—¿No me quedó precioso? Más porteño que el Peludo Yirigoyen...

—Cada vez que vos decís vos, catalán, un gaucho resucita para morirse de un soponcio.

Me gustaría decir que todo ha cambiado mucho desde entonces pero no: el Riachuelo sigue siendo el mismo despilfarro de olores, el río que no corre, negro, cada vez más lleno de mugres y grasas y barquitos que se aventuran porque no tienen más remedio. Debe hacer un año, año y medio desde la última vez que lo crucé para ir al Farol Colorado y al galpón de Balducci y otros lugares turbios de la ribera sur para seguir los rastros de la pobre polaquita, pero nunca había estado en esta comisaría, a la entrada de Avellaneda, territorio de la famosa policía de la Provincia.

Y no se me hace fácil. En un país donde todas las policías tienen fama de ser violentas, coimeras, corruptas, sirvientas del poder político, la policía de la Provincia de Buenos Aires tiene fama de ser más violenta, más coimera, más corrupta, más sirvienta del poder político: es un logro. Suelen jactarse del invento del croata Vucetich, que trabajaba para ellos hace unos cincuenta años, cuando inventó el tema de las huellas digitales y se convirtió en el santo patrono de todos los botones del mundo, el Rey Botón. Pero nadie tiene tanto mérito como esos héroes anónimos, soldados del día a día, que construyeron esta estructura casi perfecta en que ningún tráfico, ninguna ventajita, ninguna corruptela les escapa.

—Buenos días, sargento. Vengo a ver al comisario, por favor.

Digo, con el peso de la institución sobre los hombros.

—¿Qué comisario? ¿Quién te dijo que podías aparecerte así en la puerta y decir que venís a ver al comisario?

—Perdón, mi nombre es Andrés Rivarola, soy periodista del diario Crítica.

—Ah, disculpe, señor, me hubiera dicho.

El sargento se pone la gorra, oculta sus crines indomables, se cuadra y me hace entrar por un pasillo lateral del caserón grande, moderno, bien pintado, hasta una oficina con una puerta de vidrio de dos hojas, sus cortinas opacas. El sargento golpea la puerta, pasa, dice disculpe señor un periodista quiere verlo y el comisario empieza a gritar pero qué te dije y entonces se da cuenta de que yo estoy ahí delante y le dice hacelo pasar, Fernández, y después vení a verme. Yo paso: en la oficina del comisario Laguna lo primero que se ve es un escritorio grande y sólido y limpito como el culo de un bebe; detrás, una pared con retratos de San Martín, Bartolomé Mitre y el presidente Justo; entre el escritorio y la pared de los retratos, él. El comisario Benito Laguna es un señor bien relleno de unos 60 años, poco pelo, la papada derramada sobre el cuello de la camisa, la nariz ancha, los ojos inquietos escondidos en la grasa.

—¿Cómo me dijo que se llamaba, estimado?

—Rivarola, comisario, Andrés Rivarola.

—¿Y me dicen que trabaja en Crítica?

Le digo que sí y que vengo a verlo porque quiero preguntarle y él me interrumpe para decirme que qué tristeza la muerte del pobre Gardelito y que él leyó con detalle todo lo que publicó *Crítica* y que no me puedo imaginar la tristeza que le produjo y que recién ahora se está recuperando pero qué bien poder leer cosas sobre él para acompañar un poco la tristeza, dice: el comisario habla enrulado, palabras que se le pegan como abrojos.

—Sí, fue mucho trabajo, mucha gente esforzándose.

—Bueno, Carlitos se merecía lo mejor, pobre hombre. No sabe la tristeza que me dio su muerte. Y yo lo conocí, no se vaya a creer.

Me dice el enrulero o enrulador y se lanza a una larga evocación de aquella noche en el club Independiente en que Gardel vino a cantar en un acto de los conservadores y él estaba ahí, todavía no era comisario sino teniente a cargo de no sé bien qué y entonces no me importa cuál y sin embargo qué carajo tal y así de seguido: una larguísima historia llena de repeticiones que termina en el momento culminante en que Gardel mientras salía le dio la mano y le dijo gracias, comisario.

–Y yo todavía no era comisario, estimado, fíjese. Si el hombre era clarovidente, cómo es que dicen, claravidente, sabía ver el futuro de las personas que veía, qué tristeza.

Yo escucho resignado, buscando la oportunidad. Quizás esta tristeza –la número 27 o 28– lo sea:

–Disculpe, comisario, ¿le puedo hacer una pregunta?

–Por supuesto, mi estimado, todas las que quiera. Para eso estamos.

–Mire, querría tener más detalles sobre el incendio de este ranchito en el barrio del frigorífico La Negra, que me dicen que hubo un par de víctimas...

–Sí, hubo un par, sí. Dos, más exactamente: una mujer y una nena, que parece ser su hija.

–Exacto, eso. ¿Me podría dar más detalles, entonces?

–Sí, cómo no.

Dice y pega un grito: ¡Fernández! Esperamos segundos y Fernández, que debía estar detrás de la puerta, aparece y se cuadra: sí, mi comisario. Mi comisario le dice que necesita que venga el oficial a cargo del incendio este del otro día porque acá el señor... ¿cómo era?, sí, el señor Rivarola necesita información sobre el asunto.

–El oficial soy yo, mi comisario.

Dice Fernández, la voz baja, la mirada también, y el comisario le dice que qué bien, que nos puede dar la información ya mismo. Entonces el sargento Fernández carraspea dos veces, tres veces, otra más.

–Disculpe, mi comisario, no lo tengo muy fresco en la cabeza. ¿Le podríamos pedir al señor periodista que volviera mañana?

Yo, asustado, me adelanto: que si quieren me voy a tomar un café por ahí y vuelvo en una hora, pero que por favor no me hagan volver mañana, que lo necesito con cierta urgencia etcétera. El comisario Laguna me dice que no me preocupe, que vuelva en una hora. O mejor, dice, para compensarle la espera: si quiere dentro de una hora el sargento lo puede llevar a ver el lugar de los hechos, ¿le parece? Le digo que sí, que me parece, muchas gracias, y le prometo que a las cinco estoy de vuelta. No

nos va a quedar mucho tiempo; ahora, en pleno invierno, está oscureciendo a las seis, seis y media –y este viento.

Les estoy tomando cariño a los coches policiales: siempre con los amortiguadores vencidos, traqueteando, saltando en cada bache, con ese olor a chivo viejo que le van comunicando poco a poco sus variados ocupantes. En este, el sargento Fernández y yo tardamos menos de diez minutos en llegar hasta esta calle de tierra, sin árboles ni perros, pasando los paredones del frigorífico La Negra para el lado del oeste, donde se enfilan un ranchito tras otro, todos tan débiles, tan frágiles: esas construcciones provisorias que deben durar décadas. El sargento estaciona delante de uno donde juegan cuatro chicos chiquitos, descalzos, mocosos: hace frío para andar descalzo. Unos metros más allá hay un terreno casi vacío, salvo por una montañita negra.

–Acá estamos, periodista. Abajo.

Dice, sin el menor eco del tono melifluido de la comisaría. El sargento tiene las manos más grandes que vi nunca; el resto es flaco, largo, la cara estirada, los pelos cortos y parados, las cejas y el bigote muy caídos. El cielo está cubierto y amenaza lluvia.

–Si quiere dese una vuelta por el terreno. Yo lo espero acá.

Me dice sin levantarse de su asiento y busca sus cigarrillos. Yo salgo, camino por la vereda puro barro hasta los restos del ranchito. Mujeres me miran escondidas detrás de sus ventanas; los chicos me gritan deme dié, deme dié y yo hago como que no los oigo.

–¡Algo, señor, si no puede dié no importa, denos algo!

El lote tiene seis metros de frente por ocho o diez de fondo y está todo cubierto por un barro negro y, en el medio, una loma de medio metro de alto de tierra y carbón y hollín y porquerías que, hasta hace unos días, fue una casa o, al menos, el lugar donde vivía una familia. Lo recorro, me hundo en la basura, veo unas pocas formas reconocibles –la pata de una silla, un tenedor, la base de una lámpara de querosén, el muelle quemado y retorcido de una cama, las huellas de personas que caminaron por encima–; no hay

mucho más pero me quedo unos minutos porque no quiero darle al sargento Fernández el gusto de volver enseguida, como si no supiera mirar la escena de un crimen o accidente o lo que fuera. El frío me evita lo peor del olor, pero se me mete en los pulmones; está empezando a oscurecer, así que vuelvo. Los chicos todavía juegan descalzos, todavía me piden una moneda.

—¿Y, ya lo vio, jefe?

—Sí, muchas gracias. ¿Nos volvemos?

—Sí, ahora mismo. ¿Y? ¿Qué vio?

—Nada, la escena de una desgracia, ¿no?

—Flor de desgracia, sí. Una mujer joven, la Zulema Olmos dice que se llamaba, le decían la Ñata. Y la hija de la mujer y su marido, Demetrio Michelakis. Seis años tenía... La nena, digo, tenía seis años.

—¿Y el marido?

—No, la edad del marido no me acuerdo.

—No, disculpe. Le pregunto qué se sabe del marido, qué pasó. Tengo entendido que él no murió en el incendio.

—Ahí su cuerpo no estaba...

—¿Podemos empezar por el principio?

—¿Y por dónde quiere que empecemos?

No es fácil comunicarse con el sargento Adelmiro Fernández, pero trato. El coche arranca, vamos reconstruyendo: que el domingo 23 a eso de las dos de la mañana, mientras él estaba de guardia en la comisaría recibieron una alerta de que había un incendio en una calle sin nombre del Rincón de las Latas. Y que llamaron a los bomberos pero, sabedores de sus demoras habituales, él y dos agentes decidieron acercarse al lugar para ver qué pasaba, pese a que era una noche fría y destemplada y que incluso de a ratos caía agua. Pero que cuando llegaron lo único que vieron fueron llamas, que ya de lejos se veía el resplandor del fuego y cuando se acercaron entendieron que no podían hacer nada.

—A mí me pareció, la verdad, que alguien gritaba ahí, adentro del ranchito. No estoy seguro, pero me pareció.

Me dice con un pequeño escalofrío: se diría que recuerda algo que no termina de decirme. En cambio sí me contará que los bomberos nunca

aparecieron y que algunos vecinos fueron a buscar agua con baldes a la bomba de la esquina pero que con lo poco que pudieron tirarle el fuego se apagó a su ritmo y que cuando estaba humeando sus agentes y él entraron y encontraron a la mujer con la nena de la mano aplastadas por una madera, quemadas hasta el tuétano.

—Mire si será gracioso Tata Dios: casi no tenían techo y se le vino el techo encima a la pobre mujer, la viga que tenían la agarró. Si no, capaz que se salvaban.

Dice, y amaga una sonrisa que se muere en el huevo. Fernández, dice, estaba sorprendido porque no encontraba al hombre por ninguna parte. Y al hombre lo conocía bastante:

—Un elemento, con perdón, mire, un verdadero elemento. Un hombre de avería.

Me dice mientras estacionamos en la puerta de la seccional. Pero no se levanta: nos quedamos sentados en el coche, ya de noche, mientras el sargento termina su historia:

—Uno de esos anarquistas del frigorífico, un elemento peligroso. Ya nos había dado más de un disgusto, uno de esos que se hacen los guapos en las huelgas, usté me entiende, esos que se te vienen al humo cuando están en medio de sus compañeros. Comunista debe ser el muy guachito. No sé qué era, un antipatria.

—¿Y cuándo lo encontraron?

—¿Cuándo? ¡Nunca, señor, nunca! No lo encontramos, y a este paso quién sabe si lo vamos a encontrar alguna vez. Ese está más fugado que Houdini.

La referencia a Houdini me desconcierta: no la esperaba en el sargento Adelmiro Fernández, de la policía provincial, pero ahí está —y tampoco importa.

—¿Cómo fugado, qué me quiere decir?

—Fugado como fugado, periodista. ¿No sabe qué quiere decir? Fugado, uno que se fugó, que se mandó la cagada y se mandó mudar.

—¿Cómo que se mandó la cagada? ¿Qué cagada?

Fernández respira hondo, estilo a estos idiotas hay que explicarles todo, y me dice que está muy claro, que el tipo le prendió fuego al rancho y se rajó y ahora con un poco de suerte debe estar llegando a Asunción del Paraguay. El olor en el coche se está poniendo insoportable. Como medida profiláctica saco un cigarrillo; Fernández me dice que en el coche no se fuma. Yo no le digo que hace un rato él estaba fumando.

—¿Pero por qué iba a hacer eso? ¿Por qué va a matar a su mujer y a su hija? No tiene ningún sentido.

—Porque es un comunista, por eso. ¿Usted nunca los escuchó, que están contra la familia y la religión y la propiedad y todas las cosas? ¿Nunca los escuchó, no sabe cómo son?

Abro la puerta, me bajo del coche, camino hacia la puerta lateral. Un policía me cierra el camino.

—Quiero volver a ver un momento al comisario Laguna.

—Espere que pregunto.

Desde atrás, Fernández le dice que está bien, que me deje pasar. Entramos juntos, me deja en la puerta de la oficina de su jefe y me extiende la mano:

—Me voy a ver cómo siguen los temas. Cualquier cosa que necesite, aquí me tiene.

Yo le digo que gracias, se la estrecho: en su mano caben dos de las mías, dos y media. Desde su escritorio, el comisario me grita que pase.

—¿Y, ahora entendió mejor la situación?

—Bueno, no del todo. Lo que no entiendo es qué pasó con ese hombre, por qué desapareció así, con su mujer y su hija muertas.

—El sargento le debe haber dicho que pensamos que las mató él.

Le digo que sí, pero que no entendí por qué lo habría hecho. El comisario me dice que es cierto, que eso todavía está por definirse, pero que las profundidades de las almas humanas son impenetrables y que imagínese por ejemplo una persona como la madre del pobre Gardel, ahora, qué estará pensando, si su hijo ya se convirtió en un ídolo pero al mismo tiempo...

—Disculpe, en concreto: ¿tienen alguna pista para acusar al hombre este, Michelakis, del incendio?

—Sí, claro. Para empezar, que es un elemento, un comunista. Pero más que nada su actitud: ¿se quema su rancho, se mueren su mujer y su hija y el tipo ni aparece? ¿Eso no le parece sospechoso, periodista?

Yo le digo que sí, sin duda, y él me dice que me va a decir más:

—Mire, le voy a decir más todavía: lo más probable es que el muy desgraciado la haya encontrado a ella con alguno. Ella no era ninguna santa, mire, eso se sabe, y él a veces se quedaba por ahí hasta tarde, o trabajando o haciendo cosas de esas que hacen estos. Yo creo que esa noche el fulano llegó a la una, dos de la mañana, y se encontró a la señora con un desaforado y ahí se le vino el alma humana abajo, imagínese, hay vecinos que dicen que se oyeron gritos, y parece que el intruso se pudo escapar pero la mujer y la nena no, ellas no pudieron. Y ahí el elemento se fue y nunca más lo vimos, y nunca más lo vamos a ver. O piró para siempre o se colgó de un puente, ¿no le parece, periodista? Si yo fuera usted, me jugaría por esa historia. Nosotros, por lo menos, nos jugamos.

Me dice, y que por algo hay que jugarse en esta vida y que los únicos que pierden siempre son los que nunca juegan, los que nunca se la juegan y que a esos tibios los escupe dios y que. Yo le pido que por favor me disculpe, que tengo que volverme al diario y que si hay alguna novedad que por favor me avise. El comisario también me da la mano, por encima de su escritorio tan desierto limpio.

—Sí, claro, cómo no. Y vuelva cuando quiera. Me gustó mucho conversar con usted sobre estas cosas de las almas humanas, así que le tomo la palabra: cuando quiera.

Me levanto temprano, ducha rápida, cuatro mates tranquilo en la cocina: privilegios de señor con casa. Y obligaciones de periodista confundido: quiero volver al Rincón de las Latas, no quiero presentarme en el diario sin haber averiguado un poco más. Así que me salgo antes de las diez, tranvía hasta la Boca, bote para cruzar el Riachuelo y quince o veinte minutos caminando y preguntando. No llueve pero hace otra vez un frío de perros, viento: mi misión es mantener mi sombrero en la cabeza. De mañana el barrio parece menos desamparado pero no mucho menos: los ranchos son de ladrillos o de adobe, techos de paja o lata, contruidos a unos cinco metros de la vereda para dejar delante una especie de patio; algunos tienen una parra, la mayoría sólo barro. Chicos descalzos siguen potrereando, mujeres barren, charlan, lavan; ahora sí se ven algunos perros. Y un par de carros, sus caballos, un lechero a los gritos, otro matungo flaco buscando pasto en una esquina donde nunca hubo.

—¡Buenos días, señora!

—No queremos comprar nada, jefe, ¿no ve cómo estamos?

—No quiero venderle nada, señora.

—Ni quiero volver a la parroquia, mire, con ese cura toquete que ...

Lo del cura suena interesante pero lo voy a dejar para la próxima. Esta vez me acerco a la puerta —al agujero tapado por una tela sucia— donde una mujer entre 40 y 60, un abrigo viejo y marrón sobre los hombros, su pañuelo agujereado en la cabeza, pasa la escoba como si se pasara la vida en esa lucha. Le digo que me disculpe, que no quiero venderle ni pedirle nada, que sólo necesitaría hacerle una pregunta.

—¿Una pregunta? ¿A mí?

Le digo que sí, que soy periodista y estoy tratando de averiguar qué pasó con el incendio de la casa de Michelakis y ella me dice tate, tate.

—Tate, ahí mejor no meter el dedo, no vaya a ser que lo saque chamuscado.

—¿Por qué, señora?

—¿Cómo, por qué? ¿A usted le parece normal que un hombre le prenda fuego a su casa con su familia adentro?

—¿Eso fue lo que pasó?

—No sé, le pregunto si a usted le parece normal.

—No, no me parece.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—Entonces eso mismo.

Me dice la mujer y se encoge de hombros y mira la punta de su escoba como si albergara todos los secretos de este mundo y algún otro. Parece que esa línea de interrogación no va a llegar muy lejos, así que la desvío:

—¿Usted la conocía a la señora?

—¿A la Ñata? ¿Cómo no la voy a conocer, si vivía acá a tres casas?

—¿Y qué tal era, cuéteme?

—Era normal, señor, qué quiere que le cuente. Normal, lo más normal del mundo.

Dice, y se para, pero era sólo para tomar aliento y ahora sí: que la Ñata era una buena mujer, que ella la conoce desde que era chica, que debía tener diez o quince años menos así que la conoce de chiquita y que siempre fue muy buena, que eso que andan diciendo ahora de que estaba con un hombre es una estupidez, que hay que ser muy gilastrún para creérselo, que no sabe a quién se le puede haber ocurrido inventar semejante macanazo pero que debe ser alguien muy hijo de puta, con perdón, disculpemé que se lo diga así pero no tiene otra palabra, uno que se dedica a ensuciar así la memoria de una muerta no tiene otra palabra. Yo le digo que me imagino, que a mí tampoco se me ocurre otra palabra y ella me dice que claro, que cómo se me va a ocurrir, que no se me ocurre porque no tiene otra y yo aprovecho para preguntarle por la hija.

—Ay, la Stella Maris, pobrecita... Y mire que después de lo que le pasó al Julito, ella también...

—¿Quién es Julito?

—Quién era, querrá decir. El hijo del Griego y la Ñata, el mayor, pobrecito, que se murió hace un año, dos, le dio un ataque de dinteria y se murió, no pudieron hacer nada.

La dinteria es, después lo entiendo, la difteria, que mata a tantos chicos: les cierra la garganta y los asfixia.

—¿Se lo llevaron al hospital?

—No, vino una señora y le dio unas cosas pero se murió igual, rapidito nomás se murió, pobre angelito.

Julito, me dice la señora, tenía seis o siete, más o menos como la Stella ahora cuando se murió, qué castigo terrible.

—Siete debía tener, porque ya había empezado a ir a la escuelita.

Dice, siempre disminuyendo, y que esa familia estaba un poco ojeada, meada por los perros, dice, y se santigua. Y que si lo llevo a ver al Griego por favor le diga que cualquier cosa que precise los Giménez están a sus órdenes.

—Los Giménez somos nosotros, señor. Y el Griego es un hombre cabal, no les crea si le dicen otra cosa.

—¿Y entonces quién fue el que quemó la casa?

—Uy, si yo supiera...

—¿Qué? ¿Qué haría si supiera?

La mujer se apoya con las dos manos sobre la escoba, me mira, amenaza una sonrisa donde brillan más agujeros que dientes.

—Nada haría, ¿qué quiere que haga yo, señor? Nada.

Nada es un gran plan, prudente, casi sabio. Le agradezco, me despido, les pregunto a dos señoras más que me dicen, detalle más o menos, más o menos lo mismo: que la Ñata nunca en su vida engañó a nadie, que la familia estaba aplastada por la muerte del Julito, que qué mala suerte aunque vaya a saber si fue la suerte o qué pudo haber sido. Pero las dos, ante la pregunta obvia, me contestan con variaciones del nada de la señora uno: nadie quiere saber y, si saben algo, menos quieren. Es evidente que no

voy a averiguar mucho más y empiezo a caminar hacia el puente, pero esta vez voy por la ribera del Riachuelo; muy pronto choco contra el paredón del frigorífico, cemento crudo, muro sin disimulo. Tengo que desviarme hacia el sur para rodearlo; antes de llegar a la esquina alcanzo a un hombre de mi edad, flaco, que va con un bolsito al hombro. Lo saludo, me pongo a su lado y caminamos un momento, hasta que le digo que soy periodista y que estoy tratando de averiguar qué pasó con la casa del Griego, si él lo conoce y me dice que claro, cómo no lo va a conocer, y que disculpe si no se para pero tiene que empezar el turno ahora, en unos minutitos. Yo camino rápido a su lado y le pregunto si lo vio, últimamente.

—¿A quién, si lo vi?

—Al Griego, digo.

—Sí, lo vi, claro, andaba muy jodido.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Por el accidente, jefe, qué va a ser.

Se me queda la boca abierta como una o mayúscula: todos me habían dicho que después del incendio nadie más lo vio. Se lo digo:

—¿Pero cómo, no fue que después del accidente nunca volvió?

—¿Cómo no va a volver, jefe, si hasta la semana pasada estuvo acá?

—Pero usted me dice que después del accidente, que fue la semana pasada.

—No, jefe, no quiero decir ese accidente.

No entiendo más nada y me estoy quedando sin aliento. Le pido que por favor se pare un minuto y me diga de qué estamos hablando; el obrero se para, me dice que un minuto porque si llega tarde le descuentan y que el accidente, que si no sé, que todo el mundo sabe, el accidente en el frigorífico donde se murieron Ortiz y Lagialla, que el Griego también casi se muere, que cómo no iba a estar jodido después de eso, pero que lo disculpe que de verdad tiene que irse. Yo apenas alcanzo a agradecerle y, cuando se me ocurre preguntarle su nombre, ya está lejos.

Y tengo que volver a esperar el bote, cruzar el Riachuelo, desembarcar en esas calles que, a esta hora, están llenas de gritos, hombres llevando cargas de un barquito a un carro, mujeres vendiendo verduras en el mercado de la calle, chicos, perros, caballos. Así andaba mi viejo hace treinta años, cuando llegó de la Liguria con una mano atrás y otra adelante, mi mamá, mi hermano de seis años, yo de tres; vaya uno a saber cómo se había conseguido ese carro y ese matungo viejo y salía todos los días a vender su cargamento de clavos y tornillos y unas tablas y algún martillo y un serrucho y quizás una sartén, un par de ollas, calle por calle, casa por casa, hasta que al cabo de unos años de yirar y yirar prosperó lo suficiente como para instalar un corralón y conseguir que los clientes fueran a él en lugar de tener que ir a los clientes. Yo ya tenía como diez años y recuerdo tan bien su satisfacción, su orgullo: ya no voy a tener que ir pidiéndoles, decía, ahora ellos vienen y me piden a mí. El corralón, al principio, era un hueco en un patio; después fue mejorando y le puso de nombre Chiavari, para no olvidarse de su pueblo, dijo, y de eso vivimos tantos años, y mi hermano Juan sigue viviendo. Pero nada recuerdo más del corralón como ese fin de semana que lo abrió: ahora que ya tengo mi negocio, los voy a llevar a la cancha, hijos míos. Ustedes nunca se quejaron, se lo merecen, nos dijo, como si fuera el premio a tantos años de esfuerzos. Y supongo que lo fue: mi papá había comprado tres pañuelos nuevos y nos los puso en la cabeza según la forma clásica: cuatro nudos en las cuatro esquinas para ajustarlos y que no se cayeran y formaran una gorra fresca, inamovible. Y con los pañuelos y un pedazo de pan que nos dio mi vieja antes de salir fuimos a la canchita, acá en la Boca, una que no duró mucho, las tribunas de diez o doce tablones y unos remolinos de tanos y de hijos de tanos que los ocupaban y gritaban como locos. Ese día Boca jugaba con Estudiantes, ganó tres a cero, gritamos los goles y nos abrazamos como si nos importara más que nada; a mi papá el fútbol siempre lo aburrió pero quería que sus hijos fueran absolutamente argentinos, y ser hinchas de Boca formaba parte de ese trabajo de nacionalización. Nos hicimos de Boca, somos argentinos: me pregunto qué diría ahora el pobre viejo si viera en qué consiste.

Pero a mí me gusta ser argentino. Y además da lo mismo: me guste o no me guste, soy argentino como no soy ninguna cosa más. Que haya nacido en otro lugar no importa mucho; al fin y al cabo, gran parte de los argentinos llegamos a estas tierras ya nacidos. Va a haber cada vez menos, con el tiempo, porque cada vez vienen menos, pero haber nacido en otro lado no te hace menos sino más argentino. Y es cierto que a veces me cabreo con el país pero eso también forma parte del paquete. Ser argentino es, más que nada, que la ciudad contenga mis historias, que un buen bife me hable de mi vieja, que si escucho Yrigoyen me acuerde de mi viejo, que si juegan los muchachos en Brasil grite los goles y que me guste que todo eso les pase, al mismo tiempo, a otros millones que también son argentinos. Ser argentino es formar parte de esa masa, ser uno de nosotros. Es esa tontería: ser uno de nosotros.

Es un comité de recepción desperdigado. Galuzzi me recibe con un grito y la seña de que vaya a su escritorio; Dorrego, con la mano en alto y el índice girando me hace el gesto de después, que lo vaya a ver cuando termine; y Kosinsky, onda conspirador, me levanta las cejas brevemente como una interrogación que nadie debe ver. Ya debe ser la una, poco más o menos, y mi primera parada es, por supuesto, el puesto de comando.

—¿Anduviste paseando, Rivarola?

—Sí, jefe. Como llegó la primavera me fui al Rosedal a oler las flores, después me compré un caballo y galopé por las pampas de Palermo, entre la indiada. Cacé unas nutrias, pero al final no le traje ninguna...

Al principio creí que era gracioso pero me fui perdiendo y no conseguí parar a tiempo: la cara de González Galuzzi se iba poniendo verde. Es cierto que decir nutria frente a un pelado fue decididamente idiota.

—¿De verdad querés que te busquemos trabajo en un circo, Rivarola?

—Disculpe, jefe, no sé qué me pasa. Debe ser que vengo muy acelerado de ahí, de Avellaneda.

—¡¿Avellaneda?!

Si le hubiera dicho Lituania Exterior no lo habría sorprendido más.

—¿No tenías que estar buscando suicidas? Que yo sepa en Avellaneda todavía no se mató ninguno, ¿no?

Galuzzi se envalentona con mi silencio, ataca:

—Y, hablando de eso, ¿cuándo vas a entregar la de la chica? ¿O la estás guardando para tus memorias?

Yo le digo que no se preocupe jefe que ahora me siento y la escribo y que mañana mismo salgo a buscar otro, pero que me escuche un momento

que le traigo una historia que puede ser interesante. Se la cuento y no consigo gran repercusión:

—¿Y me querés explicar qué es lo interesante? ¿Un tipo que le prende fuego al rancho con la mujer adentro? Es feo, sí, huele a quemado, pero cuántas tenemos de esas. Así, con lo que me contaste, son diez líneas abajo de la página ocho. Como quieras: si querés escribirla así y la publicamos, o tratá de conseguir algo más, a ver si de verdad se te vuelve una historia. Y tené cuidado, que si las pisás te muerden.

—Mientras no tengan rabia, como otros...

Galuzzi se sonríe. Debo aceptar que tiene eso de bueno: es capaz de reírse de sí más que la mayoría de los jefes. Tiene, también es cierto, más motivos que casi todos los demás. Pero, si quiere buscar, también tiene más motivos para no reírse, para estar orgulloso. Mientras no se me note que lo pienso está todo bien, pienso, mientras me levanto de su escritorio y voy al de Dorrego. En la redacción el tecleo ruge en todo su esplendor, los gritos; sin embargo, hay que reconocer que la calefacción es buena.

—¿En qué andás, Rivarola?

Me dice Adolfo Dorrego mientras trata de colocar el nudo medio deshecho de su corbata bordó en el lugar exacto del cuello abierto de su camisa blanca. El trabajo sería mucho más fácil si el tipo se buscara un espejo, pero seguramente sabe que si se para frente a uno puede quedarse tres o cuatro horas.

—¿Me vas a contestar ahora o preferís que quedemos para esta noche a eso de las once en el baño de la estación?

Con Dorrego, en cambio, nunca se sabe si está siendo graciosamente agresivo o solamente agresivo; la gracia, en general, le sale con agujeros. Y además está el prejuicio, la incomodidad: desde que me traicionó —nos traicionó— aquella vez, pasándole a Balducci la información que le sirvió para encontrar al Dormido Ramírez, me resulta complicado estar con él, mirarlo a la cara.

—No, disculpame, es que ya hablé con Galuzzi y no entiendo muy bien esto del doble comando.

—Ningún doble, Rivita. Yo te pido algunas cosas, Galuzzi otras, y vos obedecés, primero a él, después a mí, pero siempre obedecés, ¿te queda claro?

Es curioso escuchar el acento cajetilla de Dorrego en este ambiente de tinta y de batallas. Y lo mejor es que no cambia: sigue tan Champagnat como el primer día.

—Como la mierda, Dorrego, igual de claro. ¿Qué querías?

—Tengo un suicida nuevo para vos. Un tipo por Agronomía.

—Mañana voy. Hoy tengo que escribir lo de la mina.

—Bien, la espero hacia las cinco. ¿Y eso de esta mañana? Escuché algo de que fuiste a Avellaneda.

—Nada, Dorrego, tonterías; perdí el tiempo.

Le digo y me levanto. Desde su escritorio, metros más al fondo, Kosinsky parece una máquina de señas: no para de hacer guiños, alzamientos de cejas, cabezazos apenas abortados. Todo cortito, mucho de cada uno. Yo bajo las dos manos para decirle que me espere, voy a mi escritorio, abro cajones, saco papeles, hago como que voy a quedarme ahí y al cabo de unos minutos me levanto para ir al baño. Kosinsky entiende, se levanta.

—¿Y, qué averiguaste?

La diferencia entre los acentos de Dorrego y Kosinsky más que de acentos es de intenciones: Dorrego querría hablar como los ricos de donde vino aunque ya no está; Kosinsky, como los obreros adonde quiere ir aunque todavía no llegó. Lo curioso es que los dos parten de bases parecidas.

—Nada, dos o tres cositas.

Le digo, y le cuento que la policía dice que Michelakis sigue prófugo y que no tienen mucha esperanza ni interés en encontrarlo y que el barrio está, estoy diciendo, y de repente entiendo. Lo raro es que sigo hablando bajo. No tengo más remedio:

—Vos me mandaste hasta allá para averiguar qué saben los taqueros, ¿no? Digo, me pasaste la historia porque yo podía ir tranquilo a la comisaría

y así vos te enterás de cómo están las cosas con ellos. Lindo, Kosinsky, muy bonito. ¿Para quién laburás, si se puede saber?

Juan Kosinsky cierra los ojos y lanza un cabezazo para abajo: tiene, hay que reconocer, un repertorio muy variado. Después un suspiro, después me dice que no me lo tome a mal, que él me lo pasó porque cree que soy un tipo íntegro, que a Dorrego por ejemplo jamás se lo habría pasado, y que a él también se lo pidieron, que él también le está haciendo un favor a unos amigos.

—¿A quién, si se puede saber?

—A la gente de la comisión.

—¿La comisión?

—Sí, Andrés, la comisión interna del frigorífico. Están en una pelea brutal, ahora ya sabés que hace poco les mataron a dos compañeros y quieren hacer algo pero necesitaban al Griego y ahora con todo este balurdo se les complicó todo.

—¿Que les mataron a dos compañeros?

—Sí, los que me dijiste, los dos muchachos que se ahogaron con Michelakis.

—¿Y eso qué tiene que ver con el incendio?

—Todo, tiene que ver todo con el incendio, Rivarola, me extraña.

Nunca me gustó que me dieran lecciones. Y menos que me digan que no sé aprenderlas. Le digo que si le extraña que se desextrañe y que la próxima vez que necesite algo se lo pida a Lola. O que si me lo va a pedir a mí, que por lo menos sea claro y me lo diga, pero que un pendejo como él se crea que me puede operar gratis es lo último.

—Nos vemos, Kosinsky, algún día. Por ahora cuando me veas entrar mirá para otro lado.

El otro día Beatriz me contó que acaba de salir un librito que se llama *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Debe contar la historia de mi vida.

«Su vida ingenua se acabó con esa muerte figurada: cuando el amor de su vida resultó ser un estafador tan torpe que naufragó en Caseros, Gladys Esther Mendoza sintió que todo había terminado para ella. Hasta que descubrió otra luz, la que la sacaría de la tremenda oscuridad, la que la precipitaría a las tinieblas: Carlos Gardel.»

Con ese principio puedo ir a cualquier lado. Sólo me falta meter que se obsesionó con el cantante, que sus padres se preocuparon cada vez más con esa chica tan normal de 21 años que iba y volvía del trabajo y no salía ni a la esquina y se pasaba las noches encerrada con sus fotos de Gardel pero que cuando le dieron la noticia de su muerte jamás imaginaron lo que estaba por pasar: que, fuera de sí, la infortunada –infortunada es una palabra posta, aunque también podría poner la desafortunada, pero infortunada parece más tenebrosa, más dramática– señorita se arrojaría horas más tarde desde las alturas de su departamento familiar, etcétera etcétera. Igual, en el medio, para ponerle más chicha tengo que incluir algunas cosas sobre ella. No es que haya mucho, ni que haya sido una chica demasiado especial, pero algo sobre sus gustos, sus amigas, algo. Y que no sea demasiado fúnebre. Ahí está todo el tema: conseguir que golpee y emocione pero que no te deje hecho un guiñapo, porque entonces nadie va a querer leer las siguientes. Galuzzi dice que a veces hay que ingeniárselas para terminar con un mensaje de esperanza; ¿qué mensaje de esperanza le puedo meter a la historia de una chica de 21 que se tira por la ventana por boluda?

Cuando la terminé estaba tan harto que llamé a Beatriz: dicho así, tampoco suena a mieles. Hace días que no hablábamos pero me atendió enseguida, cordial, encantadora, y quedamos para encontrarnos a las nueve en el Edelweiss: como pagamos a medias, puedo permitirme ciertos lujos.

—Puntual como una roca.

—Las rocas no tienen mérito; siempre están ahí. Puntual como la marea, digamos, un decir.

Me dice Beatriz cuando nos besamos en la puerta del restaurant, su entrada de madera y bronce. Que da lugar a más bronce, más madera, las mesas casi llenas con sus manteles blancos largos, los olores que cruzan, las arañas volando, el murmullo apagado, algunos gritos.

—¿Acá está bien, señores?

—Acá está perfecto, Evaristo.

Le digo y Evaristo, gallego de pro, me guiña un ojo: debo haber venido tres o cuatro veces pero la primera le pregunté el nombre y decírselo me hace quedar tan bien, tan habitué. Beatriz me palmea la mano sobre el mantel, me sonrío con su cara tranquila.

—¿Cómo va todo, Andrés?

—Bien, como siempre. ¿Vos?

El Edelweiss es un clásico de años, aunque ahora se le nota mucho que cambió hace poco. Ellos no tienen la culpa: también fueron víctimas del ensanche de la famosa avenida, se tuvieron que mudar desde Cerrito acá a la calle Libertad. Y aunque se trajeron los muebles y las boiserías ahora hay algo que suena a demasiado puesto, a puesto hace demasiado poco, a falso. A Beatriz le pasa lo contrario.

—¿Estuviste escribiendo algo?

—No, estos días no. Entre la muerte de Gardel y todo eso, la verdad que no tuve tiempo para nada. ¿Vos?

—No, yo estuve como loca con las clases. Y Cirilo, que anda con problemas.

Lo contrario: me gusta cómo se le empiezan a despegar las carnes de la cara. Beatriz es una mina grande: un cuerpo que empieza con mucha dignidad su cuesta abajo. Me gusta que no trate de mentirlo, de cuidarlo

más allá de lo estrictamente necesario: que no le den vergüenza ciertas grasas, ciertas gravedades.

—¿Qué le pasa?

—Nada, Andrés, no importa. Después te cuento. ¿Ya escuchaste el tango nuevo de Enriquito?

A veces odio que llame a cierta gente por su nombre. Aunque es cierto que los conoce, ha trabajado con algunos de ellos, ha visto a otros en la editorial de su pariente. Y también odio tener que decirle que no: debe ser el mismo que me dijo Señorans el otro día.

—¿Cuál, ese que dice algo de que el mundo es una porquería?

—Sí, ese, ese.

—Ah, ese no lo escuché.

Le digo y se ríe y me lo cuenta y yo la escucho con algún interés y pedimos una lengua en vinagreta como entrada y después un chucrut con salchichas y costillitas y dos chops de su maravillosa cerveza tirada con su serpentina de no sé cuántos metros.

—Es tan buena que incluso en invierno.

—Bueno, no siempre en invierno hay menos calor.

Sabemos que todo esto es menos importante que lo que viene, pero nos gusta hacerlo, mantenerlo: un rato de charla, una comida rica antes de meternos en la cama. Beatriz no está para pavadas. Le gusto —supongo que le gusto, si no no volvería— pero no quiere un romance desatado ni canciones de amor ni casarse ni ninguna mishiadura de esas. Tampoco quiere que se sepa mucho nuestra historia. No la esconde, porque no tiene de quién, pero no le interesa andar bocineando por ahí que se coge a un pendejo diez o quince años menor. Así que nos vemos discretos, nos vamos a comer o a un cine o a un teatro o a bailar unos tangos, charlamos, nos contamos cosas de nuestros trabajos, nos interesamos, y después nos vamos a mi casa —en la suya está Cirilo, su hijo de 13 que no tiene que enterarse de nada— y a mi cama y a las tres o cuatro de la mañana ella se levanta, se lava la cara, se fuma un cigarrillo, se pide un taxi y se vuelve a la suya. A veces pienso que es el arreglo perfecto: el placer de que no pase nada, pura

tranquilidad, cero zozobra. Y a veces pienso que es una curita. El problema es que no sé cuál sería la lastimadura.

Mentira. Sé cuál es la lastimadura, pero prefiero no saberlo todo el tiempo.

El sobre blanco no tiene estampilla ni remitente y sólo dice, escrito con tinta negra, letra cursiva, Rivarola. Adentro hay poco más: una hojita arrancada de un cuaderno con renglones que dice «Por favor hoy a las 14 en el patio del Cabildo. Información importante», y eso es todo. Ni una aclaración ni una firma ni ninguna otra cosa que me permita justificarme ante mí mismo. Voy a ir sin justificación: por pura curiosidad, cueste lo que me cueste.

—Por acá, maestro.

Me dice un hombre con un saco de lana y la bufanda de lana, gorra oscura, la solapa del saco levantada porque hace un frío del carajo. No tuve que esperarlo casi nada, dos o tres minutos bajo la lluvia fina, ni un alma en el patio trasero del Cabildo; ni delante, en la plaza de Mayo.

—¿Rivarola, no?

Me pregunta en voz baja; yo le digo que sí, me agarra del brazo, caminamos. Son dos o tres cuadras por Bolívar, la iglesia San Ignacio, la puerta del Colegio Nacional, la avenida Belgrano y después entramos de golpe en una casa: un patio, habitaciones todo alrededor, algunos fuegos, y después otro patio; ahí, en un cuartito al fondo, hay una mesa con un calentador de querosén, una pava, y un hombre sentado que se levanta y me extiende la mano.

—Rivarola, gracias por venir.

Yo se la estrecho y lo miro como quien pregunta.

–Sí, es verdad, disculpe, no nos hemos presentado. Yo voy a ser Julián, y él Gabriel.

Me dice, y el tal Gabriel se saca la gorra, la bufanda, el saco, se calienta las manos en la llamita del calentador. El tal Julián me señala con la mano un banco de mi lado de la mesa. Me ve la cara, trata de aclarar:

–Disculpe que no le digamos nuestros nombres. La cosa está muy peligrosa, espero que me entienda. Igual le digo, la verdad: el mío si lo quiere averiguar no va a tener mucha dificultad. Los que tienen que conocerme me conocen.

Me dice, con un dejo altivo. Yo termino de sentarme, él me ofrece un mate.

–Amargo, espero que le guste.

–No hay problema. O por lo menos ese no.

Le digo. El falso Julián se sonríe: tiene la cara redondeada, la nariz ancha, labios gruesos, ojos muy claros, las cejas que no se le ven de puro rubias, poco pelo para sus 40 o 45 años, un pulóver de cuello alto gris oscuro. O quizá fue negro y se gastó. Nos quedamos callados un momento. Después me dice que le disculpe los modales.

–Disculpe, lo que pasa es que tenemos que cuidarnos. No por nosotros, sabe...

Dice, y se queda esperando una pregunta que no llega: todavía no quiero decirle que todo este circo empieza a molestarme, pero también le voy a dar el gusto de preguntarle por quién. El falso Julián lo entiende sin que se lo diga. Tiene un acento leve; me pregunto si será extranjero.

–Sí, de verdad le agradezco que haya aceptado este convite tan extraño. Pero tengo un asunto que contarle, y creo que va a ser de mutuo beneficio.

Dice, y que ellos son obreros de la carne, que son sindicalistas: que hace unos años formaron la Federación de Obreros de la Industria de la Carne y que están en puestos de conducción y que la pelea es cada vez más dura y por eso hay que tomar todas estas precauciones, dice; falso Gabriel, mientras tanto, calladito, cambia la yerba y empieza a cebar el mate nuevo. Yo le digo que de acuerdo, que las presentaciones ya fueron suficientes, que por favor me cuente cómo era que esto iba a ser de beneficio mutuo.

–Usté, compañero, se interesó por el incendio de la casa del Griego Michelakis.

Yo no le digo que compañeros son los huevos porque, en efecto, ahora sí que el tema empezó a interesarme. Efe Gabriel me pasa el mate; me quemo un poco pero no digo nada: es una forma muy vieja de probarte.

–Sí, ayer anduve por el barrio.

–Ayer y esta mañana, si no me equivoco.

Me dice, seco, como para decirme que sabe lo que dice.

–Ayer y esta mañana.

–Y querrá que le contemos qué fue lo que pasó.

–Si usted lo sabe...

Falso Julián se sonríe otra vez: sus sonrisas son como el anuncio de una sonrisa que no va a producirse, podría sonreír si quisiera pero el mundo está demasiado jodido como para hacerlo. Después me dice que yo ya escuché que en el frigorífico La Negra hace unas semanas hubo dos muertos.

–Sí, algo escuché.

–Dos muertos que no salieron en los diarios. ¿Y sabe por qué no salieron en los diarios?

Me dice, dispuesto a enseñarme mi trabajo.

–Yo no, pero usted sí, y está a punto de decírmelo.

Le digo y otra vez el esbozo de sonrisa: que sí, que los diarios no publicaron nada porque fue eso que los patrones llaman un accidente de trabajo y eso nunca sale en los diarios burgueses como el suyo, dice: como el mío.

–Bueno, si fuera mío...

–Sí, ya sé, compañero, por eso lo trajimos hasta acá. La cosa es que ni siquiera fue un accidente. Un accidente es algo inesperado, ¿no? Yo creo que eso dicen. Y nosotros ya le habíamos dicho no sé cuántas veces a la empresa que ese lugar era un peligro para los obreros.

Le pregunto qué lugar, qué peligro. Efe Julián chupa el mate y procede a explicarme: que es un pozo cuadrado, tres por tres de boca sin rebordes ni defensas, paredes de cemento armado, varios metros de hondo, donde va a parar toda la mierda. La sangre de los animales, los detergentes que se usan

para limpiar el piso, los amoníacos para limpiar las máquinas, las porquerías que le ponen a la carne, quién sabe qué más cosas, dice, y que el pozo sirve para separar líquidos de sólidos y entonces los líquidos se van al Riachuelo y los sólidos se sacan de vez en cuando con unas bombas y el olor y los vapores que hay ahí alrededor son espantosos y nosotros, me dice, ya le habíamos dicho a la empresa que era un peligro, hubo muchachos que se desmayaron y pudimos sacarlos pero quién sabe otra vez alguno se va a caer adentro, le dijimos, y que esa tarde estaban tres, dos muchachos más jóvenes y el Griego, limpiando el borde y uno que se llamaba Ortiz patinó o se desmayó o vaya usted a saber y se estaba cayendo y el otro muchacho, Lagialla, lo quiso agarrar y los dos se fueron para adentro, y parece que el Griego se puso a gritar pero no venía nadie y vio que no podían salir entonces agarró una sogá y se tiró a sacarlos.

—Usted el lugar no lo conoce, pero yo sí, y le digo que hay que ser tremendo compañero para tirarse ahí adentro.

Me dice, sacando pecho con un orgullo raro, y que el Griego se tiró pero no pudo hacer nada, que cuando llegaron otros muchachos por los gritos apenas lo pudieron sacar a él porque tenía la sogá. Y que viera el kilombo que se armó en la planta, dos compañeros muertos, muy jóvenes los dos, nadie sabía qué hacer, él justo esa mañana no estaba pero lo fueron a buscar y cuando llegó se encontró a todo el mundo en pie de guerra, que querían ir a la huelga y él nunca estuvo en contra de una huelga pero les dijo que por qué no esperaban al otro día, que esa tarde fueran delegados a los demás frigoríficos del Sur a pedirles la solidaridad y que así al día siguiente podían empezar una huelga todos juntos y que se lo aprobaron, hubo una especie de asamblea en el patio de carros y le aprobaron la moción y mandaron a los delegados, dice, torrencial, hablando para una gran asamblea de uno solo. Yo, para parar un poco el chorro, le pregunto cuándo fue todo esto.

—El 13 de junio, mire, qué desgracia. Justo un trece.

Dice, y que fue desgracia para todos: que al rato bajó el jefe de la planta, un tal Curtini, remil hijo de puta, y juntó a muchos de los obreros en el patio y les habló, les dijo que nadie lamentaba tanto como la empresa ese luctuoso suceso —luctuoso suceso, dijo, dice el falso Julián— y que la

empresa se comprometía a arreglar ese pozo mañana mismo, que al día siguiente iban a dar un día de asueto por el luto y que iban a aprovechar para arreglar el pozo.

—Y algunos les gritamos que si no les daba vergüenza haber esperado a que se murieran los compañeros para arreglarlo y el muy hijo de puta dijo que ese arreglo ya lo tenían previsto hace semanas y que ellos les habían avisado a los trabajadores que no tenían que acercarse y una cantidad de bolazos como esos...

Dice Efe Julián, y que la mayoría lo chifló y le gritó cosas pero que el tipo se volvió a su oficina y entonces se dieron cuenta de que los había jodido, que ya no podrían hacer huelga al día siguiente porque iba a haber asueto y después ya venía el sábado y tendrían que tratar de armarla para la otra semana, y que mientras lo que tenían que hacer era llevar la denuncia a la comisaría y tratar de hacerles juicio, por lo menos que les pagaran a las familias de los muertos y sobre todo que la patronal tuviera que aceptar en público que son unos negreros, cómo maltratan a los trabajadores, usté sabe que eso para ellos es lo peor, me dice:

—Imagínese, La Negra, una marca muy conocida, si la gente se entera de que esas latas que les compran se hacen entre pozos de mierda...

—Me imagino. Ese sí que sería un golpe.

—Claro. Por eso después hicieron lo que hicieron.

Yo, por supuesto, tengo que preguntarle qué. El cuartito es extraño: un catre al fondo, el suelo de ladrillos desparejos, un solo ventanuco por donde entra un hilo de luz, la mesa con los bancos en el medio. No hay nada en las paredes, no hay objetos, no hay siquiera un armario: como si no viviera nadie. Es probable que no viva nadie.

—Lo que hicieron, Rivarola, lo que hicieron. ¿Quién era el testigo perfecto para llevarlos a juicio?

La respuesta es obvia: el Griego Demetrios Michelakis, el que había visto todo, el que se había salvado de milagro, el que además podía asegurar que la empresa nunca se había propuesto arreglar ese pozo hasta el día de las muertes. Se lo digo y Efe Julián me dice que claro, que el Griego, por supuesto, y que entonces qué hicieron esos hijos de puta.

—¿Qué le parece que hicieron esos hijos de puta?

—No sé, ¿lo apretaron, lo amenazaron?

—Eso lo hicieron, claro, eso siempre lo hacen. Pero además de eso, como son más vivos, también trataron de comprarlo. Le dijeron que si los denunciaba lo iban a hacer cagar en serie y que en cambio si se quedaba callado le daban mil pesos en la mano y un aumento de cincuenta al mes. ¡Hijos de puta, cerdos capitalistas! Se creen que con la mosca arreglan todo...

Efe habla con una especie de autoridad que me molesta y no entiendo por qué. De pronto se me aparece la imagen del padre Jorge, aquel cura de la iglesia de Barracas que hablaba parecido: como hablan los que están seguros.

—Eso se creen, los muy hijos de puta. Ya van a ver cuando les llegue...

Dice, y ahora, tras otro mate, baja la voz para decirme que no puede entender lo que hizo el Griego: un hombre grande, dice, un compañero con muchos años en el frigorífico, un varón que se tiró a ese pozo de mierda para salvar a esos muchachos... Efe mueve la cabeza hacia los lados, respira hondo, pone en escena su incompreensión de las debilidades de los hombres, la fuerza de las fuerzas del mal, el tamaño de su desesperanza. Pero después se recupera:

—El Griego agarró. Yo nunca lo hubiera imaginado, pero al final me quedó claro. Dos o tres días después, cuando le dije que nos acompañara a la comisaría para hacer la denuncia, me dijo que no sabía, que no estaba seguro, que prefería no meterse en problemas, que su hija, que su familia, todas esas giladas que se dicen. Yo le pregunté si le habían puesto guita y él me dijo pero Gringo, cómo se te ocurre, pero yo sé que sí, después me confirmaron. Yo, la verdad, no lo podía creer...

Yo, en cambio, de pronto creo que entiendo el resto: ¿entonces sus compañeros le incendiaron la casa por traidor, por usar la desgracia de otros compañeros para hacerse un dinero? Efe Julián debe verme la cara, algo en la cara. Efe no es alto ni ancho ni nada pero hay algo en su presencia que impone respeto:

—No, compañero, cómo se le ocurre. No, compañero, no, de ninguna manera, nosotros no hacemos esas cosas. Todavía no sabemos qué pasó, cómo fue. No sabemos, no tenemos ni idea, y queremos saberlo. Necesitamos saberlo. Ahora el Griego está perdido. Nadie sabe dónde está, hay que encontrarlo, su casa se quemó, su familia está muerta, hay que encontrarlo.

—¿Y ustedes están seguros de que sigue vivo?

—No, seguros no, seguros nada. Pero nos da que debe estar. Y tenemos que averiguarlo, necesitamos que usted nos ayude, compañero.

Si compañeros son los huevos acá ya hay docena y media. No sé qué decirle. Para empezar no sé cómo podría ayudarlos —pero sospecho que el falso me lo va a decir pronto. Y, para seguir, no sé si debo puedo quiero, en ese orden.

—¿Y yo qué podría hacer?

—Bueno, por lo menos ir diciéndonos lo que hace la policía, qué van averiguando, si hay alguna pista. Sería importante que lo encontráramos nosotros antes que ellos; si no, puede ser un desastre.

Dice, y de pronto me doy cuenta: su acento raro no es ruso, como había imaginado, ni alemán ni húngaro ni croata; es enterriano. Me reíría, si no fuera que me temo una trampa.

—¿Y usted me asegura que de verdad no fueron ustedes los que la quemaron?

—No, compañero, esa ya se la contesté.

—Pero yo no se la había preguntado.

—No, se lo aseguro. Se lo juro, mire.

—¿Me lo jura? ¿Por qué santo, qué virgen?

Le digo, sonriendo, y Efe se da cuenta y se sonríe, por una vez, del todo:

—Qué desastre, uno sigue hablando con el idioma del pasado.

Dice, y que de verdad me lo asegura y que lo único que se le ocurre es esto que le contó Gabriel, que hace cuatro o cinco días lo vio al Griego en la planta, que desde el kilombo casi no se hablaban pero que esa tarde lo vio y el Griego le dijo que estaba arrepentido, que desde aquel día no podía dormir tranquilo, que los muchachos se le aparecían en los sueños y que

quería ir a denunciar o declarar o lo que precisaran, que cualquier cosa le avisaran, que él estaba dispuesto.

—Y dos días después fue el incendio, imagínese. Si eso no fue la empresa o los botones de la empresa...

Me levanto como para salir. Supongo que por ahora voy a creerle, pero no quiero prometerle nada. Efe también se levanta, me da la mano, me dice contamos con usted, seguimos en contacto. Yo estoy a punto de preguntarle cómo llegó su sobre a mi escritorio pero no lo hago porque lo entiendo antes:

—¿Y a Juan de dónde lo conocen?

—¿A Juan?

—Sí, a Juan Kosinsky.

Efe Julián se calla unos segundos. Parece como si no fuera a contestarme y al final me dice que no importa.

—No importa de dónde, lo que importa es que él a veces nos ayuda, está muy empapado de la causa.

Me dice, ya en la puerta. Les digo que nos vemos, los saludo, camino por Bolívar, ya oscurece. Está claro que en esta historia hay una gran historia; sólo tengo que entender cuál es. Y, mientras tanto, me gustaría saber quién es este señor que me la está contando.

Quiero olvidarme. No quiero seguir dándole vueltas a una historia que es pura pregunta sin respuestas: ¿quién quemó el ranchito y mató a esas dos mujeres? ¿Lo quemaron para matarlas o se les fue de las manos? ¿Por qué lo hicieron? ¿Qué fue del Griego? ¿Qué intereses mueven al sindicato, cuáles al frigorífico? ¿Qué carajo se cree el misterioso este que intenta manejarme? Quiero olvidarme, aunque sea por un rato. A veces creo que la gran ventaja de este trabajo que terminé haciendo es que a menudo – siempre, casi– te enfrenta con lo extraordinario: lo que contamos es lo extraordinario, lo que no les sucede a todos todo el tiempo. Y eso, para bien y para mal, te engaña: te hace creer que la vida puede ser así. Extraordinaria por horrible pero también extraordinaria por excitante, por distinta de esas rutinas espantosas en las que vive tanta gente. Debo tener cuidado de no caer en la tontería de imaginar que la vida es así. Sí, sería fascinante; sí, sería insoportable, pienso, y así podría seguir un rato pero esta noche lo que quiero es olvidarme. Tengo mi botella, tengo mis libros, tengo mis papeles, tengo mi casa: mi casa.

El living de mi casa es simple. Debe medir cuatro por cuatro, quizá cinco por cinco, y tiene una pared cubierta por una biblioteca: se ve que acá alguna vez vivieron unos que leían en serio. Yo tengo unos cuantos libros desparramados en los estantes; también tengo estantes medio vacíos: mi biblioteca es como mi educación. En un estante está la radio y en otro mi tocadiscos y mis discos: a veces me parece que en mi casa hay demasiadas máquinas. En la pared de enfrente, pintada de amarillo o crema, hay un

cuadrito que me dio mi mamá: tomá, nene, lo trajimos del pueblo cuando nos vinimos, trajimos dos, uno ya se lo di a tu hermano, este es el tuyo. El otro día, cuando me lo dio, le pregunté por qué no me lo había dado cuando me casé y nos instalamos en serio con Estela, y ella se rió y se calló la boca. El cuadrito debe medir treinta por treinta y es una iglesia vieja mirada desde abajo, una torre de piedra sin reloj, el cielo muy azul –y es, parece, la iglesia del pueblo que dejamos cuando yo recién aprendía a hablar. En la otra pared está la puerta doble que da al balconcito, donde tengo que poner alguna planta, urgente. Y en la pared de enfrente está la puerta de entrada, con su picaporte y sus cadenas, que últimamente uno no puede descuidarse.

El suelo es de madera y lo tengo más o menos limpio: le paso el trapo dos veces por mes. Y tengo muebles: una mesita cuadrada de un metro de lado con cuatro sillas livianitas, modernas, sin adornos, regalo de mi hermano –sí, regalo de mi hermano– cuando me mudé, que la puse al lado de la biblioteca, y, contra la otra pared, un sillón de dos plazas, su tapizado rojo, sus almohadones cómodos, que fue mi gran lujo: me lo compré con el resto de la plata de Pobre polaquita. Y tengo una lámpara de pie al lado del sillón, con una pantalla de cuero verdadero y una lámpara de techo con dos lamparitas y en el rincón, apartado porque ahora es invierno, un ventilador de pie: ¡un ventilador! Y tengo un baño con bañera chiquita y un bidet y agua caliente, y tengo una cocina con un primus de dos hornallas y una pileta que también tiene agua caliente y una heladerita de alambre en la ventana para guardar algunas cosas –aunque es raro que intente cocinar, soy un desastre. Y en el cuarto tengo una cama doble de fierro y dos mesitas de luz con veladores y el aparador que también me compré entonces; todavía me hace falta un armario, tengo los tres trajes colgados de unas perchas. No es fácil: cualquier cosa cuesta una fortuna. Y, además, el cabreo de tener que volver a comprar todo. Yo ya tenía muebles; los perdí cuando Estela me echó de nuestra casa. Pero ahora, por fin, tengo un lugar para la nena: un cuarto entero, con su camita. Y el miedo de imaginar cómo será volver a verla.

Tengo una casa, tengo un living de mi casa, tengo una biblioteca, tengo un sillón para sentarme a leer el diario: llevo dos o tres días sin sentarme a leer el diario, y se supone que es parte de mis obligaciones. Esta noche pienso hacerlo: la charla con el Falso Julián fue suficiente. Así que me traigo la botella de Bols y un vasito de cristal muy cucú de me gustaría saber de dónde vino, un paquete de Criollitas para que el alcohol no me noquee antes de tiempo, el paquete de Fontanares, el cenicero de lata de Gancia del café del Gallego García y la quinta de hoy y un par de diarios de la competencia, por si acaso. En el nuestro sale mi nota de la pobre Gladys, la suicida, y poco más sobre Gardel; en los otros, casi nada. Si quiero seguir con los suicidas tengo que apurarme, antes de que todo el mundo se olvide del Morocho. Y, hablando de olvidar, me acuerdo del tanguito que le estuve escribiendo, me dan ganas de volver a mirarlo.

El otro día había empezado con bastante entusiasmo:

Ya te vemos allá lejos,
ya sabemos que tu estampa
será siempre nuestra estampa.
Tu sonrisa tan porteña,
tu mirada que las pampas
no pudieron contener.
Y aunque quisimos guardarte
siempre supimos que te ibas a volver
a aquellos cielos de donde viniste,
a esas alturas de paz y placer,
a tu morada de dios que dio un paseo
por esta tierra triste que no pudo ser.
Gardel,
es la voz argentina
que brilla en la noche trayendo la luz.
Saber
que tu son no termina,
que tu canto nos hace,

que aunque un siglo se pase, borrando otras voces,
la tuya estará.
Vivir,
como vive esa frase
que todos sabemos,
que no morirá.

Está mejor que lo que recordaba: a veces pasa, y es un lujo. Y no me falta tanto. Me levanto a buscar papel y lápiz y, en lugar de sentarme a la mesa, me pongo a intentarlo en mi sillón: otro lujo. De a poco va saliendo:

Tengo miedo del olvido
que nos amenaza a todos,
y que a vos no te amenaza.
Tengo envidia del presente
de esos sonos y canciones
que ya nunca pasarán.
Son ese arroyo que fluye
y se hace río y así busca el mar;
son la tormenta que juega y destruye,
son ese sol que devuelve el calor:
son las palabras que todos cantamos,
que son nuestra alegría y nuestro dolor.
Gardel,
es la luz argentina
que brilla en la noche trayendo tu voz.
Saber
que tu son no termina,
que tu canto nos hace,
que aunque un siglo se pase, borrando otras voces,
la tuya estará.
Vivir,
como vive esa frase
que todos sabemos,
que no morirá.

Lo voy a dejar descansar unos días, aunque no muchos, no vaya a ser que termine de pasarse la furia gardeliana y me quede con el tango en la mano. Es malo, pero mientras sobreviva la sarasa quizá consiga que alguien lo cante, la Ñata Maizani, Magaldi, la Negra Bozán, alguno de sus amigos y amigas, y sería un golazo. Pero no sé bien cómo hacer. Quizá tendría que preguntarle a la Rusa. Curioso: lo primero que se me ocurre sigue siendo preguntarle a la Rusa, y resulta que una o dos veces por semana me voy a la cama con una mujer mucho más metida en ese mundo de la música que Raquel. Se lo tengo que dar a Beatriz, y a ver qué pasa. Y ahora de verdad quiero leer diarios un rato, en el living de mi casa: el living de mi casa.

Es cierto que de Gardel hay cada vez menos, y que en el mundo no pasa gran cosa: en el mundo nunca pasa gran cosa hasta que pasa, y nos creemos que pasó de repente. *La Nación* cuenta que en España el gobierno recuperó el control del ejército porque puso a un general leal a la República, un tal Francisco Franco, de comandante en jefe. Después en Filipinas dice que no sé qué carajo pasó con la independencia, en Alemania por suerte no hay más novedades, y hay una historia buena en *La Prensa*: que en Ohio, en Estados Unidos, un corredor de bolsa y un cirujano formaron una asociación para ayudar a la gente que, como ellos, chupa sin parar. Dice que le pusieron Alcohólicos Anónimos porque podés ir a verlos sin que se sepa; acá debería ser más bien Borrachos Conocidos. Hay una interesante en *Noticias Gráficas*: otro suicidio que podría tener que ver con Gardel, mañana en el diario lo miro. Y nuestro corresponsal en Nueva York metió una pavada bien jugosa: entrevistó a un pibe de 14 años que conoció mucho a Gardel de cuando vivía allá, y se salvó de pedo. Resulta que el pibe toca el bandoneón y Carlitos un día lo escuchó en Nueva York. El pibe es hijo de argentinos pero viven allá, y allá es muy raro ver un fueye, y dice la nota que Carlitos le dijo que tocaba bien pero como un gallego, que para tocar un tango en serio tenía que hacerse argentino. Y que lo siguió viendo, que el pibe le servía porque habla inglés y le hacía mandados y hasta lo dejó aparecer un minutito en su última película, y que antes de salir de gira le

ofreció llevarlo como una especie de ayudante y así de paso cada tanto se tocaba un tango y que el pibe por supuesto loco de contento pero que el padre no le dio el permiso, le dijo que todavía era muy chico para dejar el estudio y mandarse por ahí así que se tuvo que quedar en su casa y por eso, dice la nota, se salvó de morir en Medellín. La historia es buena y el pibe parece muy simpático: el antisuicida, viene a ser. Se llama Piazzolla, dice, otro sobreviviente.

Y hablando de sobrevivientes: en *La Vanguardia*, el diario de los socialistas, veo al pasar un título que dice Frigorífico La Negra y paro a ver si cuenta algo sobre el accidente o como quiera que se llame, ese que los «diarios burgueses» no vamos a contar. Pero tampoco: habla de esta investigación que lanzó el senador De la Torre, un santafesino, sobre la industria de la carne. El otro día leí algo sobre eso, que parece que casi toda la carne que se exporta la acaparan por ley los frigoríficos ingleses y norteamericanos. Por ley: que el gobierno hizo una ley para que toda la nerca se la lleven los ingleses y los americanos. Y que ni siquiera pagan los pocos impuestos que deberían pagar, dice el senador, y que estuvieron revisando las cuentas de La Negra y ahí también encontraron grandes irregularidades. Otra corruptela más. Como si algo de eso pudiera sorprendernos, ya a esta altura.

–Estuvo bien la que sacaste ayer, Rivarola, la de la pobre mina esa que se tiró por la ventana. ¿Tenés más?

Uno nunca sabe qué es mejor: si publicar algo que no le guste, para que te putee y te deje tirado en un rincón o publicar algo que sí, porque entonces siempre va a querer más. Más de lo mismo: como si un lindo paseo en bicicleta, en lugar de la satisfacción de haberlo hecho, te llevara a seguir andando en bicicleta hasta el hartazgo –y nótese que estoy delicado y escribo «paseo en bicicleta». Galuzzi insiste:

–Hay más historias de esas, de suicidas, de chiflados que se mataron porque murió Gardel. Ayer mismo vi una, no me acuerdo dónde, habría que buscarla.

Dice, y que no es ninguna tontería: que no se acuerda de nadie en la Argentina que haya sido capaz de hacer que personas se maten por él, así, a lo lejos, y que es algo que merece ser contado. Y a mí, por supuesto, me pierde aquella vieja tontería del alumno aplicado señorita señorita:

–Sí, esa salió en Noticias Gráficas. ¿Quiere que la haga?

–Dale, claro, es lo que te estoy diciendo. Y recién vi otra, pero esa no la vas a poder hacer. Era un cable de AP, una chica cubana, en Nueva York, fue al hotel donde había vivido Gardel y se tomó no sé qué veneno y ahí quedó. ¡Qué chiflada está la gente, gracias a Dios! ¿Te imaginás lo que tendríamos que trabajar nosotros si no fueran así?

Galuzzi está de una amabilidad sospechosa: le imagino una noche de exceso y desenfreno y enseguida dejo de imaginarlo, por si acaso. Él no lo sabe, claro; casi me sonríe y me ofrece un camel: algo tremendo debe estar por suceder.

–Estás laburando bien, Pibe, me gusta. Ojalá sigas así y no te tuerzas a la mierda, como tantos.

Me dice, pita, piensa en alguien –pero yo no pienso preguntarle en quién. Entonces da un puñetazo leve en su escritorio, como quien celebra o se celebra:

–Les voy a poner una faja, sacá cuatro o cinco y les pongo una faja. «Los suicidios de Gardel», ¿qué te parece?

–¿Y si no hay cuatro o cinco?

Yo querría dedicarme a la historia de las muertes en La Negra, pero necesito más información; voy a tratar de conseguirla antes de hablarle.

–No seas pesimista, Rivarola. Si los buscás va a haber.

–Lo que usted diga, jefe. ¿Y no será mejor poner «Los suicidas de Gardel», en lugar de los suicidios?

–¿Mejor para quién?

Hay respuestas que te dejan sin pregunta.

Le decían Gardelito: en el barrio todos lo conocían como Gardelito o, si no, Carlitos. En verdad se llamaba Inocencio –¿a quién se le ocurre ponerle a su hijo Inocencio?– Valdez y era hijo de un asturiano que se llamaba Inocencio Valdez y había llegado a la Argentina hacia 1880, montado un almacén, prosperado, montado un café al lado, prosperado, comprado dos mesas de billar, prosperado, vivido bastante bien con sus seis hijos e hijas hasta la crisis y el infarto, 1931, cuando les dejó el almacén, el café, las mesas de billar y una sarta de deudas. Gardelito era el tercer hijo; como todos, había trabajado un tiempo en el bar de su viejo y al final, como casi todos, se peleó con los otros y se abrió. Pero siempre siguió viviendo en la casa familiar en Agronomía, cerca de la avenida San Martín, un barrio tranquilo de gente tranquila, casitas bajas y ambiciones parejas. Le decían Gardelito porque era tan parecido al verdadero: el pelo negro engominado raya al bies, las cejas importantes, la nariz decidida y derecha y sobre todo la sonrisa: Gardel nunca habría sido nada sin esa sonrisa, y Gardelito menos. Esa sonrisa era su bendición: por ella consiguió las mujeres que consiguió,

los clientes que consiguió, los puntos que consiguió, la fama que consiguió. Gardelito no hubiera sido nada –Gardelito nunca hubiera sido Gardelito– sin esa sonrisa, y un día estuvo a punto de perderla, cuando un carro madrugador lo agarró trasnochado y lo volteó en una esquina, tan jugado que no alcanzó a poner las manos para parar el golpe. Se partió dos de los cuatro de adelante: el milagro fue un dentista alemán que consiguió reconstruírselos. No fue barato, pero Gardelito se las arregló –y pudo seguir siendo Gardelito.

–Yo lo ayudé. Me costó pero entendí que tenía que ayudarlo.

Me dice ahora Inmaculada Valdez, su hermana mayor, que administra el bar endeudado de la esquina de Zamudio y Pantaleón Rivarola. Ahí afuera el farol ya está encendido; acá adentro, dos borrachos beben en mesas separadas, cuatro hombres grandes gritan truco y retruco y un viejo picotea un moscato acodado al mostrador de estaño; las mesas de billar están cubiertas por sus telas.

–No era un muchacho: en estos días ya tendría casi cuarenta años, un poco menos que Gardel. Pero el otro día, cuando se murió el Morocho, se lo veía tan afectado que a mí me dio como un alivio. Se veía que lo suyo no era pura pose, que había algo profundo.

Me dice la hermana, y que esa tarde, a esta hora más o menos, Ino se sentó en esa mesa del fondo, ahí al lado de la entrada del baño, y estuvo un rato largo con un vasito de ginebra, uno nomás, dándole vueltas, sobándolo, mirándolo como si tuviera las respuestas a todas sus preguntas. No debió tenerlas: cuando salió la saludó más brusco, más callado todavía que de costumbre.

–Nos vemos, Inma, ya nos vemos.

Y parece que se fue al centro y dio espectáculo. Dicen que se había vestido bien Gardel: el funyi, el chal blanco de seda, todos los chiches, y salió a caminar por Corrientes. Dicen que algunos salían corriendo cuando lo veían, otros le dieron una moneda, dos o tres se pararon a hablarle. Dicen que caminó desde Callao hasta Florida y que después pegó la vuelta y caminó desde Florida hasta Jean Jaurés, que ahí se había juntado mucha

gente alrededor de la casa de doña Berta, la mamá, la casa de siempre del Morocho. Y que ahí fue donde uno le gritó pero cómo, qué hacés:

—¿Pero cómo, vos no estabas muerto?

Y que él le contestó, dicen, que sí.

Doña Inma me cuenta la historia de su hermano Inocencio con unas pocas lágrimas, un pañuelo gris con que se las enjuga cada tanto, la voz ronca. Y me dice que él le dijo —esa noche más tarde él le dijo— que esa frase lo mató: que cómo iba a seguir vivo si mi modelo, la persona que imito en todos sus detalles ya no está. Que si quería seguir viviendo tenía que dejar de ser Gardelito, tenía que volver a ser Inocencio y buscarse un empleo para vivir tranquilo y dejarse de joder, y que quizás estaba bien, que ya era hora. Pero que no sabía si podría. O si quería, me dijo al final, dice Inmaculada.

—Se habrá ido de acá a las diez y media, once, pongalé, ya no quedaba nadie. Y a mí me preocupó, qué quiere que le diga. Ni me imaginé que iba a pasar lo que iba a pasar, pero igual me quedé preocupada.

—¿De qué vivía su hermano, señora, si le puedo preguntar?

—Sí, claro que puede, pero yo qué le puedo decir. Hacía cosas de Gardelito, lo contrataban para algún espectáculo, una fiesta de la cooperativa, un casamiento, un circo, hacía una propaganda de algún producto, esas cosas.

—¿Pero la gente sabía que no era el verdadero?

Doña Inma tiene un bigote importante, la ceja unida, los ojos hundidos: la viva imagen de un minero asturiano en horas duras. Pero ahora una chispa de gracia le atraviesa la cara:

—¿Sabían? Yo no sé si sabían. Yo le diría que muchos no sabían.

—¿Y entonces con Gardel muerto se le acababa...?

—Eso mismo pensé yo.

Lo encontraron en un banco de la placita de Artigas y Rivarola, justo enfrente del mástil, a eso de las ocho de la mañana del día siguiente, hace tres días. Una vecina había sacado a su perro más temprano porque no paraba de lloriquear y, en lugar de ir al árbol de costumbre, salió corriendo

al banco y se paró al lado, le ladraba, lo sacudía con el hocico. A la vecina le dio mucha vergüenza, contó después, hasta que se dio cuenta de que no podía ser que el hombre no hiciera nada cuando el perro lo achuchaba así, y se le acercó más y vio que era Gardel y que estaba muy dormido o, quizá, muerto. Con mucho cuidado –mucho miedo–, se atrevió a sacudirle el hombro e Inocencio se cayó de costado. La vecina, dicen, pegó un grito que se oyó hasta Liniers y se fue corriendo a buscar al policía. Recién cuando llegó el botón y lo miró mejor se dio cuenta de que, en lugar del pañuelo, lo que le asomaba del bolsillo de arriba del saco era un papel blanco. Lo agarró con cuidado y vio que estaba escrito con letra despereja: «Cómo me cagó la vida», decía, me dijeron, pero no estoy seguro de que la o de cómo tuviera su acento.

Le pregunto a dos o tres vecinos más. Todos me hablan de Gardelito con cariño, un poco de nostalgia, un poco de desprecio: que era un pobre pibe que nunca pudo salir de la locura esta de parecerse a Gardel, que nunca le hizo mal a nadie pero tampoco ningún bien, que el pobre se creía que los engañaba pero no engañaba a nadie, que nadie se creyó nunca que era Carlitos, que todos sabían que era Inocencio haciendo de Carlitos y eso ya tenía su gracia, que todos pensaban que en algún momento iba a dejar atrás esta gilada pero mire se murió de eso.

Me vuelvo al diario triste, mirando las baldosas. Al final voy a tener que contar la historia de un estafador que no estafaba, un imitador que se creyó su imitación. «Se estafó solo», podría ser el título, porque «cómo lo cagó la vida» no se puede poner, los jefes no nos dejan. Y «cómo le cagó la vida» menos todavía.

—Lo encontraron. Te proponen que lo vayas a ver. ¿Te lo arreglo?

El lugar sigue siendo el pasillo de los baños, pero el abordaje de Juan Kosinsky es cada vez más directo. Me gusta su estilo: el pelo casi sin peinar, la camisa abierta arremangada, los pantalones que le quedan cortos: uno que todo eso de mostrarse le importa tres carajos o mostrar que todo eso de mostrarse le importa tres carajos. Me disgusta su estilo: su secreto, sus medias palabras, sus señas escondidas, sus cuchicheos junto al baño: uno que quiere manejar la situación y manejarte. Y esta mañana, todavía impresionado por la historia de Carlitos, no tengo más ganas de simulaciones.

—Mirá, Juan, vamos a hablar claro. Perdoname que te ponga en esa situación, parece que a vos no te gusta, pero por una vez vamos a hablar claro.

Kosinsky me mira, frunce las cejas, saca el paquete del bolsillo del pantalón, me ofrece un cigarrillo. Yo lo acepto, los prendemos, sigo:

—Como sabés, la historia que me contó tu amigo el clandestino me interesó, me conmovió. Y te agradezco que me hayas hecho el contacto. Pero no voy a caminar más con esto de las cartitas sin firma, las charlitas sin nombre. Si vamos a seguirla me tenés que decir por qué hacés todo esto, para quién trabajás, de qué se trata. Ustedes me piden que les tenga confianza, que me crea lo que me dicen; entonces lo menos que puedo esperar es que ustedes también me tengan confianza a mí y me digan quiénes son, qué quieren.

Fue una tirada larga, enfática en cualquier situación; en la puerta del baño lo fue todavía más. Kosinsky respira hondo, pita más hondo, se pasa la

lengua por la boca: señales un poco burdas de que está considerando mi pedido. Al final se decide:

—Es fácil, Rivarola, somos comunistas.

Yo me quedo callado. No sé qué decirle: ¿ajá? ¿qué interesante? ¿bueno, gracias? ¿yo tengo un amigo comunista? ¿no me jodas Kosinsky? ¿comunistas de Stalin o de Trotsky? ¿ustedes son todos iguales? ¿ya me parecía? ¿la reconcha de tu madre? ¿yo también?

—¿Vos y quién más?

—Yo, claro, y muchos más. Y algunos de los muchachos del sindicato de la carne, por supuesto. Pero cuando hacen sindicalismo no lo hacen para el partido, lo hacen para los trabajadores. El interés de los trabajadores tiene que estar por encima de los intereses del partido, por más que algunos no lo entiendan.

Todo bien, pero cuando empiezo a escuchar demasiados trabajadores, partidos e intereses algo se me pianta. Trato de contenerlo, le pongo una mano en el hombro. De pronto recuerdo que estamos en la puerta del baño y me preocupa que alguien pueda vernos; la saco.

—Todo bien, Kosi, te agradezco la franqueza. Otro día la charlamos más, ¿de acuerdo? Por ahora te voy a pedir nomás que no me operes, ¿tá? Que seas franco y me des el panorama completo, no la parte que a ustedes les interesa. Si vos lo hacés yo también lo hago, y voy a hacer todo lo posible porque salgan las historias y se ayude a los trabajadores.

Digo, y me impresiono un poco: me faltan tres pasos para que me recluten —y espero no darlos en mi vida. Kosinsky me sonrío:

—Claro, Riva. Franqueza y las mejores intenciones. Vamos a hacer buenas cosas, compañero.

Yo le digo que sí, espero que no me salude con el puño cerrado y paso a lo importante:

—¿A quién encontraron, que quieren que lo vaya a ver?

—¿Cómo, a quién? Al Griego, Riva, apareció, estaba vivo, apareció. ¿Podés ir?

—Sí, claro que puedo. ¿Dónde?

Kosinsky me dice que al mismo bulín del otro día, que hoy a las cuatro van a estar ahí, que si necesito que me lleve o lo voy a encontrar solo. Yo le digo que lo puedo encontrar solo, que no se preocupe, y me da cierto placer. Él se da cuenta y me dice que no me preocupe yo, que en unos días lo dejan y se buscan otro.

—Esos bulines se queman muy rápido. Pero no hay problema, se consiguen fácil. Y ahora con la crisis ni siquiera están tan caros. Bueno, depende para quién. Imaginate para un obrero, con un sueldo de obrero, pagar cincuenta mangos por una pieza como esa en las condiciones actuales de explotación de...

Dice, y va a empezar el mítin; yo le digo que claro y salgo huyendo.

Parece un chiste, pero no termino de sentarme en mi escritorio cuando se acerca Adolfo Dorrego con el diario en la mano.

—Muy buena tu historia de Gardelito, Rivarola. Y me extrañó esto de que el café del viejo estuviera en la esquina de Pantaleón Rivarola... ¿Vos sabés quién era?

Yo le digo que no como se espanta una mosca, pero Dorrego insiste: que yo también tenga un supuesto ancestro con calle parece que me hace socio de un club muy privado y él, que siempre lo fue, me da la bienvenida. Yo no le digo que mis viejos llegaron a Buenos Aires hace treinta años con una mano atrás y otra adelante, que yo mismo llegué a Buenos Aires con ellos a los tres años, que no hay ninguna posibilidad de que ese Rivarola de la calle tenga que ver con mi familia. En cambio lo miro con algo parecido a una sonrisa y le digo que mientras no lo ande contando por ahí:

—Mientras no vayas a contarlo por ahí...

Le digo, y él murmura algo entre dientes, algo que podría ser una puteada, y se vuelve a su escritorio. Va a pasar mucho tiempo antes de que me olvide de cómo nos vendió —si es que me olvido alguna vez.

Llego a las cuatro y dos minutos y el falso Gabriel me está esperando en la puerta del cuartito del conventillo con el abrigo puesto, la gorra, la bufanda: el falso Gabriel es flaquito, casi enclenque; debe tener cincuenta años y el porte de un viejo, pero algo en la cara se resiste: los ojos vivos, cierta tendencia a la sonrisa.

—¡Tres minutos tarde, camarada!

Me dice, pero los ojos hacen risa.

—¿Camarada de quién, camarada?

Le contesto, para ponerme en esa misma onda y nos damos la mano y me arrea para la calle.

—¿No teníamos que encontrarnos con más gente?

—Sí, nos vamos a encontrar con más gente pero no va a ser acá. Al Griego lo busca la cana, no puede andar por ahí.

Me dice, y que lo siga; yo lo sigo. En la esquina de México nos paramos en la parada del 22; el tranvía llega casi enseguida, nos subimos, sacamos los boletos, nos vamos para el fondo. Hace demasiado frío como para salir a la plataforma, pero el último asiento está libre. Nos sentamos, le pregunto adónde vamos, me dice que ahora voy a ver, le digo que no joda, que quiero saber adónde vamos.

—Ahora vas a ver, camarada, no te pongas así. Al Doque vamos a ir, a un lugar muy tranquilo.

Me dice, y se sonríe y saca un diario del bolsillo interior de su saco y se pone unos anteojos redondos de marco de metal. El falso Gabriel no quiere más charlitas.

Ya cruzamos el Riachuelo en bote, ya caminamos unas cuadras en el frío, ya me preocupé de que un desconocido me llevara por unas calles desoladas, ya se me fue llenando la cabeza con recuerdos de la pobre polaquita, ya tararéé incluso unas líneas de mi tango, y de pronto nos paramos en esa puerta que conozco bien.

—Dale, camarada, acá estamos.

Me dice el falso Gabriel y yo lo miro con toda la sorpresa que puede caber en unos ojos. Y, por si no me entendió, se lo digo en swahili:

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Por qué, camarada? Tranquilízate, por favor, no te pongas así.

—Me pongo como me pongo, jefe, como sea que te llames. ¿Me hacés viajar todo este tiempo para traerme al Farol, la concha de tu madre? Si querés reírte avisame y te consigo un payaso, pero yo...

El Farol Colorado es el prostíbulo más famoso de la zona sur, un caserón que debe tener 20 o 30 años bien llevados, todo muy mantenido, repintado, y el falso Gabriel se empieza a reír en serio, con grave riesgo de su vida, y me pone una mano en un hombro y me dice ah, ahora entiendo, vos sabés qué es esto, tranquilo, no te preocupés, tranquilo, me dice, y toca el timbre. En el marco de la puerta aparece un hombrón: tiene el cuerpo de un armario de varios cuerpos y una cabeza cuadrada, mandíbula cuadrada, orejas cuadradas; sólo le faltan un par de curvas para ser humano.

—¿Qué necesitan?

—Decile al Pepe que llegó el periodista.

El hombrón nos hace pasar, subir la escalerita de tres escalones y pasar una puerta doble de vidrios y cortinas para llegar al hall con el guardarropas a un costado; después están los dos salones, uno a cada lado, y detrás el patio con las habitaciones, planta baja y primer piso, extrema densidad de polvos por metro cuadrado. Desde el guardarropas sale una voz que me saluda a gritos:

—¡Rivarola! ¡Rivarola!

El falso Gabriel me mira con una sorna que no intenta disimular, y Mulata sale de detrás de su mostrador, me da un beso, me dice qué bueno verte tanto tiempo; yo le devuelvo el beso y los cumplidos, y enseguida le pregunto por el Vacuna, el que hacía la guardia cuando yo tuve que venir, hace más de un año, para seguir el tema de la polaquita. Mulata me hace una mueca entre triste y resignada.

—Acá pasaron muchas cosas, che. Y algunas por tu culpa, si se puede hablar de culpa...

—Yo no hice más que contarlo. La culpa la tienen los que lo hacían.

Le digo, pero ni ella ni yo parecemos demasiado convencidos. Hay cosas que pueden hacerse mucho tiempo si nadie las cuenta y se rompen cuando alguien lo hace: fue el caso de los manejos del Farol y su patrón, el Franchute o Augusto Corbet, o Alberto Gómez o como quiera que se llamara el farabute ese. De pronto el falso Gabriel se interesa y trata de participar; yo lo corto. Mulata me dice que bueno, que no me preocupe, que ella está bien y al fin y al cabo acá todo sigue más o menos bien, igual pero un poco mejor, bueno, lo mismo, aunque el nuevo patrón es más tranquilo, tiene menos pretensiones.

—¿Está el Pecho?

Dice entonces el falso y Mulata le contesta que no pero que sus amigos siguen en la pieza de siempre. Gabriel le dice que bueno gracias, le sonrío levemente, me agarra del brazo y me lleva por la escalera al primer piso. Caminamos hasta el fondo del pasillo entre puertas cerradas y gemidos abiertos y en la última de la izquierda da dos golpes seguidos y uno separado. Una voz desde adentro le grita que pase.

—¿No me vas a decir que no te sorprendió que te traigamos acá?

Me dice ahora el falso Julián, con la camisa afuera, un mate en la mano y una especie de sonrisa.

—Más me sorprendió él a mí.

Dice el falso Gabriel, y se lo explica:

—Acá nuestro periodista debe ser un habitué, conoce a todo el mundo.

Los otros dos se ríen. Yo, es cierto, no salgo de mi asombro de que esta banda de sindicalistas comunistas me haya traído de vuelta al prostíbulo de la polaquita, pero no tengo ganas de explicarles mi conexión con el lugar. Quiero saber la de ellos, por supuesto, pero sobre todo quiero saber quién es el otro hombre en camiseta sentado al borde de la cama al lado de Julián — aunque me jugaría el sueldo a que lo sé.

—Disculpe, ¿usté es Demetrio Michelakis?

—Para servirlo, señor. ¿Usté?

–Yo soy Andrés Rivarola, periodista del diario Crítica, y quería hacerle unas preguntas.

–Dele nomás. Para eso estamos.

Pero antes de empezar con las preguntas el falso Julián me pide que por favor nunca diga dónde nos encontramos, que el Pecho Gilera es un amigo, un tipo que salió del frigorífico y aunque cambió de vida no se olvida de los viejos compañeros y que por eso cuando tenemos un asunto grave, no una gilada sino un asunto grave, dice, nos da una mano, y ahora que maneja este piringundín nos presta una pieza para que el compañero pueda estar tranquilo.

—¿Tranquilo acá, en el Farol?

—¿Y dónde va a estar mejor, periodista? Acá entran y salen ñatos todo el tiempo, nadie te mira raro. Y si hay un lugar donde la cana no jode es este. Vienen una vez por mes a cobrar la cuota y listo, todo piola.

—¿Y quién es este Gilera?

—Me parece que no estamos acá para hablar de eso, ¿no?

—Digamé entonces para qué estamos acá.

—Está claro, compañero. Estamos para que usted pueda charlar con nuestro compañero Michelakis.

Yo le digo que es cierto y saco una libreta. Nunca lo hago, pero me parece que esta vez corresponde: le da a la escena una seriedad, un carácter profesional difícil de obtener en el cuarto de un prostíbulo del Doque. Un cuarto tan parecido al que tenía Berta Blumenthal.

—Mire, no me resulta fácil, me va a tener que disculpar si me equivoco en algo o me confundo. Cualquier cosa usted me dice, ¿sí? Le pido que me ayude.

Dice Michelakis. Yo no sé cómo son los griegos, pero si alguna vez me imaginé uno no se parecía a este. Michelakis debe tener unos 40 años, quizás alguno menos, y dos brazos como dos tubos de fierro. En la cara, en

cambio, mucha menos carne: el mentón, los pómulos, la frente tallados a martillazos; la nariz potente, los ojos negros estirados, la barba de unos días más negra todavía.

—El pobre Lagialla me pidió que les diera una mano. Eran muy pichones, los dos. Yo llevo como quince años en el frigorífico, lo conozco, sé que tiene muchas trampas.

Dice, buscando las palabras como si se le escaparan, y que no es fácil laburar entre cadáveres, que al fin y al cabo aunque sean vacas son cuerpos hechos de carne como cualquier otro, llenos de sangre como cualquier otro, y que andar todo el día con los cuchillos en la mano cortando cachos a veces te pone nervioso, te sulfura, y a veces se te escapa un tajo pero nada grave, cosas de hombres nomás, cosa de hombres.

—Nosotros tenemos fama de bravos porque somos bravos, señor, somos bravos. Pero a veces parece que frente a los patrones nos hacemos gallinas, nos dejamos hacer cada cosa...

Dice, y nos cuenta que ese pozo siempre fue un desastre, que cuántas veces él y otros muchachos le dijeron al capataz de la sección que había que ponerle una baranda, algo que lo protegiera, que un día ahí iba a saltar una desgracia, y nunca nos dieron bola, sabe, dice, nunca, esos hijos de la gran puta. Y sigue contando el resbalón de Ortiz, cómo Lagialla lo quiso atajar y se fue con él al pozo de mierda, usté no sabe lo que es ese pozo, periodista, nadie sabe lo que es, este mundo está lleno de giles que abren las latas que les venden y se creen que la comida que les dan es una papa, si supieran de dónde sale todo eso, pobrecitos, no comen una lata nunca más en sus vidas, ni un bife se comerían si supieran, dice, de modo monótono, como quien habla por obligación aunque está harto de escucharse, de saber lo que sabe.

—Y ahí me tuve que tirar yo, qué se le va a hacer.

Dice: que no tuvo más remedio, que no se iba a quedar mirando cómo los otros dos se ahogaban en la mierda y que se tiró y que ya sabemos cómo terminó la cosa, que él no pudo hacer nada, nunca pudo hacer nada, a veces cree que se tiró sabiendo que no podía hacer nada pero cómo no iba a tirarse, si no me tiraba me moría de los mordimientos, dice: de los mordimientos. Y que menos mal que había agarrado la soga y que después

por eso lo pudieron sacar y todo eso que ya sabemos pero que él seguro que iba a hacer la denuncia.

—¿Cómo no voy a hacer la denuncia, yo, señor, si esos hijos de puta mataron a mis compañeros? Ese pozo no es un pozo, señor, es una trampa. Una ratonera, es, como eso que dicen, cómo es... la guillotina. Y encima me dijeron que tenía que decir que era culpa de ellos, que los muchachos se cayeron por giles, porque eran muy tiernitos, me dijeron. ¿Yo cómo voy a decir eso, señor?

Michelakis sigue sentado en el borde de la cama, las piernas abiertas, los brazos apoyados en las piernas; Efe Julián sigue sentado a su lado, lo mira como si se bebiera sus palabras y asiente con la cabeza cada tanto. Efe Gabriel y yo seguimos parados, yo recostado contra la pared de la puerta con mi libreta y mi lápiz, Efe Gabriel recostado contra la puerta como para que nadie pueda entrar.

—Una trampa, señor, toda llena de mierda, no me puedo olvidar de eso, señor, lo que era estar ahí adentro, patalear en la mierda, ver cómo la mierda te va tragando, señor, yo eso no me lo voy a olvidar nunca en la vida...

Michelakis dice que después de ese día le dieron unos francos para que se recuperara y que como era martes no tenía que volver hasta el otro lunes y que se pasó esos días en su casa, que le parece que chupó bastante, estaba difícil, no se hallaba, dice, daba vueltas, que le parece que con la mujer se peleó bastante, dice, que el nene lloraba mucho, dice, y yo me pregunto qué nene y debe ser que escuché mal, que dijo la nena porque el nene ya lleva dos o tres años muerto, pobrecito, la difteria, y dice que fueron días oscuros, que no se acuerda mucho y que al final tuvo que volver a la planta el martes y que ahí recién iba a poder ir a hacer la denuncia con los muchachos de la comisión.

—Yo claro que iba a hacer la denuncia, pero vino el capataz Cabrera, el guacho ese, y me dijo que me querían hablar y me metió en un cuarto, una oficina de ahí de la planta con un tipo de corbata, chaleco, todo, que me dijo muy serio que si yo iba con esa denuncia se ocupaban de mi familia. Eso me dijo, señor, que si yo hablaba ellos se ocupaban de mi familia. Así me dijo.

—¿Cómo que se ocupaban?

—Eso mismo le pregunté yo, señor, cómo que se ocupaban. Y el hombre muy serio me dijo de verdad no entendés. Y por cómo lo dijo yo lo entendí, puta si lo entendí. Yo le dije si tocan a mi familia les prendo fuego todo, les dije. Ahora lo saben. Si llegan a tocar a mi familia les prendo fuego a todo.

Dice Michelakis, mirando el suelo, como ido. Yo no termino de entender pero no le pregunto: todavía no.

—¿Y por qué al final no hizo la denuncia?

—No la hice, ¿no? No sé qué pasó. O sí la hice. Sí, yo quería hacerla. Yo lo fui a ver al capataz Cabrera y le dije que yo la denuncia la iba a hacer, que a mí nadie me aprieta y que ni se les ocurra tocar a mi familia porque les quemo todo. Me dijo que me iban a hacer cagar, yo le dije que no tenían huevos, nos pegamos un par de gritos, me parece. Pero nada, no sé, después esa tarde salí de la planta, quería ir a hablar con los muchachos.

Su historia se confunde, me confunde. Miro a Efe Julián que me mira como diciendo yo tampoco. Le palmea una pierna, le pregunta con quién fue a hablar.

—¿Con vos no fue? Yo digo que fui a hablar con vos, ¿no?

—No, Griego, conmigo no viniste.

—Yo digo que sí, Pepe, ¿vos decís que no?

—No viniste, Griego, te aseguro.

—Puede ser. Si vos lo decís...

Dice y se queda callado, la cabeza hundida entre las manos, los codos sobre los muslos, el silencio. El silencio es difícil: se hace espeso. Yo, por romperlo, le pregunto qué piensa hacer ahora.

—¿Ahora? No sé, ahora no sé. Ahora estoy acá, pero voy a tener que salir. Tengo que ir a ver a mi mujer, no sé. Tengo que ir a la planta, que sepan que ya hice la denuncia, tranquilizar a los muchachos. Hay que tranquilizar a los muchachos.

Más silencio: es duro ver a un hombre que se pierde.

Después, en el pasillo, el falso Julián me dice que no saben qué hacer, que está jodido, que tiene ratos en que está mejor y entiende un poco pero otros que está así, que yo ya vi cómo al principio parecía normal y después empezó a patinar, que no saben qué hacer. Le pregunto cómo lo encontraron.

—Lo encontró un compañero ayer a la mañana. Andaba caminando por ahí por las Latas, como perdido, ni siquiera borracho estaba, perdido nomás, ido. Lo agarró y nos lo trajo y nosotros lo trajimos para acá, a ver qué hacemos. La cana lo está buscando, algunos creen que fue él que le prendió fuego a la casa, otros creen que agarró la guita de la patronal...

—¿Y usted qué cree?

—Yo, la verdad, la verdad, ya no sé qué creer.

Dice Efe, y le creo. Se lo ve desolado, enfrentado a un problema tan distinto de los que suele enfrentar.

—¿Y les dijo dónde estaba la noche del incendio, por qué no estaba en la casa?

—Dice que no sabe, no se acuerda. Tampoco entendió bien que la mujer y la hija están muertas, dice que cuando quiso volver a su casa no la encontró pero no entiende qué pasó, se acuerda de muchas cosas hasta ahí pero de todo eso nada... Todo el tiempo se la pasa diciendo que los tendría que haber salvado, que cómo los dejó morir.

—¿Las, quiere decir? ¿No eran dos mujeres, la esposa y la hija?

—No, quiere decir los, quiere decir a los muchachos. Lo único que repite todo el tiempo es que tendría que haber salvado a los muchachos en el pozo de la planta. De su familia es como si no se enterara, no sé. No sabemos qué hacer, la verdad. Tampoco lo podemos tener acá mucho tiempo, no sé, no sé qué hacer.

De pronto me parece que este hombre sin nombre está harto de esto: que es un militante sindical, que está para otras cosas, que está dispuesto a ayudar a un compañero dentro de ciertos límites pero que esto ya pasó esos límites, que no sabe cómo seguir y que lo sigue porque no sabe cómo dejarlo. O no, vaya a saber.

—Supongo que esto no le debe servir mucho, periodista. Pero lo que sí necesitamos es que cuenten el accidente, que se sepa. Si no sale nunca van a arreglar la planta. Y si no la arreglan y la ponen más segura no sé qué vamos a hacer. Nosotros queremos ser pacientes y pacíficos, pero tampoco podemos permitir que sigan muriendo compañeros. Ya hay algunos que dicen que si ellos nos matan a nosotros entonces nosotros tenemos que matarlos a ellos, para que vean cómo es, para que entiendan. Yo les digo que la muerte no suele ser una buena lección para nadie, pero si los patrones se empeñan en no mejorar nada, cada vez se me hace más difícil contener a los compañeros.

Me dice Efe Julián en el pasillo; resuenan los gemidos. Unos metros más allá, más cerca de la escalera, un señor gordo y una chica salen de una habitación: él adelante, ella detrás, pasos cansados.

—¿Pero usted quiere contenerlos? Yo creía que los comunistas estaban por la revolución social.

—Sí, claro que estamos, camarada. Pero hay que saber reconocer el lugar y el momento, la oportunidad. No lanzarse a tontas y a locas, como los anarquistas, todos esos aventureros. Hay que lanzarse cuando están dadas las condiciones objetivas, camarada. Si no, a la final les terminás haciendo el juego a los burgueses.

Tema para su próxima reunión, supongo: su problema. Pero entre tácticas y estrategias yo también estoy a punto de olvidarme de que en el medio hay un crimen cada vez más oscuro: quién quemó esa casa, quién mató a esa mujer y esa nena. Efe me dice que no sabe, que no tiene ni idea.

—Tampoco, no sé nada. No creo que haya sido él, no creo. Y si fue la patronal habrán mandado a alguien, a alguno de esos canas que tienen en seguridad, algunos otros que les pagan. O a lo mejor fue él. O quién sabe pudo haber sido un accidente. Pero capaz que no, no sé, no sé. La verdad, yo ya no sé más nada.

Sería triste pensar que fue por los gemidos, los recuerdos, la tragedia, ese clima tan especial del Farol Colorado —pero es cierto que en cuanto crucé el

Riachuelo la llamé. Y no dudé: la llamé a ella, ni por un momento se me cruzó la idea de llamar a Raquel. La llamé y le pregunté si tenía un rato para vernos; me dijo que ahora no podía porque tenía que darle de cenar a Cirilo pero que si quería después podía pasar un rato por mi casa y le dije que sí.

—...es que después de verlo no puedo creer que ese tipo haya matado a su mujer y a su hija, que me disculpen pero de verdá, lo vi y no puedo creer que haya hecho eso.

—Bueno, a esos instintos tenés que hacerles caso, Andy.

Me dice, y me rechinan un poco los dientes por el Andy pero trato de que no se me note.

—Y, además, ¿sabés que es la primera vez que me contás uno de tus casos o historias o como quiera que se llamen?

Me dice, sonriente, jugando con mi pelo, los dos sentados en el sofá rojo y estrecho de mi living, sin haber pasado por la cama —todavía. Y me emociona esa comprobación y empiezo a besarla más en serio y ella me para en seco:

—Pará, pará, pará. Olés a perro. Esos perros viejos, que ya se les va cayendo el pelo, ¿sabés? Está todo bien, pero no me ofendo si te metés en el baño y te das una buena ducha. Si querés yo te espero en la cama.

Me dice, mezcla de madre y amante y todas esas cosas. Yo la beso todavía una vez más antes de cumplir sus órdenes, levantarme, ir hacia el baño. Y decirle, desde la puerta, justo antes de cerrarla:

—¿Y si un día de estos me enamoro de una?

—¿Y si un día de estos me enamoro de uno?

Me contesta, y yo prendo la ducha.

Don Guillermo González Galuzzi estaba a punto de irse a almorzar cuando lo intercepté, todavía en su escritorio.

—Dichosos los ojos, Pibe. ¿Qué andás haciendo por acá?

—Nada, jefe, saqué a pasear el perro. Me dijeron que acá hay unos árboles de primera.

—De primera, de segunda, de todos los colores. Me gusta tu perro. Con esa pinta se lo podés meter a cualquiera.

Me dice, y se ríe: esa gente que se ríe de sus chistes. Nunca supe si lo hacen porque genuinamente les divierten —entienden su propio humor— o por desconfianza de que alguien más lo haga o por nervios o por desvergüenza: yo cuando hago un chiste pongo cara de póker, por si acaso. Galuzzi no; se ríe de su chiste malo. Estoy a punto de ladrarle pero me contengo.

—Jefe, tengo una historia que sí es de primera.

Galuzzi pone cara de interesado: los lentes que usa para ver de lejos, un Camel sin prender en la derecha, un lápiz en la izquierda. Ese sí que es un buen chiste, pero no estoy seguro de que sea voluntario.

—Dos muertos en el frigorífico La Negra por un supuesto accidente: los pibes se cayeron en un pozo de mierda que la empresa no quiere arreglar, y otro se tiró a salvarlos y estuvo a punto de morirse también.

Le digo, y no le digo —todavía no sé por qué— que la continuación de la historia fue el incendio, la muerte de la mujer y la nena.

—¿Un accidente laboral, me decís?

—Bueno, algo así.

—¿Qué somos, nosotros, la Cruz Roja? Estás jodido, Rivarola. Si empezamos a publicar esas cosas tenemos que cerrar todas las demás

secciones y les dedicamos todo el diario. ¿Vos sabés cuánta gente se muere en accidentes?

—¿Y no lo publicamos? ¿Cuando hay un choque no lo publicamos? ¿Cuando se cae un chico al río no lo publicamos?

—Sí, pero no es lo mismo.

—¿Por qué no es lo mismo?

Galuzzi nunca fue un fanático de la dialéctica aplicada; es un jefe, y los jefes, en su manual, no discuten sus decisiones: las toman y las imponen.

—Porque sí, Rivarola. No vamos a perder el tiempo con esas tonterías. Buscate algún otro suicida de Gardel, que si encontrás dos o tres más te consagrás.

Yo respiro hondo, me trago dos o tres frases, me vuelvo a mi escritorio. Así es la vida en el mundo de la prensa libre.

—Y claro, Pibe, ¿qué te creías? ¿Que estás trabajando en Prensa Obrera? Seguro que eso no te lo iban a publicar, seguro cuatro veces. ¿Un accidente laboral? Uy, no, cruz diablo.

Me dice Señorans. A veces le odio esa seguridad, esa manera de creerse que el mundo hace lo que él cree que hace, esa falta de duda. Puede ser muy irritante: sobre todo cuando tiene razón.

—A menos que tengas algún argumento particular, algo para condimentarlo...

Yo miro alrededor: no, no estoy buscando un argumento. Pero hay noches en que el Tortoni aún consigue asombrarme. Hoy hay un recital de poesía abajo, en el sótano, y los poetas que todavía no bajaron están en cuatro o cinco mesas hablándose como si cada uno de ellos fuera el hermano mayor de Dionisio, sus sacos a cuadritos, sus moños de tiritas, sus boinas muy ladeadas. Si por lo menos se las sacaran para estar en el café. Tan felices de sí, tan orgullosos de nada: los poetas desprecian al mundo en general y a los tangueros en particular. Pura envidia: un buen tango lo recuerdan millones, un poema, su amante o su mamá o su amante mamá o

todo lo contrario. Por supuesto que yo no digo que lo mío sea poesía, pero si lo que escriben Discepolín o Manzi no es poesía, la poesía no existe.

—¿No te parece, Señor?

—¿De qué estás hablando, Rivarola?

—Uy, disculpame. Nada, todos estos poetas acá alrededor, me dan un poco de impresión.

—Creí que te gustaban los poetas.

—Muertos, sí, bastante.

—¿Nunca leíste a Machado? Está bastante vivo y me parece que te gustaría. Español pero no tanto, creo que si viviera acá podría escribir tangos. Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...

—¿Dijiste español pero no tanto?

—Dije, sí. Español pero tranquilo; un conversador, no un paquete de ínfulas. En fin, tonterías. ¿Y cómo fue que te dio por trabajarte un accidente laboral?

—¿Te acordás el pibe este que te pedí que me averiguaras un poco...?

—Uy, sí, escuchame.

Me dice Señorans: escuchame, no escuchame, y que estuvo preguntando un poco por ahí y que lo que le dijeron es que el tipo es un...

—¡Comunista!

Le digo yo, para afearle la conducta y enrostrarle mi victoria —o algo así.

—Bueno, te iba a decir que un alumno crónico de Letras, hijo del dueño de una textil más o menos grande, un par de cuentos publicados por ahí, y sí, comunista. Miembro del partido, me han dicho, militante, sindicalista de nuestro gremio, también, en cualquier momento se nos va a destapar y nos va a conducir al triunfo en la batalla final de la lucha de clases.

—Talanca...

—¿Qué te pasa, Pibe?

—¿Te andás burlando de los tuyos?

—Primero, no son los míos. Segundo, si fueran los míos me burlaría más. No hay nada mejor para la salud mental que burlarse de los suyos. Aunque los españoles no lo sepamos.

—¿Qué te pasa hoy con España y los españoles?

—Tienes razón, no sé. Se ve que las noticias me están pegando fuerte. Cada vez pienso más en volverme. Si no fuera por Inés...

Yo le sonrío: me gusta que una mujer sea la razón por la que quiere quedarse. Me gusta, sobre todo, porque hace un par de años queríamos a la misma y eso pudo terminar en problemas y no fue así —y este amor suyo lo confirma.

—Qué bueno que Raquel ya no le importe a ninguno de los dos, ¿no?

Le digo, blanqueando algo de lo que nunca hablamos mucho.

—¿A ninguno de los dos?

Me pregunta, casi misterioso, y la pregunta deja tantos flancos que prefiero dejarla pasar. Cuatro ginebras justifican cualquier descuido —aunque provoquen todo lo contrario.

—Sabes que se está viendo mucho con Homero, ¿no?

—¿Con Homero? ¿Ahora lo llamás Homero?

—No te hagas el tonto, Rivarola. Con Manzi. Sé que se los ve juntos por ahí.

—¿Pero ese hombre no tiene una esposa?

—Y un hijo, sí. ¿Y?

—Es cierto. La Rusa no es celosa.

Digo, y los dos nos reímos —aunque nuestras risas no terminan de sonar convincentes. Nos callamos, los dos, un momento, trago, pitada, mirada al techo, humo que trepa.

—Voy a insistir.

Digo, y Señorans suelta el grito:

—¡Coño, ya lo decía yo!

—¿Qué decías vos?

—¿En qué vas a insistir, Pibe?

—En la historia del frigorífico. No puede ser que no la publiquemos. Es muy fuerte.

Señorans se sorprende —o eso me parece— y lo disimula con un trago largo. Después me pregunta quién es mi fuente en esa historia.

—Uy, eso solo es toda una historia. Es un tipo clandestino, un dirigente de ahí del frigorífico, no me dice su nombre.

—¿Un dirigente? ¿Comunista?

—Debe ser, si me lo pasó Kosinsky...

Señorans empieza a reírse: primero es una risa casi falsa, autoinducida, uno que se ríe porque quiere reírse, pero después se transforma en verdadera carcajada.

—¿Y ese dirigente clandestino es un tipo rubio, medio bajo, la cara redonda, ojos claros, anteojitos?

Ahora veo que quizá tenía razón en reírse. Me molesta.

—¿Lo conocés?

—¿Cómo no lo voy a conocer, Rivarola? ¿Tú dónde vives, en el polo? Ese tiene toda la pinta de ser Peter, el secretario general del sindicato de la carne, uno de los comunistas más conocidos del país.

—¿Cómo decís que se llama?

—Peter, José Peter.

—Uy, es verdad que el Griego un par de veces lo nombró como Pepe. Podría ser. ¿Y qué tal es ese Peter?

—Un tipo serio, uno que trabaja en serio por la clase.

—¿La clase?

—La clase obrera, Rivarola, la que va a salvar el mundo.

—Nunca sé si hablás en serio o en joda

—Yo tampoco, y eso es lo que me salva a mí. Pero en serio creo que si los obreros gobernarán el mundo todo sería mucho más justo, más decente, más vivible.

—¿Y de dónde es?

Señorans se queda mirándome; catalán, me dice, pero podés tutearme. Yo le digo que no sea gilastrún, que de dónde es el tal Peter.

—No sé bien pero es del interior, algo no muy lejos. ¿Santa Fe, Entre Ríos?

—La puta madre que me parió.

Digo, y ni siquiera mi vaso de ginebra me sirve porque está vacío. Señorans se apura en llamar a Manolo —que seguramente no se llama

Manolo— para que lo rellene. Yo me siento el peor de los idiotas: tragándome una historia de clandestinidad de un tipo que lo conocen hasta los perros.

—Hasta los perros que no existen.

—¿Qué dices, Rivarola?

—Nada, catalán, nada, hablaba solo. Me imagino a ese hijo de puta riéndose de que se encontró a uno tan bruto que lo pudo engañar y mantenerse en secreto.

Señorans se queda un momento sopesando la posibilidad. El eventual Manolo nos rellena los vasos por quinta o sexta vez.

—Quizá pensó lo contrario: se creyó que tú sí sabías quién es pero no decías nada para seguirle el juego. Si no, tenía que aceptar que es menos conocido que lo que le gustaría. Apostemos a la vanidad, que nunca falla.

Me dice y yo me río y levanto mi vaso: si los amigos no sirven para hacerte sentir un poco menos estúpido no sirven para nada.

Aunque cuando llego a casa sí debo sentirme un poco estúpido o algo así, porque el tanguito que se me ocurre va por ese lado. Todavía no entiendo qué se me cruza en la cabeza cuando se me aparecen esas palabras que después, si acaso, van a armarse; no entiendo, de verdad, de dónde vienen. Por qué, por ejemplo, si llego de chupar y charlar con un amigo creyendo que entendí ciertos misterios de la vida, en lugar de irme a dormir o de emprender uno de esos tangos sociales que me gustaría hacer, me sale el típico lamento del tarado engañado rencoroso. Y me sale casi de un solo chorro, como si lo tuviera más que claro:

Si me vas a contar
no sé qué cuento;
si me vas a engrupir
con otro invento;
si querés exprimirme
una vez más,

cuidate queridita que te juno
y te juro por la vieja que ninguno
de tus duendes me engancha nunca más.
Ya bastante me sacaste
con el verso de la piba
que perdió porque era buena
lo que no había que perder.
Ya bastante me amargaste
con tu historia de la mina
que no tenía pa' la cena,
que no sabía más qué hacer.
Si me vas a contar
no sé qué cuento;
si me vas a engrupir
con otro invento;
si querés exprimirme
una vez más,
acordate que yo ya te di todo
ya me humillé por vos, mujer falluta,
y desde acá, hundido en este lodo,
nomás me queda gritarte... tararira.
Tararira, donde te encuentre te quiebro,
Tararira, donde te agarre te muerdo,
Tararira, no sabés la festichola
que me via'cer con tu cola
cuando te enganche en la calle.
Tararira, donde te encuentre te exporto,
Tararira, donde te agarre te aborto,
Tararira, no sabés cuánto te odio,
cuánta bronca que te tengo,
cómo te vi'a desgraciar.

A la mañana cuando llego, patoso, pastoso, Galuzzi me llama a su escritorio: hay que reconocer que el hombre suele irse último y llegar primero. Seguramente se aburre mucho en casa. Cuando lo conocí, hace un

par de años, solía jactarse de sus aventuras: o era camelo entonces o la edad lo calmó rapidito y sin escapatoria.

–Lo estuvimos pensando, y consideramos que vale la pena dar la noticia de las muertes en el frigorífico.

Dice, casi solemne. Suena raro, tan raro que me atrevo a preguntarle.

–Disculpe, jefe, ¿le puedo preguntar por qué cambiamos de idea?

El plural es canalla pero suele ayudar. Galuzzi se inclina hacia mí por encima de su escritorio y me dice que me va a contar la verdad pero que es una muestra de confianza grande y que espera que yo no la decepcione.

–No se preocupe, jefe. Tutancamón habla mucho más que yo.

–Estuve con don Natalio esta mañana, se ve que hoy también durmió acá. Le conté tu historia y me dijo que tenemos que sacarla, que hay que darle caña a los frigoríficos. Parece que el presidente quiere meterles presión para que acepten hacer algo de lo que les pide el senador de la Torre, dice que si no aceptan nada se va a armar todavía más revuelo, ¿me entendés?

No mucho, la verdad, pero tampoco me interesa tanto: lo que sí entiendo es que se pueden publicar historias que antes no se podían porque el gobierno y –por lo tanto– el diario quieren presionar a los empresarios de la carne. Con eso me alcanza.

–A la orden, jefe. En un rato se lo tengo listo.

Así es la vida en el mundo de la prensa libre, o viceversa.

La historia se tituló «Ahogados en el asco» y empezaba diciendo que «Nadie sabe cómo se siente un ser humano obligado a pelear por su vida en un pozo de materia fecal y otros detritos de todo origen, olor, color y sabor; nadie sabe qué siente cuando sus manotazos de ahogado lo van hundiendo cada vez más en esa sopa del demonio». Salió en la página siete, arriba: con ese principio lo leyó mucha gente a la que los accidentes de trabajo le importan tres carajos. En los diarios, a diferencia de la vida, lo principal son los principios.

—¡Qué buena nota, Rivarola!

Me dice Kosinsky, con todo tipo de guiños que no terminan de gustarme.

—Me alegra que me lo digás acá y no en el baño.

Le contesto, bajito, y me mira muy raro. Estoy pensando en decirle algo más cuando me suena el teléfono. La telefonista —que no es Josefina, gracias a algún dios— me dice que un señor Coutiño quiere hablarme.

—Pasemelo, gracias.

—¿Rivarola? ¡Tanto tiempo, qué gusto hablar con vos!

Parece que ahora me tutea. Y que si me quiere hablar no manda a su manada de gauchos salvajes a secuestrarme por la calle, como antes. Son las ventajas de haber pasado de busca a periodista, digamos: a busca con carnet.

—¿Cuitiño? ¡Qué sorpresa, tanto tiempo!

—Sí, Andrés, un gusto. Me dicen que te está yendo muy bien. Yo te leo, sí, te leo con frecuencia.

Trato de mantener alguna calma. Hace más de dos años que no sabía de él: lo vi con frecuencia en esas semanas turbias de la desaparición de la

Fiera Bernabé Ferreyra, y en el recuerdo se me amontonan varias sensaciones pero ninguna es la ternura.

–Me alegro, don Manuel. ¿Y a usted cómo le está yendo?

–Bien, tranquilo, como siempre. Algunas cosas han cambiado, pero muchas menos que para vos, ¿no?

–Sí, la verdad es que mi vida cambió mucho últimamente.

–Me parecía. También por eso me gustaría verte. ¿Comemos, uno de estos días?

–Comamos, don Manuel. ¿Cuándo le parece?

–¿Esta noche? Si querés te invito a La Cabaña.

Me dice, y se me va el alma a los pies, o la panza a la cabeza. No recuerdo ninguna apertura de un restaurante nuevo que haya hecho tanto ruido como la de esta parrilla que inauguraron hace nada, dos o tres meses, en Entre Ríos y Belgrano, no muy lejos de mi casa. Los diarios estaban llenos de notas y fotos sobre «la mejor parrilla del mundo» y las dos vacas embalsamadas en la puerta y las carnes expuestas para que cada parroquiano elija su pedazo.

–Con gusto, don Manuel. ¿A las nueve le parece?

–A las nueve es un hecho. Hasta luego, Andrés.

–Hasta luego, don Manuel.

Me quedo mirando el teléfono como un gil a cuerda. Me intriga: si Cuitiño me quiere ver es porque quiere algo –y no termino de entender qué puede ser. Me inquieta, me preocupa. Pero la excitación de comer en La Cabaña es un antídoto potente.

El día se me fue en tonterías. Kosinsky me mandó los saludos del falso Julián, Dorrego no me habló, Galuzzi me encargó quince líneas sobre un tiroteo en un asalto en Villa Urquiza, se las hice y me pidió que fuera buscando otro suicida de Gardel; miré diarios e hice un par de llamados pero no conseguí nada. A las seis bajé, tomé un café en Los 36, traté de escribir algo, no salió; a las siete llegué a casa, me di una ducha, bajo el agua pensé en Beatriz, me puse una camisa blanca limpia y una corbata

bordó que me regaló Estela hace quinientos años, cuando era real. Tengo que llamar al abogado, tengo que llamar al abogado, tengo que llamar al abogado: arreglar ese bardo. Así que a las ocho y media estoy parado en la puerta listo para salir, pero un cálculo rápido me demuestra que no puedo tardar más de diez minutos en llegar caminando al restaurant, así que me vuelvo a sentar en mi sofá rojo, con cuidado de no arrugarme la camisa. Cepillo mi sombrero gris oscuro, le aliso la cinta de seda. A las nueve menos cuarto ya puedo salir: salgo. Y todo el tiempo me digo que lo que me pone nervioso es La Cabaña, no Cuitiño, pero no consigo terminar de convencerme.

—¡Andrés, cómo andás!

Para llegar hasta la mesa redonda donde me espera don Manuel tuve que pasar entre las dos vacas Hereford de la entrada y después la gran vidriera donde cuelgan de sus ganchos las medias reses rojiblancas para que cada quien elija lo que querrá comer. Y después los fogones con sus cruces clavadas en el suelo donde se van asando chivos y corderos y un maître chupamedias que se pone todavía más chupamedias cuando le digo que estoy buscando al señor Cuitiño: sí, señor, por favor, por acá, faltaba más —y que me lleva a la mesa redonda en un rincón perfecto, junto a la boiserie y los cuadros pampeanos.

—¡Qué gusto volver a verte, Andrés!

—Igualmente, don Manuel.

Le digo, y me siento a su derecha. En la mesa hay manteles blancos, servilletas blanquísimas, cubiertos para tres. Alrededor, la sala es elegante con sus muebles de madera pesada y terciopelo rojo, la concurrencia es elegante con sus trajes y vestidos de noche, pero nada se compara a ese olorcito a asado que llena todos los resquicios.

—¿Esperamos a alguien?

—No, un amigo mío, pero creo que no va a venir a comer sino a tomarse algo con nosotros más tarde. Creo, no sé.

Don Manuel Cuitiño sigue siendo la misma mole ilimitada: el tiempo no lo ha aminorado en lo más mínimo, si acaso ha alimentado esa papada que ya parecía haber llegado a su cénit. Tiene algún pelo menos, pero las uñas

perfectas de la misma manicura y el anillo de rubíes y el traje de tres piezas con chaleco cruzado y la cadena de oro del reloj cruzándolo pomposo. La panza, prepotente.

—¡Qué gusto verte, Andrés!

—Igualmente, don Manuel.

Decimos, aunque ya lo dijimos. Don Manuel es una de las personas poderosas de esta ciudad, de esas que tienen un poder que nadie sabe bien en qué consiste —que son, por supuesto, las más poderosas. Se sabe que maneja mucho del fútbol desde que se hizo profesional, se sabe que maneja mucho del Matadero adonde entra la carne que come Buenos Aires, se sabe —menos— que tiene muy buenos tratos con don Alberto Barceló y otros jefes conservadores, se sabe —poco— que el gobierno de tanto en tanto le encarga algún arreglo y que él de tanto en tanto le encarga uno al gobierno. A cualquier gobierno, a todos: mientras gobiernen, le da igual.

—¡Cuánto me alegra que te hayas decidido a dedicarte al periodismo, Andrés! Y más en Crítica, por supuesto. Supongo que sabrás que Natalio y yo somos viejos amigos.

Yo no lo sabía pero tampoco le iba a dar el gusto de decírselo, así que hice un gesto de asentimiento vago. Tampoco era seguro que fuera cierto: don Manuel es el tipo de persona que dice que él y equis son viejos amigos y, aunque no se hayan visto nunca, es improbable que equis lo desmienta. Beneficio mutuo.

—Sabés que la especialidad de la casa es el gran bife de chorizo, un kilo, kilo doscientos. Si te parece podemos pedir uno para los dos, y antes unas achuras, ¿te parece?

—¿Y las mollejas? ¿No me diga que ha abandonado las mollejas?

En su puesto de comando del Matadero de Liniers, donde fui a verlo algunas veces, don Manuel Cuitiño siempre tenía a mano un plato de mollejas, que picoteaba como al descuido sin parar.

—No, por supuesto que no. Las mollejas me las traen sin que las pida.

Las mollejas acababan de llegar, junto con una botella de Trapiche Reserva y el pan calentito crujiente y una fuente de fritas, y habíamos hablado un rato de pavadas –la muerte de Gardel, por supuesto, la campaña de River, las piernas de la Merello, la vuelta de Firpo– cuando don Manuel me puso una mano pesada, foca húmeda en el brazo, y me dijo que tenía que contarme algo:

–Tengo que contarte algo, Andrés, entre nosotros, de amigo a amigo.

–Claro, don Manuel.

Le digo, alegre de que el momento del ataque llegue más temprano que tarde.

–Me interesó mucho tu artículo sobre los problemas en el frigorífico La Negra. Como te imaginarás, la gente del frigorífico y yo somos viejos amigos. Y me parece que si los conocieras también podrían ser amigos tuyos, así que me tomé la libertad de invitar a uno a que se nos uniera, ¿te parece?

Yo le digo que sí claro, que cuándo va a llegar, y don Manuel me dice que mirá qué casualidad, ya está llegando.

–Rafael Castelli, mucho gusto.

Yo me paro para darle la mano y le contesto que encantado Andrés Rivarola y nos volvemos a sentar. Rafael Castelli es un hombre de cincuenta y tantos tan bien llevados que dan ganas de saber adónde. Es un metro ochenta de cuerpo estilizado, mejorado por los mejores deportes y los mejores alimentos consumidos con toda la medida de quien sabe que la vida vale la pena; una cara de estampilla inglesa, óvalo tan preciso, gomina tan brillante, cada cosa en su lugar y una sonrisa fácil llena de dientes blancos; el traje gris oscuro impecable con un toque moderno, la corbata azul casi celeste sobre la camisa color diente, y una voz educada educada educada, un tonito de Oxford aunque hable en castellano.

–¡Qué suerte que pudiste llegar temprano, Rafael!

–Sí, la función terminó a tiempo y pude dejar a María Mar en casa y acercarme. Pero casi me atraso. ¿Ustedes vieron cómo está el tráfico últimamente? De Alvear hasta acá como veinte minutos. Esteban ya me dijo que si esto sigue así va a tener que renunciar.

—¿Esteban?

Digo yo por decir algo, por intervenir, y Castelli me contesta con una piedad que, si yo quisiera, podría ser ofensiva. Es, decididamente, uno de esos que hacen que todos los demás nos sintamos mal hechos, nos miremos con asco:

—Esteban, mi chofer. Tantos años que nunca se quejó, pero ahora las cosas se están saliendo de su cauce. Va a haber que hablar con Marianito, Manuel.

Dice, y yo ya no pregunto. Después, bastante después, pensaré que Marianito debe ser Mariano de Vedia y Mitre, el intendente de la ciudad: es probable. En todo caso hablamos del tráfico un rato más y de lo difícil que se ha puesto ir al Tigre, que últimamente con todo esto ya nadie está yendo, y que San Isidro no está mucho mejor y que con ciudades así dónde vamos a ir a parar.

—Es el progreso, Rafael, el progreso. Hay que adaptarse.

Le dice Cuitiño, y Castelli le sonríe y le dice que claro, que él está dispuesto a adaptarse todo lo necesario pero lo que no soporta es cómo todo esto se ha llenado, hay demasiada gente, están envalentonados, en fin, ustedes saben.

—Donde estas cosas no pasan es en Alemania.

Dice don Manuel: que digan lo que quieran, pero que el único que los está parando en serio es Hitler.

—¿Por qué decís que digan lo que quieran, Manuel?

—¿Cómo, por qué? Algunos anarquistas le están haciendo una campaña de descrédito terrible. Pero la verdad es que la única alternativa para parar la locura bolchevique es él y la gente como él. A mí no siempre me gusta su estilo pero esa es la verdad.

—¿Por qué no le gusta su estilo, don Manuel?

Le pregunto, dispuesto a apurar el trago hasta las heces. Y se me pasan por la cabeza la tarde de ayer, el Farol, los falsos, el Griego perdiendo la cabeza. No debería pensar en esas cosas.

—Nada, tonterías. Me parece que es muy histriónico, le gusta armar esas romerías de miles de personas. Es... un poco vulgar. Pero es el único que

sabe cómo hacer para ponerlos en vereda.

Dice, y llega el bife: un acopio de carne perfectamente extraordinario, un concentrado de Argentina en un kilo de fibras, sangre y olores animales. Me he pasado la vida viendo carne, y nunca vi una carne como esta. Castelli se exalta sin subir el tono:

—La carne es la Argentina, carajo. No pueden meterse con la carne como no pueden meterse con San Martín o con la celeste y blanca. Acá se le está perdiendo el respeto a todo, no hay más patriotismo, no hay más nada. Es cierto, che, me cuesta decirlo pero quizá tendría que salir uno como el italiano. El alemán parece un poco bruto, pero el tano...

El mozo que está a punto de cortarla nos mira con la pregunta tácita. Don Manuel la vuelve explícita:

—¿Querés comer algo, Rafael?

—No, Manuel, tranquilo, yo ya tuve que comerme un bifecito en casa con María.

Así que el kilo se reparte entre los dos, y la ensalada y la tercera botella de Trapiche y la panera renovada. La vida puede ser muy cruel cuando se muestra tan tan dulce.

Ya se han llevado los restos grasientos de la patria cuando don Manuel Cuitiño decide pasar a las cosas importantes —o, dicho de otra manera, a las que justifican todo el circo.

—Andrés, Rafael, además de ser un viejo amigo, es la persona que maneja el frigorífico La Negra. Por eso tenía ganas de que se conocieran, que charlaran.

—Claro, por supuesto.

Le digo, y enseguida, dirigiéndome al perfecto:

—¿Así que usted es el dueño del frigorífico?

El perfecto sonríe, muestra dientes perfectos, me dice que no tanto:

—No, no tanto, para qué. El dueño es un señor que ahora debe estar tomando gin and tonics en su palacio del Oxfordshire. Estamos en junio, así

que en una de esas ni siquiera llueve. No, yo soy el director, y con eso me alcanza.

No creo que sea cierto, y me da gusto.

—Pero quiero contarle un poco en qué consiste mi trabajo. Usted sabe, sin duda, que la carne tiene que venderse cuarenta días después de la matanza. Si se pasa ese tiempo ya se va arruinando...

Los odio cuando me dicen usted sabe sabiendo que no sé. Pero también los odio cuando no me dicen nada.

—Así que todo mi trabajo consiste en decidir, semana por semana, cuántas vacas deben morir en esos cinco días. Si yo fuera toro me odiaría.

Dice el perfecto mirando para el lado de don Manuel Cuitiño, que le festeja el chiste con ruiditos de gola. El perfecto sigue: que entonces lo que tiene que hacer es ir comprando vacas a medida que necesita carne y mandarlas al matadero, dice, y otra vez mira a Cuitiño, que asiente y le sonríe, y controlar lo que le mandan: los engordadores me mandan unos animales que parecen pimpantes y son puro humo, dice, más que engordarlos los inflan como globos.

—Es como si yo a usted le diera tallarines veinte días seguidos, con perdón: va a llegar hecho una bola, va a pesar cien kilos, pero después de esos cien kilos la mitad va a ser pura grasa, así que la mitad de su carne no me sirve para nada, ¿me entiende?

No sé si entiendo todo, pero sé que lo que entiendo no me gusta: me engorda, me carnea, me tira, no sirvo para nada. Un gran programa. Le digo que sí claro, que adelante.

—Y usted no me va a creer, pero la verdad es que los engordadores no son facinerosos de antifaz, ni se imagine. Son la mejor gente, todos amigos nuestros del Jockey de toda la vida, los Anchorenas y Gainzas y Casares y Lynches. Pero a la hora de venderme grasa no les gana nadie...

—Bueno, las vacas que vos mandás desde Dolores no son muy distintas.

Le dice Cuitiño con la copa en la mano, la sonrisa en los dientes. El perfecto le dice que es cierto, que todos lo hacen y él también lo hace, pero que él también saca muy buena carne:

—Casi todo lo que se come en este boliche es nuestro, por ejemplo. Ese bife que se comieron seguro que es nuestro.

—¿Nuestro, del frigorífico La Negra?

—No, Rivarola, nuestro de nuestro campo, por supuesto.

Dice el perfecto con sonrisa perfecta pero un poco torcida, canchereando. Y dice que el ritmo de las carnes le complica mucho su trabajo, pero que es sólo una parte del asunto.

—Además tengo que asegurar que se maneje bien la planta, tener contentos a mil y pico de obreros que siempre se están quejando, mantener todo en funcionamiento. ¿Usted sabe lo que es manejar una máquina así, con tantos fusibles, tanta plata invertida?

Yo no lo sé ni quiero saberlo. Tampoco sé, si es por eso, para qué me cuenta todo esto, qué espera de mí. Todavía no se lo pregunto, ni lo voy a saber por un rato; Castelli sigue contándome detalles perfectamente innecesarios de la producción y el comercio de la carne, las latas de conservas, la amenaza de los sindicatos proletarios, la defensa de la civilización contra los bárbaros. La tercera botella ha terminado y don Manuel, por más que lo miro, no parece dispuesto a pedir otra.

—Interesantísimo, Castelli, le agradezco de corazón esta síntesis tan esclarecedora. Pero, si no le importa, querría saber por qué me cuenta todo esto.

—Por nada, Andrés, estamos conversando entre amigos.

Me dice, con una sonrisa que debe cotizar en Bolsa. Y Cuitiño, por supuesto, aparece al rescate:

—Es para que tengas una idea, Andrés, de lo complicado que es el tema. Y como puede ser que tengas que escribir más sobre esto, queremos ofrecerte que nos puedas consultar y así te aclaramos todo lo que necesites. Vos sabés que a mí me interesa mucho ayudarte en todo lo que pueda, acordate.

Me dice, y me está diciendo tantas cosas: acordate por ejemplo de cuando te dije que si no conseguías que Bernabé volviera a River te partía las rodillas, o de cuando te dije que si no publicabas tal cosa sobre aquel asunto la hacía cagar fuego a Raquel; acordate de que soy un viejo amigo

de tu patrón; acordate de que acá hay mucha plata; acordate. Sólo que los modales cambian cuando se habla con un periodista; no es igual que con el busca aquel.

—Así que si necesitás cualquier información, aquí nos tenés. Y si necesitás alguna otra cosa también, faltaba más.

Me dice, la sonrisa grasosa, la mano de foca manca otra vez sobre mi brazo sobre el mantel manchado. De pronto me sube a la cabeza todo aquello, las amenazas a la Rusa, aquellos días, y me da un ataque de rebelde. Pese a las advertencias de mi mamá a veces me pasa, todavía:

—Rafael, todavía no escribí sobre el incendio de la casa de Michelakis, su empleado o ex empleado o lo que sea. Y en ese incendio murieron una mujer y una nena, inocentísimas las dos. ¿Usted qué sabe de eso?

—¿Cómo voy a saber yo de eso, Andrés? Imagínese, con la cantidad de cosas que pasan en la empresa... ¿Y quién es este Michelakis?

—¿Cómo, Rafael? Si no lo sabía antes, lo leyó esta mañana. Es el obrero que se salvó del pozo ciego ese que tienen en el medio de la planta.

—Ah, sí, ya decía yo que el nombre me sonaba. Pero un incendio...

—Claro, Rafael, lo entiendo. Bueno, nada; se lo preguntaba porque hay gente que dice que ustedes le mandaron a quemar la casa para que el hombre no hablara del accidente, no los denunciara. Es increíble, por supuesto, pero deberían tener cuidado, es algo que se ha escuchado mucho.

Le digo, mi mejor cara de ángel, y el perfecto me dice que sí, claro, que se van a cuidar, que me agradece. Es tan lindo cuando dos ñatos saben que se están mintiendo como monos.

Las anoté cuando llegué, para no olvidármelas: ayer a la noche, cuando caminaba de vuelta para casa, se me cruzaron esas palabras y no me las pude sacar de la cabeza; al final decidí que no quería:

Si te pudiera olvidar, te olvidaría,
si te pudiera matar, te mataría;
pero matarte no sería olvidarte,
porque olvidarte no te mataría.
Te olvido y no me olvido,
me mato y no te mato,
me atacás de arrebato:
sos todo lo que ansío,
sos todo lo perdido.
Si te pudiera querer no te querría,
yo no quiero quererte porque puedo
quiero quererte porque no se puede
vivir de otra manera, vida mía.
Me olvido y no te olvido,
te mato y me remato...

Nada, tonterías que me gustaría convertir en un tanguito, aunque es todo lo contrario de lo que siempre digo, que quiero escribir la vida de la gente, la barbarie de nuestra sociedad, no la lágrima boba del huevón abandonado. Y además, no quiero seguir escribiéndole, ya está. No debo, no quiero, aunque no le ponga el destinatario, la destinataria, tan evidente, tan insoportable. (Y se me ocurre un juego un poquito asqueroso: pedirle a

Beatriz que me ayude a transcribir la música. ¿Soportará? ¿Querrá jugar? ¿Me odiará por fin lo necesario?)

Después me acuesto; me gustaría saber por qué terminé en la camita sin sábanas ni almohada del cuarto de la nena. Por lo menos, es cierto, me saqué los zapatos. Pero ahora, cuando me despierto, tengo la sensación de haber dormido como si no durmiera. Y para colmo la nena, el cuarto de la nena. Quizá pueda recuperarla alguna vez: a ella sí, recuperarla en serio. Mi mamá me dice que se acuerda de mí, pero quizás es lo que le dice a ella porque sabe que eso es lo que quiere oír. Una nena de ocho años es una máquina de entender y producir lo que esperan de ella, pobrecita.

—Me dijeron que te vieron ayer en La Cabaña, Rivarola. Qué tipo elegante.

Me dice González Galuzzi cuando me ve llegar a mi escritorio y yo me hago el boludo. Recién ahora recuerdo que González Galuzzi y Cuitiño tenían línea directa. ¿Será que Cuitiño lo llamó para decirle que me iba a apretar y que por favor le cuidara un poco lo que va a publicar del frigorífico? ¿O simplemente algún conocido cualquiera me vio y se lo comentó?

—Y nada menos que cenando con don Manuel Cuitiño. La high de la high.

La notita sobre el accidente de trabajo en La Negra tuvo una repercusión que no habría imaginado. Políticas del diario, la cena de anoche, los comentarios de ahora mismo, lo que puede llegar: estoy en el medio de un fuego cruzado entre el gobierno y los empresarios de la carne, con un tercer tirador allá al fondo en un rincón, pobres, como siempre, los trabajadores de la planta y el comunista Peter. Y yo ahí a la intemperie sin comerla ni beberla, plantado y tan fácil para llevarme un cuetazo de cualquiera de ellos: Cuitiño, Castelli, Botana, Galuzzi, el falso Julián o el gobierno en cualquiera de sus formas. Es tan difícil medir las consecuencias de tus actos.

—¿Pero qué te pasa, Rivarola? Yo te conozco, a vos te pasa algo. ¿Es por el tema este de los frigoríficos? No vale la pena que...

—No, jefe, disculpe, no es nada. Estaba pensando en mi nena, sabe, la Estelita. Años que no la veo, y cada vez me pesa más.

—¿Ya probaste con un abogado?

—No, llevo no sé cuánto tiempo pensando que voy a ver a uno pero cuando llega el momento no lo hago. Me da cosa, me cabrea, no sé.

Galuzzi, a veces, se vuelve un tío bueno. Le dura poco, como si se avergonzara, pero le sale cada tanto. Ahora me dice que acá en el diario hay un servicio de asesoría jurídica, ¿no sabías?

—Está hecho para la gente, para los que necesitan algo y no saben adónde ir. Suele haber mucha, pero si querés pasar yo llamo y el boga te atiende sin hacer la cola. Si vas por derecha podés comerte dos, tres horas de espera, por lo menos.

Yo le digo que bueno, que gracias, que cualquier cosa le aviso, pero a la media hora ya estoy de vuelta en su escritorio:

—Dele, jefe, llame por favor. Y le agradezco mucho.

Galuzzi llama, yo bajo a la entrada y busco la oficina. He pasado muchas veces por delante y nunca me paré a mirarla. Ahora veo que sí, que delante de la puerta hay una docena de personas esperando: caras sufridas, ropa vieja, sobres en la mano. Golpeo la puerta, entro sin esperar respuesta; la secretaria es un cross a la mandíbula.

—Buenos días, señor Rivarola. ¿Qué se le ofrece?

Me dice, zalamera, Josefina. Jose, que allá arriba llamábamos la Estatua, lo que los pibes de ahora llamarían una papusa flor, sigue siendo un revoleo despiadado de pelos negros y ojos negros y tetas como barcos naufragando. Desde nuestro encuentro del año pasado me la he cruzado varias veces en el diario —son los inconvenientes de las compañeras de trabajo— y siempre desviamos la mirada. Pero esta vez estoy parado frente a ella y tengo que decirle algo: creo que el doctor Arancibia me está esperando, por lo menos. Ella, sin cambiar el tono, con esa voz de terciopelo que yo creía que seguía usando como telefonista, me dice sí, te está esperando, y me mira muy fuerte. Yo no sé qué decirle. Me gustaría que me insultara, que diera vuelta la cabeza cuando me ve, que escupiera en el suelo o me hubiera mandado a sus hermanos sicilianos pero no esta

forma rara de tratarme amable, tratarme seductora, tratarme desdeñosa. No sé si me odia, me extraña, me querría volver a coger, me querría volver a coger para dejarme tirado como a un perro –como se podría pensar que yo la dejé, aunque la cosa haya sido tanto más complicada. O demasiado fácil: qué fácil sería mi vida si me hubiera podido enamorar de ella. Pero no pude, y el doctor Arancibia me espera. Qué fácil habría sido. Qué fácil sería. La miro: es un avión de guerra.

Galuzzi me pregunta si el abogado me sirvió para algo y le digo que no mucho pero no le cuento los detalles. Los abogados nunca me gustaron. Cuando trabajaba en el estudio del doctor Caruso aprendí a detestarlos con consistencia, con determinación, con buenos argumentos. Y cuando me despidieron y casi me mandan a la cárcel mi odio se multiplicó por infinito: conseguí convencerme de que fue por su culpa que me pasé dos o tres años en la vía, sin trabajo, tomando más de lo necesario y que, al final, Estela también me echó y perdí a Estelita. Así que no me resulta fácil aceptar que quizá necesitaba uno para recuperarla, pero lo intenté. Y el doctor Arancibia se empeñó en confirmar todos mis prejuicios: que no se puede hacer mucho, que su mujer puede decir que usted abandonó el hogar conyugal, que no atendió a su hija, que perdió el derecho a verla. ¿Tiene algún recibo, algún papel de dinero que se gastó en ella, colegio, ropa, comida, algo? No, doctor, yo no tengo ningún papel pero es mi hija. Yo lo entiendo, amigo, pero no veo qué podríamos hacer en este caso, me decía, y yo no podía parar de preguntarme si se estaría cogiendo a Josefina.

Está claro que la cosa no se va a solucionar con abogados. Una opción sería mantener esta línea de esperar el momento en que ella misma pueda decidirlo, dentro de cinco o seis años, cuando ya sea una señorita, pero no lo soporto. Otra sería buscar al Pichón Ayala y a algún otro amigo pesado y que vayan los dos a explicarle a Estela que si no me deja ver a la nena su familia va a empezar a pasarla fulera. La tengo que pensar mejor, pero no puedo descartarla: no hay otra, por ahora. Y tengo que hacer algo. A veces

lo que me asusta es pensar que durante estos años que llevo sin verla de pronto me olvido días y días, que al final no me importa.

Le pregunto si tiene alguna novedad y me dice que no. Juan Kosinsky me mira como si preguntarle fuera una violación de las reglas que él debe haber establecido alguna vez, sin avisarme. Le digo que gracias y me voy al baño, para no decirle que se vaya a la reputa madre que lo parió a cuadritos. ¿Qué carajo se creen estos comunistas?

—¡Rivarola! Qué bonita sorpresa, tú por aquí.

Nunca me gustaron los encuentros de parado, de mingitorio a mingitorio, el pedazo en la mano, la mirada perdida en el océano.

—¿Qué te pasa, talanca?

—A mí nada, ¿y a vos?

—A mí nada.

—Bueno, sigue tranquilo, por mí no te preocupes. Cuando lo sueltes si quieres vení a verme, tengo una cosa que contarte.

Será otro día: ahora tengo que salir. No soporto ni una hora más en este museo de los horrores. ¿Cuántos somos? ¿Cien, doscientos, trescientos muchachos entre los 20 y los 60? De 60 pocos, por supuesto, porque la vida del periodista no está hecha para llegar a una vejez próspera, serena, saludable: entre los sustos, las corridas y las borracheras no resulta fácil. De 20 algunos: los niños prodigio que suspenden por unos meses o años su prodigiosidad para someterse a los ladridos de algún jefe so pretexto de ir aprendiendo las herramientas del oficio. La mayoría estamos entre los 30 y los 50, hombres y más hombres en la flor de sus vidas desperdiciándolas en este intento diario de producir mierda con olor a rosas —o viceversa— para que el buda uruguayo siga comprándose Rolls Royces, que con tres no le alcanza porque a veces tiene que ir a cuatro lugares a la vez.

Y lo conseguimos: el día de la muerte de Gardel, me dijo Dorrego en un raro momento de conversación, vendimos –aramos, dijo el mosquito– casi 900.000 ejemplares entre las cinco ediciones del día: una especie de récord nacional de la patria argentina. Así que alcanza con matar al cantor más popular del mes cada mes para que el cuarto y quinto Rolls caigan seguro, y quizás hasta el sexto. Nada de eso suscita, por supuesto, que nos paguen mucho más que a un peón que levanta bolsas en el puerto, pero también es cierto que aquello es trabajar. Acá, en cambio, nos pasamos la vida en este patio de colegio, esta mezcla de club y café que, a falta de mejor nombre, llamamos redacción. ¿A quién se le habrá ocurrido bautizarla así?

En cualquier caso, a mí me tiene hartado: es una de las mejores máquinas que se inventaron para perder el tiempo sin que lo parezca. No lo parece porque lo primero que se le enseña al tipo que entra es a dar la impresión de que está muy ocupado cuando no hace nada. Porque el trabajo de una jornada normal de redacción se puede hacer en tres cuartos de hora; todo el resto es charlita, comezón y politiquería. Hacerse amigo de tal para conseguir cual, hacerse enemigo de cual para joder a mengano, joder a zutano, joder a perengano; pensar a quién joder. Siempre que sea joder cualquier esfuerzo vale. Y rascarse los pares con denuedo y aplicación inmarcesibles y conseguir, al fin, un día, como culminación de tanta obra, que te hagan jefe de algo: que, por haber demostrado durante años que sos más o menos correcto haciendo algo, te pongan en un puesto donde no lo hagas nunca más. Es decir: que si averiguabas cosas interesantes y las escribías más o menos bien, te conseguís un lugar donde no tenés que averiguar ni escribir más nada, sino mandar a los que lo hacen supuestamente peor. A menos que lo hagan muy bien, en cuyo caso pronto dejarán de hacerlo porque serán jefes. Así se garantiza la conservación de la mediocridad tan necesaria. El anzuelo, como siempre, es la guita: si por ser jefe y no hacer lo tuyo te pagan el doble, ¿cómo resignarte a seguir haciendo lo tuyo, lo que te gusta hacer, por la mitad? Y todo con este olor a huevos: ¿cien, doscientos, trescientos muchachos entre los 20 y los 60?

–En las redacciones de los diarios, igual que en la cubierta de los barcos de guerra, no puede haber mujeres.

Me explicó, sabio, taciturno, sentencioso, don Germán cuando llegué –y él ya se iba. Quizá tenía razón.

–Me voy, jefe. Necesito averiguar algo sobre el tema del frigorífico La Negra.

González Galuzzi está embebido en una nube de humo, semidormido y embabado; no sé si me oyó o no me oyó, pero yo se lo dije. Y la mía es una excusa tan mala como cualquier otra. Bajo, salgo a la calle, respiro hondo: hace sol y frío y una luz espléndida, maravilla porteña de principios de julio.

Mi problema es que me creo: dije que iba a averiguar algo sobre el tema del frigorífico y ahora, para mi desgracia, es muy probable que me vaya a averiguar algo sobre el tema del frigorífico. Me tomo el 22, me siento al fondo.

Después Boca, bote, caminata: se me está haciendo una rutina, pero el aroma me sigue impresionando: podredumbre en su expresión más pura. Ya en el Rincón de las Latas, el barro de la calle se secó en crestas y hondonadas que hacen que cada paso sea una aventura de andinismo chiquito. Es la hora de comer, no se ve mucha gente en las puertas y los patios pero, a tres casas del montoncito de barro y cenizas que fue el rancho de la familia Michelakis, la señora mayor mayormente arruinada del abrigo marrón arruinado sigue barriendo. La saludo, le pregunto si puedo preguntarle algo.

–Sí, claro. Y no se crea que me paso la vida barriendo. Lo que pasa es que hay un gato que si lo agarro le retuerzo el pescuezo.

–Los gatos son una desgracia.

Le digo, para empatizar, pero ella no está dispuesta a establecer alianzas: dice que no, que bueno, que tampoco todos, que hay gatos que son un amor pero que el problema es que este es un sucio y un maleducado vaya a saber de dónde viene y además. De pronto temo haber abierto la caja de Pandora de palabras y la interrumpo para volver a preguntarle si le puedo hacer una pregunta.

—Sí, claro, ya le dije.

Me dice, como a punto de perder la paciencia. Pero en el mismo movimiento deja de barrer, apoya la escoba en el suelo, apoya sus dos manos en la escoba, su mentón en las dos manos y así, con la cabeza levemente ladeada, su pañuelo agujereado en la cabeza, me dice que el otro día no me lo quiso decir porque todo estaba demasiado fresco.

—Es decir, demasiado tibio todavía, el incendio, los cuerpos de la pobre Ñata y de su nena. Pero ahora que volvió se lo puedo decir: él tenía otra mujer. Bueno, la tiene, me imagino.

—¿Él?

La señora me mira con un dejo de piedad. Tiene razón, supongo, y me dice sí, él, claro, el Griego. Yo trato de hacerme un poco amigo:

—¿Disculpe, cómo se llama?

—¿La turra esa? Qué sé yo.

Yo quise preguntarle por su nombre de ella misma, el suyo, pero ahora no sé cómo volver atrás.

—¿Y sabe algo, dónde vive, cómo encontrarla, algo?

La señora me dice que sí, que sabe dónde vive, que ya me va a decir. A esta altura imagino que también debe saber su nombre pero se hace la tonta. No lo es, sin duda. Vuelvo a probar suerte.

—¿Y usted cómo se llama, señora?

—¿Para qué quiere saberlo?

No, le digo, para nada, por nada, por saber nomás. La señora me mira con más desprecio todavía y me dice que Norma, que se llama Norma, mucho gusto. Yo le digo que Andrés y, ya casi amigos, le pregunto si ella cree que la Ñata sabía.

—¿Si sabía qué?

Me dice: ahora es ella la que está haciendo la gil. Si sabía que su marido tenía otra.

—Eso nunca se sabe. Porque acá una pobre mujer ¿qué puede hacer? Tiene que apechugar, señor. Así que si puede, trata de no enterarse. Y si se entera va a hacer como que no, si puede. O capaz que se enoja y le pega cuatro gritos al fulano para que no parezca que no hace nada. A veces a los

hombres no les gusta que la mujer no les pegue esos gritos, se quejan de que la mina no les hace caso. Son tan giles, los hombres.

—¿Usted está casada, señora?

—¿Por qué pregunta?

Me contesta, la cara muy recostada sobre sus manos sobre su palo de escoba, muy ladeada. Coqueta, se diría. Yo le digo que no, por nada, por saber.

—Se ve que a usted le gusta hacer preguntas para nada.

Me dice, sobrándome de nuevo. Después me dice que la naifa —ella dice la naifa— del Griego vive en una callecita ahí al fondo, la penúltima casa, un ranchito pintado de blanco.

—Mire ese canalla, su propia casa de sus hijos no tenía pintura y le pintó de blanco el rancho a la fulana.

—¿Pero usted está segura de que fue él el que lo pintó?

—No, ¿pero quién va a ser si no?

Me parece que no vale la pena contestarle. En esa línea no dan ganas, pero igual le pregunto si sabe algo más que el otro día sobre quién quemó el rancho.

—No, ahí sí que me agarró, don Andrés. Sigo sin saber nada. Esa está difícil, sabe. Yo de veras no puedo creer que haya sido él. ¿Pero entonces quién fue? Con los vecinos no tenía problemas. Ni tampoco tenía deudas con los muchachos del Ciego, él no jugaba. ¿La policía? Sería raro, también. ¿Por qué se lo iban a quemar, los canas? Es raro, don Andrés, todo muy raro.

Está claro que doña Norma, que conoce los detalles más que nadie, ha dedicado mucho tiempo a pensar sobre el asunto. Lo que no está claro es por qué yo, que no conozco nada, podría averiguarlo.

Los ranchitos de la calle de doña Norma y Michelakis son palacios al lado de la supuesta choza donde vive la supuesta amante: unas tablas mal pintadas mal clavadas que arman un cuarto de tres por tres, un agujero como puerta, otro como ventana, una lata de techo, yuyos alrededor. Yo me

paro en la calle, frente a la puerta, y golpeo las manos y grito el nombre que al final me dijo doña Norma:

—¡Carlina! ¡Carliiiiinaaaa!

Estoy por irme cuando sale a la puerta: la mujer lleva una especie de bolsa de arpillera que le llega a los tobillos, sin cuello y sin mangas. La mujer es enorme: debe sacarme media cabeza de alto, media espalda de ancho. La impresión de enormidad aumenta porque su cabeza parece tan chiquita: los ojos enormes que ocupan demasiado espacio, el pelo oscuro cortado casi al ras. Y se completa con un chiquito de dos o tres años, desnudo, agarrado con brazos y piernas a su pierna izquierda.

—¿Me busca?

Dice la mujer, la voz ronca y la boca torcida. Yo no sé cómo entrarle: se supone que lo hice muchas veces, pero de tanto en tanto caigo en la trampa de verme desde afuera y descubro una extraña escena en que un señor de aspecto anodino, agradable pero anodino, el pelo más o menos corto sin gomina, la cara regular, el sombrero ladeado, se presenta a una persona que no lo conoce de nada con la pretensión de hacerle preguntas que no le haría a su madre o a su amigo y la curiosa pretensión de una respuesta.

—Sí, disculpe, doña Carlina...

Una carcajada me interrumpe: explosiva, estentórea. El chico agarrado a la pierna izquierda se asusta y empieza a llorar. La mujer sigue riéndose:

—¡Doña! ¡Doña! Nunca nadie me había dicho doña.

—Disculpe, Carlina, ¿podemos hablar un momento?

—¿Y qué carajo decís que estamos haciendo, gilastrún?

La frase es tan explosiva como la carcajada, y me decide: tengo que dejarme de presentaciones e ir al grano, a ver qué pasa. Pero tampoco le puedo preguntar a quemarropa en la puerta si es la amante de Demetrio Michelakis.

—Ando buscando a Demetrio.

—Mirá qué bueno, somos dos.

—¿Hace mucho que no lo ve?

—¿Hace mucho que no te lavás el orto?

Me contesta, tan amable, tan preocupada por mi higiene íntima. Se diría que esta manera no funciona, así que pruebo otra; a veces, con las madres, marcha:

—¿Es hijo suyo?

—¿De quién va a ser, gilastrún?

Decididamente no encuentro la manera.

—Disculpe, quiero decir si es hijo de Demetrio.

—¿Vos de veras te creés que podés venir así nomás y que yo te voy a contar mi vida, gil a cuadros?

Tengo que cambiar el humor general, pero no se me ocurre cómo. Y lo peor es que yo estoy de acuerdo con lo que hace Carlina: sospecho que si un desconocido me tocara la puerta y me quisiera preguntar por un amante —o una, incluso— sería más brusco todavía.

—¿Qué tal se vive por acá?

—Cuando no hay inundaciones ni tormentas ni sequía ni un calor criminal no me quejo. Aunque me gustaría más si hubiera agua.

—¿No hay?

—Hay, sí. A tres cuadras hay. Por suerte yo la puedo traer, todavía.

Su pelo está tratando de decirme algo: no es cortito regular, emparejado a máquina; es corto a mordiscones, producto de una violencia que no consigo imaginar. Pero su cara, detrás de la mugre y el descuido, es bellamente regular, bien dibujada. Y debajo de la bolsa de arpillera se adivinan curvas orgullosas.

—¿Hace mucho que vive acá?

—¿Otra vez las preguntitas, cachorro?

Me dice, pero esta vez con menos mala leche; creo que es el momento de jugar la última ficha. Saco un billete de cinco del bolsillo y le digo que quería dejárselo para que le compre un pantaloncito al pibe, una camisita si le alcanza. La mujer lo agarra, lo mete adentro del vestido y me mira con cara cachadora:

—¿Y ahora qué me vas a pedir? Yo de eso no laburo. Tengo cosquillas.

Me dice, y se sonríe o algo así. Yo le digo que me disculpe pero soy periodista, trabajo en un diario, y necesitaba saber si Demetrio durmió acá

el domingo de la semana pasada: eso, nomás, si me puede decir eso la dejo tranquila. Ella resopla, y sus insultos son más suaves:

—¿Y cómo carajo querés que me acuerde lo que hice el domingo de la pasada?

—Porque ese lunes se mató Gardel. ¿Se acuerda de ese día?

—¿Por quién me tomaste, tarado? ¿Cómo no me voy a acordar? ¿Qué soy, un pescado, yo, pescado?

—No, perdone, nunca quise decir eso. Le preguntaba nomás si se acordaba si ese día Demetrio durmió acá.

—Sí, pichoncito, durmió acá. ¿Y qué?

Yo a esta altura ya ni sé por qué me parecía tan importante saberlo. El nene se pone a llorar otra vez, la mujer lo levanta y se lo pone contra el pecho como un escudo vivo.

—Esa noche le quemaron el rancho a Demetrio. Su mujer y su hija murieron quemadas.

Le digo, y ella respira hondo, muy hondo.

—Sí, lo escuché. Pero él esa noche estaba acá. La verdá, estuvo acá tres días seguidos, me dijo que a la casa no podía ir y se quedó el sábado, el domingo.

Que me lo diga, al fin y al cabo, no significa mucho: de algún modo es lo que tiene que decirme —y yo no tengo ninguna razón particular para creerle. Su estilo, nomás: no me parece alguien que mienta. Es mucho más probable que te parta la cabeza de un palazzo, se diría.

—¿Y la mujer sabía que él estaba acá?

—Yo qué sé, gilún. Preguntale a ella.

Me dice, y no termino de saber si sabe lo que dice. En todo caso, mi tiempo se acabó. Carlina pone al chico en el suelo y se restriega las manos:

—Y ahora tomatelás antes de que me caliente. Dicen que cuando me caliente ya no sé lo que hago.

Me dice, y yo imagino que es una metáfora.

—¿Cómo estás, Mulata?

El viaje era un fracaso, así que se me ocurrió una idea casi simple: acercarme al Farol para hablar con Michelakis. Si lo agarro en un momento de lucidez me puede aclarar un par de cosas.

—Muy bien, Rivarola, y ahora que te veo mucho mejor. Pero si en lugar de venir a buscarme a mí, como debieras, viniste a buscar al tipo ese, estás jodido.

Mulata sigue siendo una sonrisa de diez pares de dientes rodeados por ochenta kilos de carne tropical: una delicia. Y siempre me recibe con una amabilidad que podría, incluso, no ser profesional. O sí, cómo saberlo.

—¿Por qué estoy jodido?

—Muy simple: porque ya no está.

—¿Cómo que no está? ¿El Griego, decís, no está?

—¿A quién estás buscando?

—Sí, disculpame, tenés razón. ¿Cuándo se fue?

—Anteanoche, temprano.

—Carajo. ¿Lo vinieron a buscar?

—Sí, se fue con un par de compañeros suyos, esos que venían. Todo piola, tranquilo. Y mejor, a nosotros nos complica tener un tipo permanente.

Acá no hay nada para mí. O, por lo menos, nada de eso. Ahora debería encontrar a José Peter, alias Julián, a ver qué dice. Pero ya se me hizo tarde.

Ya es hora de escribirlo: «El misterio del ranchito del Doque». Hoy el jefe no está así que se lo voy a tener que entregar a Dorrego: no sé si es mejor o peor. En todo caso lo voy a escribir sin preguntarle; si tiene algún problema ya me dirá cuando lo lea. Y, de todas formas, no creo que lo tenga. Voy a armar una nota fría, donde por supuesto no voy a afirmar nada: que la esposa y la hija de un trabajador del Frigorífico La Negra, que tuvo problemas con la empresa porque es el único sobreviviente de «la tragedia del pozo ciego», murieron cuando su humilde morada se incendió en la noche del 23 de junio pasado, sin que se sepa todavía quién provocó el incendio. Voy a decir que la policía sospecha que podría ser el propio Michelakis, pero que esa hipótesis se debilita porque no hay ninguna razón clara para que lo hiciera. El hombre, de todos modos, está prófugo, pero una vecina con quien el interfecto mantenía una relación ilícita asegura que pasó toda esa noche en su casa. La hipótesis de que podría haber sido algún esbirro de la empresa, irritada por las amenazas de denuncia que hizo Michelakis, no tiene por el momento ningún asidero comprobado; sin embargo, corren rumores de que alguno de esos esbirros lo habría amenazado con perjudicar a su familia. Y la hipótesis de que serían sus propios compañeros furiosos porque todavía no había hecho esa denuncia – porque se habría «vendido» a la empresa– es aún más débil. El caso, obviamente, sigue abierto, y la policía de la Provincia investiga sus ramificaciones. (Esto es puro adorno, pero no me cuesta nada y sospecho que el comisario Laguna me lo va a agradecer, quizá con algún dato; así están, últimamente, los negocios.)

Me gustaría saber cómo eran Zulema Olmos de Michelakis y su hijita Stella Maris. Ella, sobre todo, una mujer de treinta y tantos años tan golpeada, con un hijo muerto de difteria, encerrada día tras día en ese rancho, sin nada que esperar. Me gustaría saber qué le gustaba, qué disfrutaba, qué no podía soportar –me gustaría, es verdad, saber cómo se hace para vivir esa vida, esas vidas que vive tanta gente. Y me gustaría sobre todo ponerle una cara, ver qué cara tenía, pero eso sí que parece imposible. Solamente los ricos pueden guardar sus caras: antes se hacían retratos pintados, ahora se hacen fotos. Es cierto que ya hay más personas que tienen sus imágenes, la foto del día que se casaron, cuando entraron al servicio militar, un paseo a la plaza alguna vez, el día que murieron. Pero eso, sin ser ya sólo para ricos, no es para gente como la Ñata Olmos –y si por casualidad tenía una, se habrá quemado en el incendio. La imagen de la Ñata solamente quedará en el recuerdo de unos pocos, su marido, quizás algún pariente. Sus hijos, los que deberían recordarla, ya están muertos. La Ñata Olmos ya no tiene cara: es una tontería pero de pronto, esta mañana, me entristece.

–¡Rivarola!

Me grita don Guillermo González Galuzzi, y yo acudo presuroso, con una sospecha intensa sobre la razón de su llamado temo que tenga algo que decir sobre mi nota, la historia del incendio. Mi vida se ha vuelto un vaivén fascinante: paso de un suicida chiflado de Gardel a un trabajador de la carne chiflado desaparecido, voy y vengo, bola sin manija. Cuando se me acaben los suicidas y los desaparecidos los voy a extrañar como loco: como se extraña, digamos, un buen dolor de huevos.

–Necesito un suicida, Rivarola.

–Pero jefe, le traje uno hace un par de días.

–Y ya está, ya caducó. ¿Qué te creés, que en un diario como este un suicida te puede durar más de 48 horas? Suerte si te llega a tanto.

Yo no quiero discutir los fundamentos del periodismo efímero con un señor que los conoce tanto. Él tampoco conmigo. Todo lo que le importa, ahora, es conservar el equilibrio de su monda en medio del rezongo:

–Me estás canchereando, Rivarola. Quiero más, ya te lo dije, necesito más. Si no la faja de los suicidas de Gardel esa me la meto ni te digo dónde.

–Ya mismo salgo a buscar algo.

Le digo, tan aliviado de que no se meta con el tema La Negra. Porque una cosa es contar que la empresa tuvo un accidente laboral –cosa que le puede servir al gobierno para meterles presión– y otra muy distinta andar diciendo que sus pesados amenazaron a un obrero con quemarle la casa –y que quizás incluso la quemaron. Pero no, de eso nada, así que me voy rápido al perchero, descuelgo el sobretodo y el sombrero y me dispongo a salir a buscar un suicida.

–Y la reputa madre...

No llego ni siquiera al ascensor cuando me doy cuenta de que estoy haciendo el tonto: tengo una carpeta en el segundo cajón de mi escritorio donde junté el material para este tema. Lo primero es volver, sentarme, mirarlo, decidir adónde puedo ir. No seas cagón, Rivarola, no te escapes, andá a mirar tus notas. Y, de paso, me acuerdo de que Señorans dijo que tenía algo que decirme. Pero bueno, hoy no tengo tiempo.

–Ahí está, pobrecita. Ahí, en la tercera cama a la derecha, ¿la ve? Ya me dijeron que estaba fuera de peligro, gracias a Dios. No sabe el alivio.

Me dice, y me muestra una fila de quince o veinte camas de hospital, una cada dos o tres metros, todas contra la pared que alguna vez fue blanca, todas ocupadas, algunas con sus visitas al costado, otras solas. Crucifijos enormes las protegen.

–Pero nos pasamos dos días que no sabíamos si salía o no salía. Fue terrible, terrible, no le puedo decir. Yo no la entiendo, no entiendo cómo pudo hacer lo que hizo...

El hombre debe tener mi edad, años más, años menos, y es igual a millones de otros hombres: debe tener el récord mundial de olvidos de su cara. Redondito, uno setenta, ojos marrones, pelo castaño oscuro, todo cuidado, todo en su lugar; el hombre justifica eso que ponen los documentos cuando dicen «señas particulares: ninguna».

–Yo fui el que la encontró, cuando volví de trabajar, a la tarde, la bañadera, toda esa sangre, cómo se lo diría. Mi suegra fue a limpiar pero no

sale, todavía se ven las manchas. Tanta sangre...

Parece como si no pudiera creer que su esposa hubiera tenido sangre adentro del cuerpo, tanta sangre, qué asco. Debe haber varias cosas más que seguramente no puede o no quiere creer. Desde hace unos días su vida debe haberse transformado en algo que nunca habría imaginado, jamás habría querido. Y ahora, en la puerta de la sala general de mujeres del Hospital Italiano, entre personas que entran con miedo o salen con tristeza, médicos que fuman, enfermeras que corren, camillas que pasan ocupadas o desocupadas y tantos más que van o vienen me dice que es cierto, que él jamás se lo habría imaginado.

—Amalita siempre tuvo ese metejón en la cabeza pero yo no le hacía caso, ¿para qué le iba a hacer? Pero el otro día cuando se murió se puso como loca, lloraba, lloraba, no paraba de llorar. Yo primero no me la tomé muy en serio, le dije si no estaba exagerando, y más se enloqueció, me gritaba que yo no entendía nada, que claro que era en serio, muy en serio. Y yo, la verdad, le tengo que aceptar que al final un poco me enojé. ¿A qué marido le gusta ver a su mujer llorando por otro hombre? Aunque sea así, aunque sea un berretín, igual a un marido no le gusta, ¿no?

El hombre, Raúl Aguina, me cuenta que llevan casi seis años de casados, que les va bien, que todavía no tuvieron chicos pero no pierden las esperanzas, que ya van a llegar. Le pregunto en qué trabaja y me dice que en Obras Sanitarias, en la parte de contabilidad, y que le va bien, que pronto lo van a hacer subencargado de la sección Pompeya. Todo bien, hasta ahora.

—A menos que se enteren de esto, me parece. Usted sabe, en la empresa somos muy cuidadosos con la imagen.

Yo le dije desde el principio que era periodista; ahora de pronto me parece que quizá no entienda que lo que me está contando le puede complicar la vida, el ascenso a la subjefatura, quién sabe qué más. Tengo miedo de que, en el momento de escribirlo, me dé el cargo de conciencia y no lo haga. Conozco mi conciencia: seguramente no.

—No, claro, por favor. ¿Y hace mucho que ella tiene este... berretín?

El señor Aguina me dice que sí, que bueno, desde el principio cuando la conoció ella le dijo que había sido novia de Gardel y le contó una historia

un poco estrafalaria que él no sabía si creerle o no creerle, y que ella le dijo que él le gustaba y quería que siguieran hablando a ver si la cosa prosperaba, pero que Carlos siempre estaría en su corazón. Y que él en ese momento no le hizo caso —«usted sabe cómo es, al principio, uno acepta cualquier cosa»— y que después se acostumbró —«usted sabe cómo es, uno se acostumbra a casi todo»—. Y que después a veces le molestaba porque ella tenía la cocina llena de fotos de él y que en cuanto estrenaban una película la iba a ver el primer día y que le seguía la pista en las revistas para saber por dónde andaba, qué andaba haciendo, todo, y que a veces decía que él le había escrito o que la había llamado y que él sabía que no era cierto, pobrecita, pero la verdad que no le hacía mal a nadie y si a ella la entretenía él no le iba a hacer problema, ¿no? Que él es un hombre comprensivo y que nada le importa más que el bienestar de su familia, así que no le hacía problema, dice, y a veces hasta le jugaba el juego y le armaba como un ataque de celos, le decía pero no ves que estás jugando con mi corazón, cosas como esas, me dice, bajando la mirada. Se ve que me está contando cosas que ha contado poco: a veces es bueno tener un desconocido para decirle lo que uno no le diría a alguien cercano, alguien que tiene que volver a ver.

—Pero sí, le confieso que el otro día me trastorné un poco, la pobre Amalia lloraba y lloraba, estaba insoportable. Y al día siguiente cuando me fui para la oficina seguía llorando, yo estaba harto, casi ni la saludé. ¡Y después volver para encontrármela así! ¡Qué animal! Pensar que se podía haber muerto y yo ni la había saludado...

El señor Aguina ve que su señora se está despertando en la tercera cama y me dice que lo disculpe, que se va a acercar a ver si necesita algo. Yo le digo que claro, que faltaba más, y él me extiende la mano y me dice que ojalá nunca me pase.

—¿Qué cosa, Raúl?

—Nada, esto de descubrir de pronto que la persona que más conocés no la conocés un carajo.

Dice, y se va. En su boca la palabra carajo suena como un disparo de cañón.

—Lo vi hablando con el señor Aguina.

Me dice, casi enseguida, una enfermera.

—Sí, estuvimos charlando un rato.

—¿Usted es familiar?

—No, conocido, nomás.

—Ah, bueno.

—¿Por qué, qué necesitaba?

La enfermera me dice no nada y empieza a irse, pero yo le digo que si puedo ayudar en algo me lo diga. La enfermera tiene veintipico, el pelo rubio casi rojo, pecas en las mejillas: el recuerdo de Raquel contraataca. Por un momento pienso en una Raquel que no jodiera, que no quisiera ser libre como los pájaros, que me quisiera, todo eso, y le sonrío con mi mejor sonrisa. Ella está a punto de seguir yéndose pero se queda.

—No, nada, lo que pasa es que hay algo que les quiero decir pero no se lo quiero decir al marido, me da cosa.

—Decime, Silvia.

Le digo, pasándome al tuteo, asustándola: del bolsillo superior del delantal le cuelga una etiqueta con su nombre, Silvia Gullin.

—Bueno, que la verdad que la señora no quería matarse. Con lo que se cortó habría sido muy difícil. El primer día me contó que los cortes se los hizo a las seis y media, siete. Y yo después otra vez le pregunté a qué hora suele llegar su marido del trabajo y me dijo que todos los días a las siete, un relojito. Así que la señora calculó hacerse unos tajos para que él la encontrara. El lío fue que ese día justo él se demoró, parece, no sé qué le pasó, y entonces la cosa se puso más peligrosa. Si se moría era porque el marido llegó tarde, mire el chiste...

Dice, me sonrío. Yo prefiero hacerme el tonto: a último momento me ataca la sensatez de no tratar de levantarme a una mina porque se parece a Raquel.

—Muchas gracias, Silvia. Hasta la próxima.

Tampoco sé si contar la historia. Los problemas de imagen del tercer jefe de la oficina de contabilidad de la sección de Obras Sanitarias del barrio de Pompeya me importan menos, pese a todo, que la sensación de

que quizá toda la historia sea menos un suicidio que una estafa. Después me digo que eso nunca fue una buena razón para no publicar algo, y cruzo al café de la esquina de Gascón y Potosí a tomarme un vino. Al fin y al cabo ya son las dos de la tarde. Llevo unos minutos acodado al estanco cuando veo entrar al señor Aguina. Lo llamo, le ofrezco uno.

–Bueno, le voy a aceptar. Aunque yo nunca tomo durante la semana, ¿sabe?

Me dice, y que fue una falsa alarma, que Amalita se volvió a dormir enseguida.

–La tienen muy dopada para que no sufra, pobre. Al que no le dan nada es a mí. ¿Usted sabe lo que es, de últimas, saber que tu esposa se podría haber matado por otro? Y yo que pensaba que era un juego. Sí, porque lo hacía ella, pobrecita. A la final, juego, lo que se dice juego, no hay. Todo termina siendo tan en serio...

Cuando se va, voy hasta el teléfono público en el pasillo de los baños y llamo a la editorial donde trabaja Raquel, la de su tío. Me atiende una secretaria, le pregunto por ella, me dice que no está, que salió a hacer sus recorridos y que si quiero dejarle un mensaje. Le digo que sí, que quiero. Me pregunta cuál y le digo que no sé, que mejor no; me cuelga.

Para mi sorpresa tengo ganas de verla. Es feo describirlo como una sorpresa: ya la vi muchas veces y siempre la pasamos bien. Pero ahora digo ganas en el sentido de la palabra ganas, algo que uno quiere más allá de análisis y conveniencias y pensamientos de esos: algo que te levanta una sonrisa. Beatriz quiere que vayamos al cine a ver una película inglesa de misterio que acaban de estrenar. Yo odio las películas inglesas –tener que leer los subtítulos me irrita– y odio las historias de misterio: si quiero misterio me voy a trabajar. Pero ella insistió en que le habían hablado muy bien de esta, que se llama 37 escalones, y me quedé sin argumentos para negarme como habría querido. Así que aquí estoy, con el cartel completo: un par de tragos en el Suárez, la película en el cine Ideal y después, quizá, subir al salón de la confitería y escuchar alguna orquesta que valga la pena o, incluso, bailar un par de tangos. Beatriz no es una gran bailarina, así que puedo bailar con ella sin pasar vergüenza. Y para rematarla, por supuesto, fin de fiesta en mi cama. Un gran programa.

–Al final te gustó.

–¿Por qué? ¿Cómo sabés?

–Vamos, estabas con todo el cuerpo duro mirando para adelante todo el tiempo. Si cuando te di la mano parecía una garra...

En la puerta del cine me acaricia la cara y me dice que si subimos al primer piso de la Confitería, como habíamos dicho. El cartel de la entrada, al lado de la puerta giratoria, anuncia la orquesta de Osvaldo Fresedo con la voz de Roberto Ray: no suena mal. La orquesta de Fresedo ya es un poco antigua, mucho violín y fineza y elegancia, pero saben cómo tocar los tangos viejos. Subimos las escaleras pomposas, entre esas arañas llenas de reflejos y pretensiones de la Ideal, y llegamos al salón: dos docenas de

mesitas con sus manteles y sus baldes plateados, champaña en general, diez o doce parejas dando vueltas en la pista demasiado iluminada mientras Ray canta Vida mía, uno de los clásicos del maestro: «Vida mía, lejos más te quiero. / Vida mía, piensa en mi regreso...», dice: se ve que el que se fue fue él.

—¿Bailamos?

Después de un buen tostado y dos copitas de champán, no hay manera ni razón para negarse. Salimos, de la mano, al centro del salón. Beatriz tiene un vestido violeta oscuro, muy pegado al cuerpo, un escote que le hace justicia; yo estoy sobrio, traje azul y zapatos negros, un señor: vistos de afuera debemos hacer buena pareja. Él un poco más joven, parece, qué opinás mi amor; quizá no, ella está muy pimpante todavía; querido, no mires lo que no te corresponde; ay, querida, vos siempre lo mismo. Alrededor, más parejas esperan el principio de la música: se miran, se agarran de las manos, se murmuran algo. Sobre el estrado, la orquesta se prepara y el maestro, sentado con su bandoneón en un banquito, se arranca con El espiante, uno de sus tangos más clásicos, sincopado, lleno de firuletes, duro de bailar. Yo lo intento, Beatriz se divierte, la sonrisa muy ancha, y yo también, vueltas y revueltas de dos docenas de personas, la música en el aire, un vértigo menor, hasta que, al azar de la deriva por la pista, veo de cerca una de las mesas del otro lado. Ella debe notar algo, porque me pregunta qué me pasa.

—Nada, qué me va a pasar.

—No sé, me pareció que te habías tropezado.

Seguimos bailando: un par de minutos que se me hacen eternos. Cuando el tango termina le digo que estoy cansado y volvemos a nuestra mesa.

—¿Querés que nos vayamos?

—No, si querés nos podemos quedar un rato más.

—Sí, por mí sí.

Dice, y me empieza a contar un problema en su trabajo y yo le pregunto si encontró alguien para mandarle el tanguito gardeliano. Beatriz empieza a contestarme cuando dice que a él.

—Mirá, justo ahí, en el medio de la pista. A ese tenés que mandárselo.

En el medio de la pista es el horror: Raquel Gleizer, la Rusa de mis pesadillas, baila con un señor no muy alto, gordito, su barba de chivo.

—Ese seguro que lo va a entender y lo puede mover bien.

—¿Mover bien?

Digo yo, casi automático. Ese es Homero Manzi, uno de los mejores autores de tango de estos días, y se ve que puede mover muchas cosas, entre esas, la menos importante, mi tanguito. Raquel lo abraza sin remilgos.

—¿Y la chica con la que baila no es Raquel Gleizer, la sobrina de don Manuel?

Me pregunta Beatriz, y yo no sé si sabe y se hace la giluna o no sabe nada, ni sospechó siquiera que mi sobresalto de hace un momento, en medio del baile, fue por verla sentada con el ñomo.

—Sí, es. Yo la conozco. Y a él también, si querés te lo presento.

Es cierto: lo conocí el año pasado cuando fuimos juntos a la quinta de Botana. Juntos quiere decir Raquel, él y yo; se ve que lo que germinaba entonces ahora floreció con creces. Él sigue siendo tan feo como lo recordaba: me anima y desanima al mismo tiempo. Por un lado me alienta; yo no soy un adonis, pero a su lado soy Gardel. Pero por otro lado la admiro por salir con un tipo así de feo. Y llego a la inevitable consecuencia de que, si la apariencia le interesa tan poco, no hay forma de que me prefiera al santiagueño, uno de los mejores autores de tango de la historia. «En lugar de ser un hombre de letras voy a hacer letras para los hombres», dijo el Barbeta cuando decidió dedicarse al tango: cualquiera —yo, seguro— moriría por haber dicho eso.

—Beatriz Kohlmen, Homero Manzi, Raquel Gleizer.

La escena, junto a la mesa de ellos, es ridícula, aunque parezca trivial. Charlamos un momento de pavadas —el frío que está haciendo, la invasión de ratas tan rara en pleno invierno, la película que acabamos de ver, ah, sí, de un tal Hitchcock, un tipo interesante—, y nos volvemos a nuestra mesa. Me quedo incómodo; unos minutos después le pregunto a Beatriz si le molesta que saque a bailar a Raquel. En principio, las reglas de la milonga son claras: todos pueden bailar con todos, no hay exclusividades. Pero de ahí a bancársela hay un trecho.

—No, claro que no. Te espero acá.

Me dice, con una sonrisa que quiere llenar de promesa.

—O quizás alguien me saca a mí.

Remata. Yo camino hacia la mesa de ellos, saludo con la cabeza a Manzi y le pido a Raquel si me concede el baile. Ella me sonríe, le sonríe y se levanta. Parados uno frente al otro esperamos que la orquesta se lance. Ella va muy «femenina»: tacos altos, pollera negra ajustada, un pulóver violeta suelto, varios collares largos, el pelo sin gomina: está increíble. La orquesta arranca con el piano y antes del segundo compás ya reconozco la Milonga triste, una extraordinaria composición del eximio poeta... ¡Homero Manzi! Raquel cierra los ojos como diciendo lo siento, o algo así. A mí me sale una sonrisa casi resignada y abro los brazos para recibirla. Bailamos esa música lenta, majestuosa, y la siento muy cerca. Pienso, por un momento, si Manzi nos estará mirando con odio o con preocupación, si estará lamentando no haber escrito algo más ligero, más suelto, y trato de dejar atrás esas tonterías.

—Rusita.

—¿Qué, Andrés?

—¿Es tu novio?

—¿Todavía no entendés que yo no tengo novios? ¿O nunca me creíste?

¿Te creías que era contra vos?

Yo me callo, seguimos bailando.

—No, Pibe, vos siempre me gustaste y me seguís gustando, pero es cierto que no quiero ser de nadie. Imaginate, Raquel Gleizer de Rivarola. De, Pibe, de, es patético.

—Quiero charlar con vos. ¿Podemos charlar?

—Claro que podemos charlar. Vos y yo siempre podemos charlar.

—¿Mañana a las diez en lo del Gallego?

—A las diez no sé si llego. ¿A las once?

Odio imaginar por qué no puede llegar a las diez. Después pienso que no, que el tipo está casado, que tendrá que dormir en su casa. Después pienso que no puedo seguir pensando así.

—La luna cayó en el agua, / el dolor golpeó mi pecho...

Murmuro, siguiendo la milonga, casi en su oído. Raquel se deja apretar –o me aprieta. «Nunca más volvió, / nunca más la vi, / nunca más su voz / nombró mi nombre junto a mí...»

–¿Mañana a las once, entonces, en lo del Gallego?

–Sí, Andrés, ahí nos vemos.

Cuando vuelvo a mi mesa Beatriz me pone una mano en el muslo y me pregunta, voz juguetona, si nos vamos. Yo le digo que sí y, mientras nos levantamos, le digo que prefiero volver solo, que mañana tengo que trabajar muy temprano, escribir la historia que le conté de la falsa suicida.

–¿Le vas a poner que es falsa?

–No sé, todavía no lo pensé.

–No lo pongas. Dejale su historia, pobre mujer, con lo que le costó. Casi se muere para que alguien le creyera.

Le digo que bueno, que no lo voy a poner, y ella me sonrío: como si le hubiera dado algo a cambio de lo que le estoy quitando. Hay momentos en que pienso que de verdad podría quererla.

Pero el tanguito que pienso cuando llego a casa es, por supuesto, sobre la Rusita. Retomo el que tengo, lo completo.

Si te pudiera olvidar, te olvidaría,
si te pudiera matar, te mataría;
pero matarte no sería olvidarte,
porque olvidarte no te mataría.
Te olvido y no me olvido,
me mato y no te mato,
me atacás de arrebato:
sos todo lo que ansío,
sos todo lo perdido.
Si te pudiera querer, no te querría,
yo no quiero quererte porque puedo
quiero quererte porque no podría
vivir de otra manera, vida mía.

Me olvido y no te olvido,
te mato y me remato,
me atacás todo el rato:
sos todo lo perdido,
sos todo lo que ansío.
Si te pudiera tener, no te tendría;
quizá lo que yo quiero es extrañarte.
¿Qué haría si tus risas y las mías
se unieran cada noche día tras día?
Creo que no sabría soportarlo,
creo que no podría soportarte:
sos demasiado para mí; aceptarlo
es empezar mi muerte, vida mía.

Dramático, espantoso. Me parece que esto no va a ninguna parte: no se puede escribir sobre algo que a uno le importa de verdad.

—Perdoname que te lo diga así, a lo bruto, pero ¿tu queridito no se cabrea de verte bailando conmigo como ayer, así de pegados? ¿No le dan celos?

—Para empezar no es mi queridito, Andrés. Y para seguir, puede que sí, puede que no. Si le dan, mejor, así aprende a que no le den. ¿Es tan difícil de entender eso para ustedes, che?

Esta mañana, Raquel se vino en todo su esplendor rusita: el pelirrojo peinado con gomina para atrás, los labios rojos, el traje gris oscuro con camisa blanca, su corbata roja, su sombrero gris, sus zapatones negros. Se ve que quiere dejar claras ciertas cosas: su crueldad, yo diría, aunque también la podría llamar de otras maneras. Yo había llegado diez y media para tener tiempo de tomar un café, mirar los diarios, charlar unos minutos con el Gallego García; desde que vivo en la casa alquilada no vengo casi nunca al bar de la esquina de mi vieja pensión, y a veces lo lamento. El Gallego estaba charlatán: van quince fechas, Boca sigue primero, Independiente le come los talones, mi amigo Bernabé no la mete ni a tiros, entre el paraguayo Benítez Cáceres y el Pancho Varallo llevan como treinta

goles, casi dos por partido, para Boca, y en España hay tanto follón que el Gallego dice que está contento de no estar ahí y haberse venido para acá y haberse quedado en esta tierra, Rivarola, que nos hace rezongar pero nos da de comer y de vivir con generosidad. El Gallego tenía mucho que decir, pero cuando la vio llegar esperó que ella no lo viera y se tapó los ojos, como quien dice madre mía qué animal, qué bien que está esta mina. Yo le dije Gallego no me mates y la fui a recibir. Nos sentamos, pedimos los cafés con leche, las medialunas, empezamos a charlar tranquilos. Tranquilos es una forma de decir.

—¿Y el tipo es igual de melancólico en la vida que en sus tangos? Son buenísimos, pero cuánta nostalgia, pobre hombre

—Andrés, ¿tenemos que hablar de eso?

—No, tenés razón. Con un poco de suerte te va a dejar pronto.

Si me dijeran algo así me cabrearía. Raquel es más inteligente, juega el juego:

—Sí, pero no por otra mina sino porque está enloquecido con la política. Hace un par de meses formaron un grupo con su amigo Jaureche, algo en la línea del Peludo Yrigoyen, no sé bien. Y ahora lo único que le importa es eso.

—¿Lo único que le importa? No parecía. Yo pensé más bien en otra mina, o hasta su esposa, si se entera...

Ahora sí Raquel me mira mal, y al fin entiendo que estoy haciendo el tonto. Supongo que no fue para eso que le pedí que habláramos. Tampoco le voy a canturrear su tanguito; además, ahí sí que no puedo competir. Pero ahora es ella la que insiste:

—¿Y vos te creés que eso a mí me preocupa? ¿No podés entender, Andrés, que para mí lo que importa es el presente? No soy su mujer como no fui la tuya. No soy mujer de nadie, Pibe. No podés entenderlo, ¿no? Nunca lo entendiste.

La puñalada es bruta. Yo miro alrededor: las mesas de madera, tres o cuatro ocupadas con cafés y diarios, los carteles de Gancia y de Cynar, los espejos gastados, el mostrador de estaño, el Gallego lavando, la calle

Paraná detrás de la ventana: el escenario no es apropiado, pero no tengo otro:

—No, Rusi, nunca lo entendí. Y no sé si alguna vez podría entenderlo, pero quiero decirte una cosa: yo estoy enamorado de vos. Trato con otras minas y siempre tu recuerdo, o lo que sea que eso sea, tu fantasma, se me mete en el medio. Todas las otras son suplentes, un desastre. Sólo quiero que sepas que estoy acá, que te quiero, que te espero. Cuando quieras, ya sabés.

Me costó, yo no suelo decir esas cosas. Ni sabía que lo iba a decir, antes de abrir la boca. Pero ya lo escuché, no tengo vuelta atrás. A la pileta sin agua, al ridículo puro.

—Y como vos quieras, sin exigencias, te prometo que no te rompo más las bolas.

Seguramente no sirva para nada pero quería decírselo. Raquel me aprieta la mano sobre la mesa, me sonríe triste, se le humedece un ojo.

—Andrés...

Me dice, se levanta, me da un beso muy cerca de la boca, se pone su sombrero, camina hacia la puerta.

Y para colmo en cuanto entro en la redacción Kosinsky me hace ojitos: al pasillo del baño. Yo creía que ya habíamos superado esa etapa de la lucha de clases; se conoce que no.

—Julián quiere verte.

Me dice, seco; yo prendo el cigarrillo que tengo en la mano, me paso la mano por el pelo como si fuera a pensar algo y le digo lo que ya pensé:

—¿Qué Julián, José Peter?

Kosi me mira raro, alarmado primero, después más relajado, al final se ríe.

—Vos debés ser periodista, ¿no?

—¿Y vos qué te creías?

—Nada, que menos mal que no sos tira, porque estaríamos jodidos.

La estocada es buena, nos reímos los dos. Al final, será que el pibe no es tan rata; lo que pasa es que todo este circo de semiclandestino conspirador me rompe las pelotas. Me hace acordar a esos años en que el Gorrión Ayala empezó a vender merca en serio y se daba humos y me hablaba en clave y yo le decía Gorrión no seas gilastrún, a vos no te van a agarrar por lo que hacés sino por lo que aparentás, y él se reía pero al final se pasó dos años en Caseros. A veces, cuando pienso en esos tiempos, me mareo: lo cerca que estuve de caer en esa mano, de terminar como él. Y ahora, por las vueltas de la vida, periodista en un diario de verdad: está claro que en este mundo no hay justicia.

—Bueno, te decía que Julián...

Dice, y subraya Julián.

—...te espera en la Puerto Rico dentro de media hora, si podés acercarte.

—Puedo, sí. ¿Va a llevar una bufanda verde con pintitas y un ejemplar de Pravda, así lo reconozco?

—No rompas las pelotas, Rivarola.

Años, son años. Años y años y más años escuchando esa frase, soportando esa frase, desalentado por lo bien que suena y acabo de darme cuenta la razón: es un puto endecasílabo. No rompas las pelotas, Rivarola. La mido con los dedos una vez, tres veces: no hay duda, es un endecasílabo. Con razón a tanta gente le da por decirla. No es porque yo sea un pesado ni joda más de la cuenta: es porque suena tan bonita que se tientan. La poesía, a menudo, se te vuelve en contra.

—Calma, Kosi, no te me desesperes. Sombrero y sobretodo y me las tomo.

Le contraataco, pero no creo que se haya dado cuenta.

La Puerto Rico se ha puesto pretenciosa. El nombre siempre fue raro: ese artículo femenino delante del puerto. Pero eso le daba cierto aire exótico que le calzaba bien; el problema es que el año pasado decidieron renovarla y la jodieron. Con lo lindo que era el decorado viejo, un poco afrancesado que tenía, y ahora le han puesto toda esta mierda modernosa que llaman art déco, que me dijo alguna vez Beatriz que ni siquiera es nueva, que en Europa ya lleva más de quince años. Pero así somos, pretenciosos y baratos: la Argentina.

—Hace dos días que no tenemos noticias del Griego.

—¡¿Cómo?!

Dos o tres parroquianos se dan vuelta: me parece que mi sorpresa sonó un poco fuerte, sobre todo para una reunión semiclandestina conspiradora comunista. Se conoce que me falta práctica. El exfalso Julián me mira feo, me para con la mano: que hable más bajito. Cuando llegué me esperaba sentado en una mesa al fondo, leyendo unos papeles, tomando un submarino: nunca lo habría imaginado tomando submarinos. Y cuando me dio la mano me pareció que no sabía que yo sabía, así que no le dije nada.

—¿Cómo que no tienen noticias? ¿No lo sacaron del Farol hace dos o tres días?

—¿Y vos cómo sabés?

Me dice, receloso. Yo trato de tranquilizarlo: le cuento que pasé por ahí, que fui a ver si podía hablar con él y la chica del guardarropas me dijo que se había ido con la gente que lo había traído, así que supuse que serían ellos, que ellos se lo habrían llevado por alguna razón.

—Bueno, sí, ninguna razón particular. Más bien, que el Pecho nos dijo que no podía seguir guardándolo, que gritaba mucho a la noche, que le estaba poniendo nerviosas a las minas.

Dice, y se ríe a medias, según su formato habitual: me imagino que se imagina al animal de Michelakis gritando como una hiena en celo y espantando, más que a las minas, acostumbradas a casi cualquier cosa, a sus clientes pusilánimes. Me hace gracia pensar en la guita que le habrá hecho perder al Pecho, digamos, y al Ciego Balducci.

—Pero él nos pidió que lo dejáramos ir a ver a su mina, la vecina, y no nos podíamos negar, imaginate. Y ahora no aparece, fuimos a la casa de la mina esta, lo buscamos por todos lados, y ni mierda. Yo estoy preocupado.

Dice, y de verdad lo parece: ahogando su pena en submarinos.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Le digo, y el falso me mira extrañado pero no me dice que no.

—¿Vos tenés familia?

—Sí, claro. ¿Qué te imaginaste, el anarquista sin ley ni patria ni dios ni hogar que va poniendo bombas por ahí? Yo tengo una familia, claro. Ahora la tengo en otro lugar, donde trabajaba antes. No la puedo traer acá, sería demasiado peligroso para todos.

—¿O sea que en la práctica no tenés?

—Bueno, tengo. Voy a verlos cuando puedo, cada dos meses, tres. Sí que tengo. Mi mujer y dos pibes, doce y nueve. Claro que tengo.

Me dice, entre belicoso y nostálgico. Y suspira, y se sonríe a medias y me dice que claro que no es lo mismo que vivir con ellos, que claro que le gustaría vivir con ellos, pero que por ahora tiene que aguantarse las ganas porque ha elegido otra cosa, algo que es más importante que sus ganas y

que los deseos de cada uno, algo que está por encima de cada uno de nosotros, me dice, ya en terreno más firme, conocido:

—Cuando elegís dedicar tu vida a la clase, vivir para la revolución, las otras cosas te parecen muy chiquitas. Capaz que si nunca lo viviste no lo vas a entender, pero es así, sin verso, de verdá es así. Posta que sentís que hay una cosa que está por encima de todo y que tenés que ponerle todo lo que tenés, que si no sos un traidor. Pero no que estás traicionando a nadie; que te estás traicionando a vos mismo, ¿me entendés?

Yo le digo que sí, que creo que le entiendo, pero lo que más me impresiona es la transformación: el muchacho rubión de cara redonda que se aburría o inquietaba frente a un submarino se volvió una especie de iluminado, un tipo que habla con todas las certezas.

—No es un sacrificio. Algunos se creen que es un sacrificio y no, no es. Por supuesto que hay momentos en que estás cansado, hartó, y tenés que hacer cosas que no querías hacer. Muchas veces tenés que hacer cosas de esas. Pero en la cuenta total nada de eso es un sacrificio: es el privilegio de hacer lo que querés y lo que corresponde. ¿Vos sabés la energía que te da saber que estás trabajando para que la historia avance para donde tiene que ir?

Se diría que de esto puede hablar horas con el mismo entusiasmo. Me da impresión y, de algún modo, envidia.

—Pero vos me preguntabas si tenía familia. Y claro que tengo, y esto uno lo hace también por la familia. Mi viejo era un alemán que laburó toda su vida como un perro: primero en el Ruhr, después en Zárate y San Nicolás. Doce, trece horas por día todos los días de su vida. Y nos sacó adelante, éramos siete y nos sacó adelante: eso fue lo que hizo con su vida y yo se lo agradezco tanto, no sabés cuánto le agradezco, pero yo no quiero que mis hijos vivan como mi viejo, sabés, doblados por el laburo, que cuando llegaba el domingo lo único que quería era dormir. O ponerse en pedo, si podía. Por eso hago todo esto, la verdad. Me puedo llenar la boca de palabras bonitas, del curso de la historia, de la pindonga verde, pero la verdad que yo lo hago por eso.

Me dice, y me mira raro, como extrañado, ahora sí, por sus palabras. No son las cuatro de la tarde, no tomamos alcohol, no somos amigos, no tenemos excusas.

—Y es verdad que es un laburo tremendo: te ocupa todo el día, toda la noche, no te deja ningún resquicio, a veces si estás tomándote un vino con los camaradas te viene la idea de que tendrías que estar haciendo alguna cosa, terminando alguna otra cosa, no es fácil. Y muchas veces tenés que lidiar con cada imbécil. No te digo los patrones, los capataces; esos ya sabés que van a ser unos hijos de puta. No, te digo tus propios compañeros, los laburantes como vos que no entienden, no se dan cuenta, tienen lavado el cerebro por los plutócratas, por sus títeres, por los grandes diarios como el tuyo...

Dice, y me sonríe para decirme que no es nada personal, y agita la cabeza como quien se despeja y me dice que bueno, que suficiente por hoy de charlitas y cuestiones personales, que es hora de trabajar en lo nuestro: que qué vamos a hacer.

—No sé, ¿qué vamos a hacer con qué?

—Con el Griego, con el incendio, todo eso. Leí lo que publicaste en Crítica. Fue valiente esto de poner que puede haber sido la patronal, sus pesados, la cana.

—¿Y vos lo creés?

—No se me ocurre otra explicación. Yo no sé si vos sabés cómo son estos tipos. Yo te puedo contar. A mí me metieron preso una vuelta en una huelga en el 28, en la época de Yrigoyen, y nada, todo normal, me encerraron, me tuvieron unas cuantas semanas y al final me largaron, pero nadie me puso una mano encima. En cambio la otra vez, ya después del golpe, hace dos años...

Dice el falso Julián y se queda callado y al final retoma: que lo querían hacer confesar que era miembro del Partido Comunista y que tenían armas y dónde las tenían y que empezaron por meterle la cabeza en un barril de agua con mierda, justo como los muchachos, pobres, que se murieron en la planta, y que le tenían la cabeza ahí adentro hasta que estaba por estallar y entonces se la sacaban y le pegaban y le hacían las preguntas y que como él

no contestaba al final lo ataron a una mesa grande, lo acostaron sobre la mesa grande y agarraron un cable de electricidad, largo, pelado en la punta y le empezaron a meter descargas por todos lados, en la panza, en los huevos, en las encías, no te puedo explicar el dolor que es eso, me dice, no es dolor, es otra cosa que no tiene nombre, no se parece a nada que puedas conocer, es como si se te cerrara el cuerpo el mundo la cabeza, como si todo fuera una explosión, una piedra negra, no sé cómo decirte, es algo que no se puede explicar.

—Lo siento...

Le digo, un poco bobo, y el falso me dice que no, que no lo sienta, que al fin y al cabo para el militante haber resistido a la tortura es como una medalla, es uno de los pocos orgullos que un comunista se debe permitir, me dice.

—¿Un comunista?

—Sí, Andrés, no te hagás el gil. Vos sabés que soy comunista, sabés que soy el secretario general del gremio de la carne, sabés que me llamo José Peter. Si vos no te hacés el gil yo tampoco, ¿estamos?

—Sí, claro, José.

Le digo, y es como si nos diéramos las manos por encima de la mesa, mi café, su submarino.

—Pero esto no nos avanza en la cuestión del Griego.

Me dice Peter, y le pregunto qué quiere que hagamos: por alguna magia rara, de pronto me parece que tengo que ayudarlo, colaborar con él. Espero que se me pase pronto.

—Quizás hay que ir a preguntarle de nuevo a la mina, a Carlina.

—No, ahí ya no creo que se consiga nada. Te dije, ya fuimos a verla, le preguntamos, nos dijo que no lo había vuelto a ver.

—Pará, eso no me dijiste. ¿Y le creen a Carlina?

—La mina es una luchadora. No está en su mejor momento, pero es una luchadora.

—¿Quiere decir que el Griego salió del Farol, les dijo que se iba a ver a la mina y nunca más se supo?

—No, lo último que sabemos es que fue a ver a la madre de la Ñata, su esposa. La mujer vive cerca, en Avellaneda. Esa misma tarde, fue.

—¿Y saben qué pasó, qué quería?

—No, no quería nada, hablar con ella. Nosotros le preguntamos y nos dijo que el yerno pasó un rato y le dio un abrazo y se tomaron unos mates y lloraron un rato y después se fue.

—¿Y no le dijo dónde se iba?

—Bueno, si se iba a lo de la otra no se lo iba a decir a la suegra, imagínate.

—Me imagino.

Le contesto, obediente, y le pregunto si tienen una idea más clara de quién le quemó el rancho.

—Clara, lo que se dice clara, no. Nosotros no fuimos, eso te lo puedo asegurar. Y él tampoco, ni mamado. Los pesados de la empresa o la cana que trabaja para ellos podrían ser, pero tampoco te creas que los veo haciendo eso. Una cosa es cagarte a palos, torturarte, hasta matarte, y otra cosa es prenderle fuego a una casa con una mujer y una nena adentro. La verdad que no la veo. Hasta ellos tienen límites, sabés.

—¿Y entonces?

—Y entonces no sé, ya te dije. Capaz que fue un accidente, o que hay algo que se nos escapa, no sé. Y capaz que no lo vamos a saber nunca. Pero ahora hay que tratar de encontrarlo al Griego. Vos lo viste el otro día, está jodido. Así, suelto, puede llegar a hacer cualquier cagada. Es un peligro.

—Sí, ¿pero cómo hacemos?

—No sé, Andrés. Y además yo no puedo dedicarle mucho más tiempo a todo esto. Tengo una huelga que puede llegar a salir en un par de semanas, la protesta por las condiciones de trabajo, todo eso, para ponerles coto a estos patrones hijos de mil putas y tengo que ocuparme de eso. Con lo difícil que está... Cada vez se hace más difícil convencerlos de que vayan a la huelga.

—Con lo mal que lo estamos pasando...

—Justamente, nos tratan así porque hay miles de obreros sin trabajo, pueden tratarnos como quieran.

Dice Peter, e insiste en que igual no puede dejar que mueran dos compañeros sin hacer algo, que no se pueden dejar avasallar así por los patrones.

—Nosotros no tenemos nada, compañero, eso es lo que significa proletarios, los que no tenemos nada. Lo único que tenemos es el respeto de los otros, de los que nos necesitan, los que nos tienen miedo. Sin ese respeto no tenemos nada, nos tratarían peor todavía, como cuando nos hacían trabajar catorce horas por día. Yo tengo que ocuparme de eso, no puedo seguir pendiente de las locuras de un muchacho, por más compañero que sea. Así que te toca. Cualquier cosa llamame, estoy atento.

En mi barrio lo llamaban un caso clásico de preparémonos y vayan. Aunque también te dicen que en eso consiste la conducción: en conseguir que otros hagan lo que querés, no en hacerlo. Si es eso, el camarada Peter es todo un líder.

Tardé en volver. Estaba harto de este laburo, de suicidas con gomina, matarifes fugitivos, pelirrojas desatadas, clandestinos tomando chocolate, así que me fui a dar una vuelta: la calle Florida rebosa de personas seguramente más arruinadas todavía que las que yo suelo contar pero con la gran ventaja de que nunca me voy a enterar de lo que les pasa. Son casi las seis, tarde de invierno, viento que anuncia lluvia, hombres y algunas mujeres que corren para meterse en el subte o en los colectivos y llegar a sus casas antes de que caiga, hombres y algunas mujeres más hartos todavía después de un día entero de un trabajo que seguramente no les interesa, hombres y algunas mujeres preguntándose qué están haciendo pero en voz baja, lo suficientemente baja como para no correr el riesgo de escucharse. Y cuando llego de vuelta al diario me encuentro con una viborita de gente que sube por la escalera al primer piso, donde están la oficina de don Natalio Félix Botana y el salón de actos. Es obvio dónde están yendo; lo que no es obvio es para qué.

—¿Qué pasa, Feliciano? ¿Hay baile?

—¿Qué baile? Ojalá. No, presentan un broli ahí en el salón.

Estoy por preguntarle cuál pero el prejuicio me detiene; nunca he visto al amigo Feliciano, portero uniformado y galonado, con letras en la mano: ni siquiera el diario. Así que subo al ascensor de periodistas pero en lugar de bajarme en la redacción, en el tercero, me quedo en el primero. Ahí, junto a la puerta del salón de actos, hay un cartel hecho con esas letras de plástico blanco que se enchufan en un cuadrado de felpa negra con rayitas: «Presentación. Historia Universal de la Infamia. Jorge Luis Borges». No lo puedo creer. Y mientras me dedico a no creerlo siento un golpe en la espalda.

—¿Interesado por la gran cultura, Pibe?

Jordi Señorans me mira con sonrisa cachadora.

—No tanto como vos, talanca. Yo acabo de entrar y me topé con esto.
¿Vos qué excusa tenés?

—Yo, ninguna. No necesito excusas para acompañar a los grandes artistas ignorados.

Yo sé que Señorans detesta la grandilocuencia pomposa, disfrazada de balbuceos tímidos, que suele afectar nuestro compañero Georgie: me lo dijo más de una vez y, además, a Seño se le puede tener confianza para detestar a cualquiera que haya publicado más de sesenta líneas. Como dice el tango de Charlo, Rencor, tengo miedo de que seas amor: que los desprecie o los odie así porque él mismo quiere y no puede. Y sin embargo, cada vez que le pregunté, en estos siete u ocho años que nos conocemos, si escribía, se hizo el gil, cambió de tema, silbó por el colmillo.

—De este lo único que te gusta es que sea ignorado.

—Pobre Georgie. Tanto que le gustaría ser famoso y tanto que lo disimula. Como si no nos fuéramos a dar cuenta. ¿Te acuerdas cuando andaba atrás de la Rusita?

—Me acuerdo que había otro también, en esa época. Un catalán, si no recuerdo mal.

—Yo me puedo acordar de un argentino medio tano, pero por ese lado me parece que nos vamos al carajo.

Dice Señorans, y arma la sonrisa que suele armar en estos casos: una mueca que a veces me preocupa. Y enseguida cambia de tema:

—¿Sabes que este libro lo hizo con las historias que fue publicando acá, en la revista de los sábados? Por eso le dieron el salón de actos para la presentación. Es como un hijo nuestro, digamos, por decir.

—Otro que se resiste a la vieja ley que dice que el papel de diario del día anterior sólo sirve para envolver el pescado.

—Sí, otro con berretín de eternidad.

—Berretín de eternidad. Esa me gustó, talanca. Tan porteña, tan universal.

Ya nos hemos reído suficiente, supongo, y sentido suficientemente piolas como para soportar la dura prueba de sentarnos en una de las quichicientas butacas del salón y escuchar cómo elogian a otro. Nos sentamos, fila cinco o seis, cerca pero no tan cerca, lejos pero no tan lejos, y esperamos pacientes. Somos cincuenta, sesenta: un tercio del salón, con suerte. Al cabo de poco, Borges y su compañero de la revista, Ulyses Petit de Murat, entran serios, sus trajes oscuros, sus anteojos de culo de botella, sus culos de culo de botella, cada uno con un libro en la mano: el mismo libro. Es la *Historia Universal de la Infamia*, blanca con sus letras celestes, unas doscientas páginas, gauchita. Y los aplaudimos y se sientan y Ulyses emboca su sonrisa clásica, una que no quiere decir nada –o quiere, pero no lo consigue– y empieza su perorata llena de adjetivos: dice que va a «recorrer una por una las historias» y se detiene un rato en la primera, del impostor inverosímil, un tipo que se hace pasar por otro y tiene éxito porque no se parece en nada al original –y por alguna razón me suena mucho. Y después hay otras que me suenan menos y en algún momento empieza a hablar de un japonés, un caballero medieval nipón que se ve obligado a suicidarse y entonces todos sus seguidores, cuarenta y tantos samuráis, también se suicidan.

–¿Será que somos todos japos, catalán?

–No digas sandeces, Pibe. ¿Qué bicho te picó?

–Esto de los suicidios. ¿No se parece un poco a esta gente que estoy buscando estos días, gente que se mata porque su ídolo se murió? No será su jefe pero se parece, ¿no?

Señorans me dice que me calle. Borges retoma lo que dice Petit y también empieza a hablar sobre el suicidio: decididamente, no tengo forma de escaparle. Pero hay algo que dice que me toca: que el suicida es sobre todo un optimista. Que es alguien que creyó que la vida tenía que ser mucho mejor que lo que es y se decepcionó porque no era y no pudo o no quiso tolerarlo. Y dice, hablando de sus japoneses, que es raro pensar en el suicidio en el budismo, ese esfuerzo brutal por adaptarse a lo que hay; que el suicidio es una idea mucho más épica, la de no soportar que la vida no

sea como uno la querría y actuar en consecuencia más allá de toda consecuencia.

—Mucho más meritorio que el sacrificio de Jesús fue el de Judas.

Dice, y lo deja ahí, sin más explicación. A mí me parece que lo dice para mí, que estoy entendiendo algo que me importa. No puedo creer que el culpable sea él, el gordito culón que le corría detrás a la Rusita. Donde menos se piensa salta la liebre, dice siempre mi vieja, que nunca en su vida vio una liebre. Y que, en una de esas, cree que ese refrán quiere decir que es mejor no pensar demasiado.

—¿No se llamaba Michelakis?

—¿Qué decís, Dorrego?

—Digo que si el tipo ese que anduviste siguiendo, el del incendio en el Doque, no se llamaba Michelakis.

—Sí, así se llama, que yo sepa. ¿Por?

—Se llamaba, Riva, se llamaba. Me parece que debe ser el mismo: llegó un parte de la Federal que encontraron a un tal Demetrio Miche...

Al Demetrio ya me estoy parando, y llego a su escritorio antes de que termine el Michelakis.

—¿Qué? ¿Un parte qué?

Tenía que ser Dorrego: ave de mal agüero, por no llamarlo mufa en cuatro tiempos, yetatore del orto.

—El parte de la Federal, Rivarola, que dice que ayer encontraron a un Demetrio Michelakis ahogado en el Riachuelo, cerca del Puente Prilidiano Pueyrredón, con todos los signos de haberse suicidado en las...

—¿Cuáles son los signos de haberse suicidado, Dorrego?

Lo corto, más bien brusco. Me sigue resultando muy difícil hablar con él tranquilo.

—Qué sé yo, Rivarola, preguntales a ellos. No te calientes conmigo, ellos dicen eso, no yo.

No se moja, como de costumbre. Y encima, para marcar las diferencias, dice calientes en vez de calentés.

—Ya les voy a preguntar, no te preocupés.

Le digo yo, también para marcarlas. La noche anterior, después de la presentación de Georgie, terminé en el Tortoni, mesa de varios y variados alcoholes, discutiendo sobre la inmortalidad del cangrejo con esa facilidad

que te da el escabio para sentirte muy provisoriamente inmortal –o cangrejo. Y esta mañana llegué difícil, pastoso, para encontrarme de pronto con esta novedad, y ahora tendría que irme hasta la comisaría 34, ahí en Barracas; tantas ganas como de agarrarme los huevos con la puerta.

–Sí, lo encontramos ayer a última hora. Nos vino a buscar un marinero de una chata que cuando la estaba atracando vio al occiso en el agua y no lo quiso tocar y se presentó en esta repartición. Así que intervinimos.

Dice un oficial jovencito, subteniente recién salido de la escuela, bien afeitado, carita de esperanzas. Me gusta verlos cuando empiezan: cuando todavía tienen todo por perder. Me gusta suponer el despiporre que se le va armando en la cabeza a este muchacho, un oficial nuevito, que acaba de salir de sus clases lleno de métodos de investigación y sistemas de organización y frases de la patria, cuando empieza a darse cuenta de que tiene un poder que no se imaginaba, que los comerciantes del barrio le regalan cosas, que los ladrones viejos le mandan encarguitos, que el cura lo saluda con cariño y le presenta al monaguillo, que alcanza con que pegue un par de gritos para que veinte tipos grandes recios pendencieros salgan corriendo con el rabo entre las patas. Me gusta imaginar cómo al principio se sorprende, cómo se va acostumbrando, aprendiendo, tomándole el gusto: cómo se va transformando en el hijo de mil putas que todos esperamos.

–Entendido, oficial. ¿Y entonces lo fueron a sacar ustedes ayer a la tarde?

–Bueno, a la tarde no, más bien a la noche. Ayer andábamos cortos de efectivos, sabe, con el tema de la huelga de las hilanderías...

–Claro, entiendo. O sea que lo sacaron a la noche.

–Sí, fue complicado. No sé si usted alguna vez tuvo que pescar un cadáver a la noche, pero...

Yo estoy por decirle que sí, todos los viernes, y que nunca sé si llevar red o anzuelo, pero tengo miedo de su sentido del humor –o su falta de él. El muchacho es lampiño en todos los sentidos. Debe ser muy esforzado o

muy lameculos o muy perverso o muy hijo de alguien o una buena combinación de un par de ellos.

—...pero la cosa se complicó un poco, lo tuvimos que sacar con unos ganchos, todo eso. La verdad que fue un problema, el cadáver sufrió, para qué lo voy a engañar.

Podría darle dos docenas de razones pero mejor me privo. Además, me encanta la idea del sufrimiento cadavérico: cuando me ponga realmente gótico voy a ver si la uso. Por ahora lo escucho hablar de rajadas y desgarras y le pregunto si podría ver el cuerpo.

—No, lo siento, señor periodista. Esta mañana ya tuvimos que mandarlo a la morgue central.

—¿Y qué saben sobre la causa de la muerte?

—El hombre estaba ahogado, agua hasta los tuétanos. Se ve que se precipitó al río y ahí palmó. No sabemos de dónde. Si se precipitó de alto, desde este puente, un suponer, en una de esas se murió por el golpe. O a veces el golpe los atonta y entonces se van al fondo más fácil, sin tanta historia. Porque ahogarse en pleno uso de tus facultades es más complicado.

Me dice el oficial, súbitamente reflexivo sobre las muertes en su río, y yo prefiero no discutir su idea de pleno uso. Necesito algo más preciso, más concreto.

—¿Y sabe a qué hora se puede haber muerto?

—No, señor. Nosotros sabemos a qué hora lo encontramos, pero la hora que se precipitó no la sabemos. Nadie lo vio precipitarse, tampoco, o por lo menos nadie que sepamos. Pero si viene el informe del forense con la hora yo lo puedo llamar para pasárselo.

Yo le agradezco, le dejo el número del diario y escapo. Se diría que me fui hasta el fondo de Barracas por el solo placer de palpar la frescura del oficial recién hechito. Calibro, por un momento, la peregrina idea de pasar por la casa de mi madre, aquí tan cerca. Lo malo es que la adopto.

Hace años que no la veo un mediodía de un día de semana: no sé cómo será. Cómo será ella, digo, mi madre en chancletas en un día cualquiera.

—¡Andrea, qué sorpresa!

Dice cuando escucha el timbre y me ve en la puerta, pero hay algo en su cara que no parece muy contento. Lleva una bata rosa viejo acolchada, calentita, y pantuflas con medias.

—Pasá, pasá. Acá estábamos con don Simón tomándonos unos mates, dale pasá.

El invierno está duro; incluso a mediodía hace un frío de perros, pero en la cocina de mi casa la cocina de fierro está encendida y hace un calor tan agradable. Mi madre se saca la bata; debajo tiene un vestido de cuadritos, casi chuchi. Don Simón está sentado a la mesa con su mantel de hule rojo y blanco, y se para muy cumplido para saludarme.

—Andrea, tantos años sin verte.

Deben ser diez o quince, sí: cuando los pibes del barrio nos parábamos en la esquina de su verdulería y él salía con un cuchillo así de grande a decirnos que si no rajábamos nos iba a rajarnos él, que le ensuciábamos la vereda, que le espantábamos a los clientes. Lo odiábamos tupido. Después supe que se había quedado viudo, después que le había dejado el boliche a su hijo y estaba jubilado, mirando pasar los días uno detrás del otro: todo por los cuentos de mi madre. Lo que no sabía era que los miraran pasar juntos.

—Sí, suelo venir acá a tomarme unos mates con Giannina, charlar un rato, acordarnos del paese...

Giannina: le dice Giannina. Mi madre, doña Gianna Bardi de Rivarola, 63 años de edad, se sonroja y mira para abajo. Don Simón está en camisa, tiradores, sus pantalones y unas pantuflas gruesas.

—Sí, nene, nos hacemos un poco de compañía. Eso no le hace mal a nadie, ¿no?

Yo prefiero no ahondar en el tema: está claro que nos inquieta a todos. Así que hablamos del barrio, de cómo ahora que los cajetillas de Caseros y de Montes de Oca ya se fueron todo está más tranquilo, más entre nosotros: que otra vez es un barrio de trabajadores, no de parásitos. Y que lo que no se puede tolerar es el aumento de los precios, que un kilo de tomates hace cinco años costaba seis o siete céntimos y ahora por menos de diez no se

consigue nada, y que del pan ni hablar y que dónde vamos a ir a parar, dice don Simón –¿o debería decir el tío Simón?–, pero que por suerte Boca anda bien, sigue primero, River a cinco puntos, por ahí la vamos manejando.

–Como dice el otro, Andrea: más vale pájaro en mano que afeitarse con vidrio.

Yo venía, está claro, con la esperanza de un almuerzo. Pero ahora lo único que quiero es irme rápido: no seguir interrumpiendo con mi presencia inesperada la normalidad de la vida de mi vieja, una normalidad que, ahora veo, no conozco. Y que seguramente no debo conocer. Le digo que me voy, me dice que bueno y me acompaña hasta la puerta.

–Bueno, mamma, como andaba cerca nomás pasaba a verla. Veo que anda bien, me voy contento.

Le digo, sin segundas intenciones, pero ella escucha las terceras. O eso parece.

–Sí, bien, bien, lo que se dice bien, tampoco. Pero una tiene que distraerse, no pasarse el día sola y pensando en esas cosas, ¿no, Andrea?

–Por supuesto, vieja, por supuesto.

Le digo, y lo creo, pero aunque no quiera me molesta, y tengo miedo de que se me note.

–Chau, nos vemos pronto.

–Sí, nene, pronto, pronto.

Me dice, y me da un abrazo más que nunca.

No tengo ganas de irme hasta la morgue. Es muy difícil que te dejen ver un cadáver y, además, no tiene mucho sentido que yo trate de ver el de Demetrio Michelakis: no es mi pariente, no voy a encontrar nada especial, no tengo nada que buscar. Se mató, lo encontraron en el río, se acabó. Mejor volver al diario, tratar de escribir algo. Es lo que se hace en estos casos.

—Rivarola, te dejaron dicho que a las cuatro.

Me dice Kosinsky, otra vez parco, cuando entro en la redacción, hacia las dos, con un hambre de perros y humor haciendo juego.

—¿A las cuatro qué carajo querés, Kosinsky?

El pobre muchacho me mira atribulado, sin entender qué pasa. Yo me disculpo un poco y le vuelvo a preguntar qué es eso de las cuatro, intentando un tono más civilizado.

—Nada, que te llamó un oficial Sanguinetti o algo así diciendo que la hora de la muerte fue a las cuatro. Yo le pregunté de qué, pero me dijo que vos ya lo ibas a entender.

—Es cierto, Kosi, gracias.

A las cuatro, entonces, de la tarde de ayer: mientras, en la Puerto Rico, con un café y un submarino, el camarada Peter y yo nos preguntábamos qué hacer con su vida, él ya lo había decidido: terminarla. A los idiotas como yo no nos queda más opción que contarlo.

Así que escribo: que el cuerpo de Demetrio Michelakis, que sus amigos conocían como el Griego, apareció anteayer —es decir ayer, pero va en el diario de mañana— flotando en el Riachuelo, y que las autoridades competentes no tienen dudas de que se trata de un suicidio. Y hago un breve resumen de las circunstancias anteriores: el accidente que, pese a sus esfuerzos, les costó la vida de dos de sus compañeros, la presunta responsabilidad del frigorífico La Negra por el mal mantenimiento de sus instalaciones, el incendio de origen tan incierto que terminó con la vida de su esposa y su hija.

Y dudo en agregar mis hipótesis sobre las causas posibles de su suicidio. Por supuesto, haber visto morir a tus compañeros sin poder

salvarlos o haber perdido tu familia alcanzarían. Pero entiendo que también ahí hay matices que nunca podremos conocer. De pronto se me ocurre una opción que nunca había pensado: que los que incendiaron su rancho hayan sido amigos o parientes de alguno de los dos muchachos muertos, creyendo vengarlos al matar al hombre que los dejó morir y que, por error, mataron a su familia en su lugar. Y que el Griego creyera que tenían razón: que realmente él no hizo lo suficiente para salvar a Lagialla y Ortiz –era lo que decía aquella vez en el Farol– y que la única falta de los incendiarios fue matarlas a ellas y no a él. ¿Qué hace un hombre que cree que los que quemaron a su mujer y a su hija hicieron lo correcto, que no los puede odiar, que sólo puede pensar que ojalá hubieran atacado a quien de verdad lo merecía? ¿Corregir el error y tirarse de un puente?

O quizá todo sea mucho menos razonado, más brutal: alguien que ya no se soporta, que no soporta el dolor de vivir como vive, tan sin expectativas, tan hundido. El problema de esa desesperación es que te hace ver las cosas en un presente intolerable: te priva de cualquier relación con el futuro. Me acuerdo de mi amigo Gilberto, un pibe del barrio, uno de esos que don Simón corría con su faca. Gilberto era la esperanza de la cuadra: siempre había sido el mejor del grado en la escuela de los curas de Don Bosco y, sorprendentemente, no era malo para el fútbol ni para las mujeres. Era grandote, un defensor difícil de pasar, y era rubio de ojitos celestes, cosa que las chicas de Barracas de los años veinte apreciaban más que nada. Y así avanzaba, tranquilo, triunfador, tanto que cuando estábamos en cuarto año llegó a decirse que quizás iba a ir a la facultad a estudiar derecho, una rareza: le decíamos doctor, lo jodíamos, nos moríamos de celos. Y, en esa línea, nadie se extrañó cuando empezó a salir con la Marieta, la mejor de la cuadra, una chica de quince que parecía de veintidós, unas tetas como el dos de oros, una sonrisa que nos había partido en cuatro. Eran la pareja perfecta, el blanco de todas las envidias. Duraron como un año y medio, parecían destinados a la boda. Si la Marieta se hubiera ido con un pibe del centro, o por lo menos el hijo de algún tendero rico de San Telmo, o un churro sin posibilidad de competencia, el asunto no habría sido tan grave; pero cuando Gili supo que su mina lo había dejado por Jorgito, el huevón más huevón de

la cuadra de atrás, un flaco sin ninguna gracia que iba a terminar vendiendo huevos con el carro de su viejo, no lo pudo soportar. No sabemos dónde consiguió las pastillas, pero por suerte no debió ser nadie muy fiable. Se tomó como treinta en su cuarto, un martes a la noche, y empezó a dolerle tanto la panza que sus padres oyeron sus gritos, lo hicieron vomitar, le salvaron la vida. Después, cuando terminó el colegio y no fue a la facultad pero se hizo con un buen lugar en la municipalidad y consiguió una novia y todo eso, Gilberto un día me contó que cada vez que pensaba aquella noche le daba el vértigo: literal, que tenía que agarrarse de algún lado. Que podría haber perdido todo, decía, por no poder ver más allá de sus narices, y que eso es lo que te hace la desesperación: te hace creer que todo lo que hay es eso que tenés alrededor, rodeándote, aplastándote como una vaca en brazos. Y que nadie se mataría si fuera capaz de pensar un poco más allá, más adelante, afuera: que matarse es estar tan adentro que te ahogás, decía, que los suicidas, al fin y al cabo, son tipos que por tal o cual razón se quedan miopes. Y me imagino que eso le debe haber pasado a Michelakis. Pobre Griego, no voy a escribir nada de las razones del suicidio, si al fin y al cabo todo se sintetiza en la miopía. Pero mientras se me van ocurriendo unas palabras, tarareadas:

La tumba del Riachuelo
no te sabe tragar,
esas aguas roñosas
no te ensucian.
Qué duras son las cosas
que te tocó vivir,
qué rotas las trompetas
de tu duelo.
Pobre Griego, moriste
para pagar las muertes
de esos muchachos tristes
que te encargó la suerte.
Pobre Griego, moriste
como todos los tuyos

y con ellos te fuiste
al cielo de los yuyos,
al cielo de los ranchos,
al cielo laburante.

Y ahí quedé. A ver si lo sigo en cuanto pueda, con menos cielos y sarasa y más carne chorreando sangre de sus obreros. Ahora Galuzzi me grita que le tengo que entregar la nota del suicidio. Va medio pelada, sin mucha fantasía: hechos, puros hechos, un desastre, y alguna frase de ocasión del estilo «no pudo soportar el dolor que le causó la muerte de sus seres queridos». Una garcha.

—Che, suicidiólogo, vení un momento.

Últimamente don Guillermo González Galuzzi, mi jefe, mentor, timonel y faro inmarcesible, mi castigo, está un poco demasiado amable. Algo le debe estar pasando; si no, no se explicaría por qué me trata con este cuidado, este casi cariño. Me preocupa.

—¿No podés enganchar de alguna manera el suicidio del Griego este con los otros de la serie de Gardel? Sería mejor, le podemos dar más presencia...

—No veo cómo, jefe.

—Bueno, un suicidio es un suicidio, ¿no?

Dice, y me convida un Camel. Yo lo acepto, prendemos, pitamos. La pausa no me ofrece una respuesta mejor:

—Sí, pero en este Gardel no pinta nada.

—¿No podemos decir que el tipo lo escuchaba siempre?

Yo lo miro un poco raro, le digo que por poder podemos, pero es un bolazo infernal y además todo el resto no tiene nada que ver, se mató porque su vida se había ido al carajo.

—No sé, debe ser eso, sí. Pero no sé. ¿Vos te imaginás matándote?

Mi jefe no suele iniciar conversaciones personales. Esto ya se está poniendo más que turbio.

—No, jefe, la verdad que no. Me gusta vivir, aunque sea una vida de mierda, periodista y con un jefe como usted. Si no me suicidé por eso no me suicido más.

Le digo, con sonrisa, como para aligerar el clima.

—Yo lo pensé.

Me dice, de golpe.

—Te voy a contar algo que no tendría que contarte, Rivarola. Pero te lo voy a contar porque a alguien se lo tengo que contar y creo que vos sos capaz de guardar un secreto.

Yo lo miro alarmado: busco en su cara signos de dolor, de enfermedad, me asusto —pero no veo muchas más opciones: un preámbulo así tiene que ser porque se está muriendo. Galuzzi se saca el mondadientes de la boca, lo mira como si fuera un ser extraño.

—Mi mujer tiene cáncer de pecho. No le queda mucho tiempo.

Qué fea la mezcla de tristeza y alivio: que la enfermedad no sea suya sino de su mujer me trae alivio y el horror de que algo así me alivie. Pero es cierto que para mí sería un kilombo que Galuzzi deje de ser el jefe, que pongan por ejemplo al turro de Dorrego.

—Ay, lo siento, jefe. De verdad lo siento.

No sé cómo preguntarle si se va a morir pronto. Supongo que el viejo eufemismo todavía funciona:

—¿Y está muy mal?

—No, ella mal no está. Y no sabe del todo lo que tiene. Pero el médico me dijo que de este año no pasa. 1935 y la puta madre que lo parió. Cuarenta y tres años nos pasamos juntos, imaginate. Cuando nos casamos vos ni habías nacido: 1892, gobierno de Pellegrini. No existía el coche ni la radio ni los aviones ni el teléfono. Si recién estaban poniendo la electricidad...

—¿Una vida, no?

—Sí, Andrés, una vida. No sabés lo duro que fue. Y aunque nunca lo habría creído, en esos días pensé que quizá lo mejor era preparar una buena comida con unas gotas de cianuro y dársela sin decirle nada y morirnos

juntos. A ella le evitaría todo el sufrimiento de la enfermedad, y a mí también, y el sufrimiento de vivir con ese recuerdo...

De pronto, don Guillermo González Galuzzi es un señor mayor mal afeitado, muy chupado, muy petiso, casi ridículo, un poco miserable, que me cuenta algo que no debería contarme porque debe estar solo, porque no debe tener a quien contárselo. Alguien con la mezcla precisa de cercanía y distancia como para contarle una cosa así. No sé cómo sentarme.

—Pero lo desechó, ¿no, Guiller?

—Sí, Pibe, lo deseché. No sé si hice bien o mal, si fue por cobarde o qué...

—Al contrario, Guiller: eso es lo valiente.

—Uy, entonces me equivoqué.

Dice, con una sonrisa, como para cambiar el clima. Yo no sé qué hacer; le doy la mano por encima del escritorio y le digo que cualquier cosa que necesite, por favor, que estoy a sus órdenes. Él me dice ya sé, Pibe, ya sé, y yo me vuelvo a mi lugar. Son cinco pasos muy difíciles. Y sigo sin saber qué tengo que hacer con la nota del suicidio del Griego.

Uno más, me dijo esta mañana: uno más, o dos, y cerramos la serie con todos los honores. Total, me dijo, dentro de poco del pobre Gardelito no se va a acordar ni doña Berta.

—Tremenda la máquina picar carne, Rivarola. Entre las revistas y las radios y los diarios como el nuestro acá nadie vive más de un mes después de muerto. Ya está, Gardel está frío y enterrado allá lejos, en... ¿dónde fue que lo enterraron?

—En Colombia, seguro, pero no me acuerdo la ciudad. Una de allá, Tegucigalpa, Guatemala.

La geografía nunca fue mi fuerte, y el jefe, de vuelta en su papel de jefe, tiene razón: el curro este de Gardel y sus suicidas ya se nos acaba, dentro de unos días nadie más va a querer leer una palabra sobre el pobre hombre.

—Ya están sacando tangos nuevos para que empecemos a pensar en otra cosa. ¿Vos escuchaste el que acaba de estrenar el hijo de puta de Discepolín, Pibe? ¿Ese que empieza que el mundo fue y será una porquería...?

Ya me tienen los huevos al plato: parece que todo el mundo lo escuchó menos yo. Tengo que encontrarlo y dejar de parecer el nabo de la clase.

—No, jefe, no lo escuché. Me dijeron que es muy bueno. El problema es que no está grabado, todavía, cómo hago.

—Ah, no sé, eso no sé. Vos sabés que yo, de discos, poco. A mí, la música, en directo, con personas, con instrumentos, música de verdá. El otro día la llevé a la Mecha a una milonga y estaba la orquesta de Lomuto con Francisco Díaz, y la cantó. ¡Qué tango, Rivarola, qué tangazo! Y cómo le gustó a la pobre Mecha...

Otra vez Galuzzi está a punto de quebrarse. No me gusta verlo así, me levanto para irme.

—Pero no te preocupes, dijo Lomuto que ya lo grabaron, así que el disco va a salir en cualquier momento y lo van a poder escuchar los jóvenes como vos, la muchachada de los gramófonos.

—Qué bueno, jefe, gracias.

Le digo, como si sólo habláramos de eso. Sólo me falta un suicida y lleno el álbum.

No pasaron dos días. Ese mismo jueves una voz melodiosa en el teléfono me dice que una señora pregunta por mí. Lo de la voz en el teléfono me acosa: tengo que recordar que Josefina ya no trabaja en el conmutador y que si oigo tonos celestiales en mi fono no son de ella sino de alguna otra a la que todavía no le cagué la vida.

—Me dice que es la señora Salaberry. ¿La conoce?

—Ni por equivocación. ¿Le preguntó qué quiere?

—Deme un momento, por favor.

La recepcionista se toma su tiempo, yo me aburro. Al final su voz vuelve y me dice que la mujer dice que necesita contarme una historia, que estuvo leyendo mis notas sobre los suicidios de Gardel y tiene una que podría interesarme.

—¿Y está acá abajo?

—Claro, le hablo desde la entrada.

—Dígale que ya bajo, que me espere.

He escuchado más de una vez quejas de colegas sobre esto: que cuando tu firma empieza a aparecer con alguna frecuencia en los papeles empiezan a aparecer los pesados que te quieren contar sus historias para que las cuentes con el mayor despliegue. Y que están hartos de perder el tiempo con chiflados y que qué bodrio y que ojalá no los conociera nadie para poder vivir tranquilos; yo siempre pensé que era una forma pobre del esnobismo periodístico. Todos queremos que nos conozcan; eso tiene varios precios, y uno de ellos es que te busquen y te jodan con historias imposibles; también tiene varios premios, y uno de ellos es que te busquen y te alimenten con historias formidables. Y yo, en cualquier caso, todavía no estoy en

condiciones de quejarme. Diría que es la segunda vez en mi vida que me pasa, si no fuera porque no me acuerdo de la otra.

—¿La señora Salaberry?

La mujer debe tener cuatro o cinco años más que yo, un traje negro de pollera y saco muy ceñidos, medias negras de seda con costura, el debido collar de perlas gordas y un sombrero negro con su velo que cumple con todos los lugares comunes de la viuda tremenda. Bajo el velo, una nariz muy fina y unos labios muy lila: muy pintados de lila; los ojos también muy repintados.

—Sí, para servirlo. ¿Usted es Andrés Rivarola?

—Para servirla a usted, señora.

Tras las fórmulas y la versallería le pregunto qué necesita y me dice que quiere contarme la historia de su marido y su suicidio y le pregunto si me la quiere contar ahora y ella me mira con desprecio. Es feo que te desprecien desde detrás de un velo negro:

—No, el día de Navidad. Véngase de Niño Jesús y yo le traigo el burro.

La señora, decididamente, no tiene paciencia ni ningún interés en simularla.

—Entonces, si le parece bien, podríamos ir acá a la esquina, al Ibérico.

—¿Es un café?

—No, es un museo de instrumentos de tortura de la Inquisición del rey de España.

Le digo, para ponerme más o menos a su altura. La señora se ríe y dice disculpe, me lo tengo merecido, y que si quiero vamos. Le digo que sí, quiero; vamos. Son sólo treinta metros, pero no menos de veinte señores se dan vuelta para mirarnos, y a mí nadie me mira. La entrada en el café es por lo menos tan espectacular: de pronto no veo nuca, sólo caras y ojos. Le digo que nos sentemos en la mesa más cercana: estoy incómodo, y ella tan contenta. Me pregunto cómo será saberlo, estar tan claramente acostumbrado —pero no caigo en la tentación de preguntárselo.

—Usted dirá, señora...

—Salaberry, ¿ya se olvidó?

—No, pensé que me iba a decir su nombre de pila, pero no tengo ningún apuro.

—Lo que no debería tener es ninguna esperanza.

Me dice, y se saca el sombrero, el velo, casi todo. Debajo, su cara es mucho más vulgar, pero no deja de ser atractiva: vulgarmente atractiva o atractivamente vulgar, dos mixturas que suelen ser mortales.

—Entonces, usted dirá.

—De acuerdo, le diré. Dadas las circunstancias, intentaré ser breve.

Dice, justo antes de lanzarse a una larguísima tirada sobre cómo hace unos cuatro años conoció a un hombre un poco mayor, ya bastante curtido, que la atrajo tanto que por primera vez pensó seriamente en la posibilidad del matrimonio. Y que ese hombre, el señor Mariano Salaberry, era un martillero público de la provincia, uno de esos hombres, señor, que andan por las localidades de la Pampa rematando ganado, uno de esos que suelen tener un amor en cada puerto, por así decirlo, aunque sean los puertos más secos que se hayan visto nunca. Y que en un encuentro casi casual — Mercedes, campo de un matrimonio amigo, el asado al final de un remate— se sintió seducida por su simpatía, su traje de alpaca inglesa, su don de gentes, su Chevrolet descapotable y, por qué no decirlo, dice, un rápido cálculo sobre la cuantía de los porcentajes que sin duda obtenía en esta actividad tan decisiva para nuestro quehacer agropecuario.

—Hay gente que se cree que es de mal gusto incluir esa consideración, y yo no estoy de acuerdo. A una un hombre le gusta o no le gusta como un todo y, en ese todo, todo cuenta. Y a una no le gusta imaginarse pordiosera, ¿no le parece, señor Roviralta?

—¿Así que todo cuenta, señora?

Le digo, en un intento de sarcasmo que ella ignora sin el menor esfuerzo. Y me sigue contando —resumo— que en unos meses estaban casados, que se instalaron en un petit hotel de la calle Ayacucho, que llevaban una vida de lo más agradable, que ella lo acompañaba casi siempre en sus viajes por las pampas y en el verano se instalaban un par de meses en Mar del Plata porque a los dos —a los dos, me dice, no a uno más que al otro— les gustaba jugar como posesos y que ahí en La Perla, aunque nunca

terminan de construir ese casino que llevan años prometiendo, hay un par de timbas que te la voglio dire, dice la señora, chispitas en los ojos.

—Pero ahí, una noche, empezó el desastre. Porque si no hubiera sido por eso lo demás no habría sido tan grave, no sé si me entiende.

Yo le digo que no, que todavía no pero no pierdo, ahora sí, las esperanzas. Ella me sonríe apenas y dice que me entiende y que no quiere entrar en detalles ni hacerme perder más tiempo pero que esa noche ella perdió muchísimo dinero, que yo ni quiero saber cuánto, y que su marido, el martillero Salaberry, cuando lo supo pensó seriamente en truchidarla.

—Eso nunca me lo dijo, por supuesto, pero una se da cuenta. Una se da cuenta, en general, de lo que los hombres quieren de una. Y cuando la quieren matar es muy visible.

Dice, y que sin embargo superaron ese escollo brutal pero que tuvieron que reducir mucho su tren de vida, se mudaron, cambiaron el coche por uno más viejo, techo duro, y que eso fue hace casi dos años y que, para empezar a repuntar, su marido había retomado con bríos una actividad que tenía un poco olvidada: la de prestar dinero a intereses compuestos.

—Otra confusión, otra línea poco valorada: sin los así llamados prestamistas, la vida en sociedad sería mucho más difícil. Usted imagínese, señor Rubirosa, lo que harían ciertas personas cuando necesitan desesperadamente cierta suma si no tuvieran la posibilidad de pedirla prestada. Sin los prestamistas, señor, esto sería el caos y la violencia.

Dice, y que no me impaciento, que ya estamos llegando al meollo de la historia. Yo no atino a decirle que no me impaciento ni un poquito, que en verdad me fascina escucharla: esa mezcla de vulgaridad, atractivo e ideas disparatadas bien pensadas me entusiasma —aunque, por razones obvias, trato de reprimirlo. Y lo peor es que tengo que creerle: el problema principal de los suicidas, desde el punto de vista periodístico, es que no hay forma de charlar con ellos.

—No sé cómo fue que lo conoció. Creo que fue un amigo común de las carreras, sabe. Tanto mi difunto como el difunto Gardel eran burreros sin barreras, para decirlo como mi amigo Robi: burreros sin barreras. Y ahí fue que Gardel tuvo una mala racha, se quedó sin un mango en un momento en

que tenía que hacer frente a no sé qué vencimientos, y le pidió a mi difunto un préstamo importante.

Dice, y que entonces empezó el derrumbe: que no sé –yo no lo sé, ella sí– la cantidad de veces que su marido le pidió por todos los medios posibles la restitución de su dinero, que se desesperó, que hizo todo lo que se le ocurrió para obtenerlo, desde pedirle que por lo menos se lo empezara a dar por partes hasta decirle que le perdonaba los intereses hasta mandarle unos amigos para que le explicaran que esa deuda impaga podía traerle problemas de salud casi inmediatos.

–Pero nada, señor Ribasaltas, nada de nada de nada de nada. Yo creo que el cantor ya se creía más allá del bien y del mal, se creía que podía defecarse en un honesto trabajador como mi difunto, y al final de puro agrandado decidió no pagarle. Pero no se lo dijo: todavía ahora, en mayo, le mandó una carta pidiéndole un poquito de paciencia, ¡de paciencia, después de hacerlo esperar como ocho meses! Y mi marido, pobre, se agarró a ese clavo ardiendo, se ilusionó, pensó que con eso nos podíamos recuperar. Porque ya estábamos en las últimas, ¿sabe, señor?, las últimas de las últimas.

Dice, y que ya habían vendido la casa y el coche y vivían a salto de mata con los remates, que eran cada vez menos porque la gente no es tonta y cuando ve a alguien en la mala no lo quiere ni ver y entonces imagínese –yo, que me imagine– que si te ven llegar en tren a una de esas cosas después ni dios te quiere contratar, y que ya no sabían qué más hacer pero que Mariano, pobre, todavía conservaba la esperanza hasta el otro día, cuando vio la noticia.

–Yo esa noche había salido, algunas noches yo salía porque quedarme con él en el bulín nos hacía mal, a los dos nos hacía mal, así que yo había salido con algunos amigos y cuando volví él estaba tirado en la cama, con una cara que no le había visto nunca. Era un cadáver, señor Recanatti, un cadáver viviente. Yo me asusté, le pregunté qué le pasaba, y él me dijo si no había escuchado la noticia y yo le dije que no, que desde cuándo yo escuchaba noticias y él soltó una puteada que no puedo explicarle, señor, tremenda la puteada y dijo cosas y al final me dijo que Gardel se había

muerto. Que se murió Gardel, decía, se murió el hijo de mil putas, se murió nada más para cagarme. Pero yo lo voy a cagar a él, decía, a mí ese hijo de puta a hijo de puta no me gana. A mí a hijo de puta no me gana nadie, gritaba, a mí a hijo de puta no me gana nadie.

La señora Salaberry hace una pausa, le da un toque a su té e intenta una cara piadosa, como de pena, que no termina de salirle. Después dice que como estaba muy cansada se durmió enseguida –que como estaba muy cansada se durmió al lado de un tipo con cara de cadáver que gritaba y gritaba– y que lo peor fue a la mañana, cuando se despertó, con la resaca todavía, la somnolencia todavía: que se dio vuelta y vio a su marido, la cara de cadáver, pero que le pareció que no se movía y lo sacudió y la cara se le cayó a un costado, como si de verdad fuera un cadáver.

–Estaba muerto, señor, estaba muerto. Yo dormí toda la noche con un cadáver, imagínese, por favor, imagínese, cómo voy a dormir con un cadáver...

Dice, corriendo el foco de atención. Pero enseguida lo retoma: que en cuanto pudo reponerse vio que sí, que el hombre estaba muerto, que en realidad ya casi estaba frío y que, antes de correr a buscar a un policía, vio que en su mesita de luz había un frasco de pastillas vacío y un papel. Y que agarró el papel y lo leyó, dice, y me extiende una hoja de cuaderno, su margen rojo, sus renglones azules, doblada en cuatro partes. La agarro, la desdoblo, leo, todas letras mayúsculas: «NO SE CULPE A NADIE DE MI MUERTE. TODO ES CULPA DEL DELINCUENTE DE CARLOS GARDEL QUE NOS HUNDIÓ EN LA MISERIA. ESPERO QUE EN SU TUMBA, ESTÉ DONDE ESTÉ, RECIBA SU CASTIGO QUE MERECE». Y más abajo, en minúsculas, su firma: Martillero Mariano Salaberry.

Miro otra vez el papel, miro a la señora: su cara es un poema. Todos los clichés de la piedad, la pena, la convicción, el dolor, la compasión, la cólera amontonados en una sola cara.

–Por eso se la traje, señor Rivarola. Para que usted pueda agregar a su lista de los suicidios del asqueroso de Gardel esta, su verdadera, su auténtica víctima, mi pobre marido. Es el último, el único homenaje que podremos hacerle. Yo creo que él lo hizo para eso, para sacarle la careta,

para que el noble pueblo argentino no siga creyendo que su supuesto ídolo es otra cosa que un timbero ventajista. ¿Usted lo va a publicar, no es cierto, señor Rivarola?

Todo lo que cuenta suena tan falso que me intriga: nadie inventa algo que parezca tan inventado si no tiene una buena razón para inventarlo. O la locura, nomás, o esa locura que llaman realidad –y que, en general, tiene una imaginación espeluznante.

Galuzzi dijo que estaba bien, que basta de seguir construyendo ídolos con los pies de barro, que si era cierto valía la pena publicarlo; lo publicamos, fue un escándalo, durante dos días todos hablaron de eso, algunos dijeron que eran puras calumnias, otros lo celebraron, alguno dijo que el periodista era un irresponsable que no lo había confirmado suficiente, al tercer día nadie se acordaba. Y, por supuesto, menos se acordaron del pobre suicida del Riachuelo, el Griego Michelakis. Yo me acordé, uno de esos días, y traté de escribirles un tanguito, pero no terminó de salirme. Una cosa rara, casi un himno de obreros comunistas. Tengo que cuidarme:

La carne tiene esas cosas:
tiene fibra, tiene nervios,
tiene sangre y tiene grasa.
Soy obrero de la carne
y a mí ninguno me pasa.
Soy obrero y mi viejo era obrero
y algún día mi hijo lo va a ser
en un mundo distinto y entero,
un mundo donde nadie va a poder
cagarse en los obreros,
currar a los más pobres,
amarrocar dinero,
tirar la que le sobre.
Vení,
gilito engominado,
que acá
te estamos esperando.

Vení,
patrón de plastilina,
que acá
te damos de la fina.
Somos obreros,
obrereros de la carne.
Nosotros no tenemos policías
ni cuidas que nos cuiden la alcancía,
tenemos los facones y los huevos
con que vamos a hacer un mundo nuevo.
Será un mundo distinto y entero,
un mundo donde nadie va a poder
cagarse en los obreros,
currar a los más pobres,
amarrocar dinero,
tirar la que le sobre.
Vení,
gilito engominado,
que acá
te estamos esperando.
Vení,
patrón de plastilina,
que acá
te damos de la fina.
Somos obreros,
obrereros de la carne,
y la carne tiene fibra y tiene nervios,
la carne tiene grasa y tiene sangre,
igual que los obreros de la carne.

Ya volveré a mirarlo, a ver si lo rescato. Mientras, de tanto en tanto, pensé en tratar de encontrar a Carlina pero, entre una cosa y otra, nunca me tomé el tiempo necesario.

El tiempo es raro. De pronto se te llena de piedras, de filos, de asperezas, de agujeros que te chupan, y de pronto se pone terso, suave como culito de bebé, que ni sentís que le pasás la mano por encima. Y se te va: es el truco que usa para rajar sin que te enteres. Estas dos semanas fueron así, culito de bebé, no pasó nada: vine al diario seis días de cada siete, de once o doce a ocho o nueve, seguí sacando notas policiales, interesantes pero ninguna realmente interesante, Galuzzi me gritó varias veces y una tarde me pareció que lloraba pero no dije nada, vi a Beatriz tres o cuatro veces cada vez más inquieto, me senté en el Tortoní con Señorans y alguno más un par de veces, me emborraché sólo dos veces, otro muchacho me habló del tango nuevo de Discépolo y seguí sin poder escucharlo, leí el Poeta en Nueva York que me dejó el año pasado Federico y no lo disfruté, mi barrio cada vez me gustó más, el frío se puso insoportable, comí quince o veinte bifés con fritas o ensalada, siete u ocho tallarines con tuco, dos o tres ossobucos, dos o tres milanesas en fondas rantifusas, fui a comer un domingo los raviolos a lo de la vieja y ni nombramos a don Simón, mi hermano me convenció de ir a la cancha y me aburrí y me arrepentí, traté de corregir el tanguito de Tararira, no se me ocurrió ninguno nuevo, terminé de arreglar el cuarto de Estelita, no avanzamos en el arreglo que me propuso Estela, me compré un mate y una pava y decidí romper mis prejuicios y empezar a tomar mate solo, se me ocurrió por primera vez la posibilidad de irme de viaje, no sé adónde, más que nada por la idea de salir de viaje, estuve a punto de comprarme un traje nuevo pero me arrepentí, por primera vez en mi vida limpié a fondo el baño con viruta y lavandina, tomé muy poco, leí el libro de Borges y me pareció que era un poco pretencioso rimbombante pero no tanto como había imaginado y pensé en buscarlo para entrevistarle por el tema de los suicidios y de paso hablar del libro; al fin y al cabo, después del tanguito que le escribí, le debo algo, y esa era una manera de pagárselo. Pero le pregunté a su compañero de la revista de los sábados, Ulyses Petit, y me dijo que se había tomado unos días de licencia para irse con un amigo rico a escribir un folleto para vender yogures. Me reí un rato, fue uno de los grandes momentos de estos quince días. O sea, de nuevo: el tiempo es raro, y se divierte con nosotros; de nosotros, quiero decir, tomándonos el pelo.

—¿Te puedo contar algo, Andrés?

Decididamente, Adolfo Dorrego quiere amor. No va a ser fácil. Ya me caía mal cuando llegó, con esa pinta y ese tonito y esos aires de cajetilla que no por haberse quedado pato y tener que salir a trabajar se siente menos superior. Pero cuando le fue a Balducci con el soplo de cómo encontrar al Dormido Ramírez me pareció lo peor de lo peor.

—Me llamó Balducci, me dijo que te quiere ver.

—¿Así que ahora sos su mensajero? ¿O su telefonista, cómo lo llamás? O su...

—Andrés, me dijo que te tiene un dato que te puede interesar. Me ofreció contármelo a mí, pero me dijo que es una historia tuya y me pareció que lo mejor era que vos mismo lo tuvieras, ¿no?

Hay algo raro: en general, Adolfo Dorrego es quisquilloso como un gato, y hoy está dispuesto a soportar puteadas, a explicarse. No termino de entenderlo, ni de creer lo que me explica:

—Andrés, vos y yo trabajamos juntos, a los dos nos gusta nuestro trabajo, pasamos muchas horas, sería mejor si fuera grato, ¿no te parece? O por lo menos que no fuera tenso. Yo sé que vos te cabreaste mucho el año pasado con lo de Balducci. ¿Pero cómo querés que consigamos buena merca si no nos mezclamos un poco con ellos? Vos todavía los conocés un poco más. Pero yo, viniendo de donde vengo, si no hago estas cosas no me pasan ni un fulbo.

No sé por qué ofenderme más: si por su implicación de que yo sí crecí rodeado de delincuentes —que, al fin y al cabo, es más o menos cierto— o por su torpe intento de imitar el habla popular: «no me pasan ni un fulbo» suena, en su boca, como un aria de Schumann en la mía. Pero tampoco puedo salir —como diría él— con los tapones de punta: se me presenta todo humilde, con las pelotas en la mano, si se las pateo toda la culpa es mía.

—Está bien, Adolfo, tenés razón. Vamos a intentarlo.

Le digo, lo más vago que encuentro en la sección de buenas voluntades. Y para dar por iniciado el tiempo nuevo:

—¿Y qué quería el delincuente ese?

—Contarte algo, me dijo. Preguntó si podés ir esta tarde a verlo.

Eran días aburridos: eso, a veces, es la mejor coartada.

Voy más tranquilo: las calles son las mismas, sólo que ahora sé dónde estoy yendo. O debería decir que voy más preocupado: las calles son las mismas, sólo que ahora sé dónde estoy yendo. En todo caso, las calles son las mismas: tierra, casitas bajas, baldíos y galpones, corrales, olor a mierda de gallina, ni árboles ni chicos. Y la puerta del galpón de Balducci está igual y el goruta en la puerta no cambió; puede que esté más ancho:

—Buenas tardes, periodista.

Me dice, desde su vereda de tierra, tras sacar la mano derecha del interior izquierdo de su saco y escupir meticoloso hacia un costado.

—Lo esperábamos.

Dice, con dificultad; en su manual eso figura bajo el rubro calurosa bienvenida. Yo estoy a punto de emocionarme pero prefiero dejarlo para el fin de semana.

—Gracias. ¿Está el jefe?

—Adentro, ya vamos.

Me dice un poco seco; se ve que está agotado. Abre la puerta, le camino detrás. Adentro el galpón parece mucho más lleno: si recibieron un embarque de algo mejor no preguntar.

—¿De vuelta en el café, Rivarola? Qué bueno tenerte por acá.

Dice, con esa sonrisa de en cuanto pueda te apuñalo. Me gusta ese tipo de sonrisa, artesanal, toda hecha a mano: sonreírse cuando algo te gusta o te alegra no tiene ningún mérito; estas, en cambio, sí, pura manufactura. Renzo Balducci sigue teniendo como 40 años, un resto de italiano en el acento, un golpe de italiano en esa cara grande, nariz grande, mandíbula grande, cejas grandes sobre ojitos hundidos y el pelo negro duro y una sonrisa que pone y saca como quiere. Renzo Balducci también sigue

teniendo el control de la mayoría de los prostíbulos y el tráfico y demás negocios de la zona Sur –Avellaneda, Sarandí, la Isla, el Doque– y, para darse gusto, aquí mismo, al fondo del galpón, un café porteño: su versión personal e intransferible de esos boliches adonde, ahora, no podría estar a gusto. Yo estuve sentado aquí mismo el año pasado, cuando el asunto de la polaquita, pero al volver a verlo me vuelve a impresionar el detalle, la fidelidad con que montó el mostrador de madera y estaño, los espejos, las mesas y las sillas thonet, las propagandas, las botellas en sus estanterías. Ahora se me ocurre que, en realidad, seguramente hundió al dueño de un boliche y, por su deuda o su vida, se lo llevó pieza por pieza.

–¿Te tomás un café? ¿O preferís una grappa, que es lo nuestro?

Yo le digo que una grappa, gracias, sin hacer mucho caso a esa complicidad que me propone porque los dos venimos de Liguria. Balducci pega un grito. La criollita que le hace de mozo llega al trote; para mi decepción ahora lleva una blusa: son los desastres del invierno.

–Bueno, Balducci...

–Renzo. Habíamos quedado que me llamabas Renzo.

Yo respiro hondo, como para decir algo que no sabría decir. Él me mira; recién ahora recuerdo que es tuerto, y que por eso lo llaman el Ciego, entre otros nombres.

–Bueno, Renzo. Antes que nada te quería preguntar por el Dormido. ¿Me vas a contar qué fue de él?

Balducci toma un sorbo de grappa, la criollita trota para volver a llenarle el vaso y él le dice con la mano que se vaya.

–No, por supuesto que no. Vos no querés saber.

Yo lo miro, sin saber qué decirle. Me parece idiota ponerme a protestar que sí, que por supuesto quiero, pero no se me ocurre otra cosa. Empiezo a hacerlo y Balducci me corta:

–Vos no querés. Es lo que tiene la gente como vos. Creen que quieren saber pero en verdad no quieren, porque si saben después tendrían que hacer algo... ¿Y vos qué vas a hacer, Rivarola? No podés hacer nada, entonces lo mejor para vos es no saber. Ustedes son así.

Yo sigo sin palabras. Estoy a punto de quejarme de ese plural, con quién mierda se cree que me pone. Después pienso en insistir: yo sí quiero saber. Pero creo que cualquier cosa que le diga va a ser débil, lugar común de la quejita o bravata muy poco creíble.

—Así que de eso no vamos a hablar. Por tu bien, no vamos a hablar. No, te hice llamar porque tengo una cosa que contarte que sí te va a interesar. Una que me vas a agradecer.

Me dice, y otra vez me sonrío. Y me pregunta, como si no supiera, si yo anduve averiguando qué pasó en el frigorífico La Negra, el tema de los muchachos que se ahogaron en el pozo de mierda, la cuestión del Griego. Yo le digo que sí, claro, que él ya sabe y para qué me pregunta.

—Tranquilo, no te pongás así. Yo puedo entender que para vos ahora no es fácil conversar conmigo, pero tenés que cambiar de actitud, así no nos conviene. Por eso voy a hacerte este regalo, Pibe, como una oferta de paz y de concordia.

Dice, me sonrío. Yo no sé si me calienta más que me ofrezca concordia o que me diga Pibe; tampoco vale la pena hacer las cuentas. En cualquier caso ya estoy acá y, además, es cierto que todo este prólogo me intriga.

—Vos dirás.

—Yo diré, claro, yo diré. ¿No querés otra grappa?

—Sí, Balducci, servime.

Le digo, un poco harto de su juego de ofertas y demoras, y se diría que me pasé: su mirada se vuelve dura, bruta, una piña en la cara. Después respira hondo, traga saliva, me echa grappa en el vaso: hasta que está lleno y después, después, después. La grappa rebasa, empieza a desparramarse por la mesa, sigue, sigue, nos cae sobre los pantalones —y él sigue sirviendo grappa en mi vasito de tres dedos de alto.

—Muchas gracias, Balducci.

Le digo, a ver si para. Para.

—De nada, Rivarola.

Me dice, como quien dice la próxima te mato —y yo le creo.

—A tu amigo Michelakis lo mataron.

—¿Qué?

—Lo que oís, Andrés, no me hagas repetir las cosas: lo mataron. En la comisaría seguramente no te dijeron, porque en la autopsia tampoco lo pusieron, pero el tipo tenía marcas de alambre en las muñecas y los tobillos. Se conoce que lo ataron, pies y manos.

—¿Y lo tiraron así al Riachuelo?

—Con todo respeto, Pibe, y el cariño infinito que te tengo, ¿no querés pensar antes de hablar? Si lo tiraban así lo encontraban así, ¿no te parece? No, quiere decir que lo tuvieron atado y después lo tiraron, capaz que ya dormido, ya muerto, vaya a saber. Pero antes lo tuvieron encerrado.

—¿Y quién puede haber sido?

—¿Y quién va a haber sido? ¿Vos conocés a muchos que puedan tener a un tipo encerrado y después tirarlo al Riachuelo?

Se me escapa una sonrisa que debe ser nerviosa; Balducci la pesca al vuelo y también se sonríe, cambia el clima:

—No, no seas gil, Andrés, nosotros no fuimos. ¿Para qué carajo lo íbamos a matar al pobre tipo? No, esto si no fue la cana fueron los pesados de la planta. Y, ¿sabés qué? Mismo perro con el mismo collar.

—Con distinto collar, se dice, Renzo.

—Con el mismo collar, te dije, Pibe.

Me dice, cara seria. Es un maestro: en ningún momento deja de confirmarte que es él que maneja, a su gusto y placer. La criollita llega al trote con un trapo impecable, lo pasa por la mesa. Balducci espera que se vaya.

—Eso de atar a los muñecos con alambre es casi una firma de los tiras. Créeme, yo sé cómo labura cada quien.

—¿Y cómo lo supiste, si se puede saber?

—Se puede, porque es fácil. Vos suponés que yo tengo un control en esta zona, ¿no, Andrés? ¿Y qué es lo primero que necesitaría un tipo para tener control? Saber qué pasa, ¿no? Saber qué pasa. Así que yo, para ver si alguna vez consigo ese control que vos decís, empiezo por ahí. Acá, yo sé qué pasa. Siempre hay muchachos en la cana que necesitan más de lo que ganan, así que venden lo que tienen. No tienen mucho: sus galones, sus datos. Y así les puedo contar a mis amigos, cuando ellos necesitan...

—Y ya que estamos, disculpame la última: el incendio. ¿Sabés algo de qué fue, quiénes fueron?

—Ahí me agarraste, Rivarola: no tengo ni idea. Si querés trato de averiguarlo.

—Si podés...

—Claro, vos fumá. Yo, por los amigos, cualquier cosa.

—¿Y qué querés, volver a abrir toda esa historia vieja?

Nunca creí que don Guillermo González Galuzzi me iba a recibir con fuegos artificiales y guirnaldas al aire, pero tampoco supuse que me iba a rechazar así:

—Tenés que explicar toda una cantidad de cosas que los lectores ya no recuerdan para agregar algo que tampoco cambia tanto.

—¿Cómo que no cambia tanto, jefe? Hace dos semanas dijimos que el tipo se había suicidado y ahora podemos informar que lo mataron. ¿Le parece poco?

—No, no es poco, pero como te digo, hay que explicar demasiadas cosas para reabrir toda la historia y decir que nos equivocamos. Nunca es bueno tener que decir que nos equivocamos. Y además la fuente que tenemos...

Ahora parece que habla claro: no confía. Eso sí tiene lógica. Pero sobre la equivocación le digo que pienso lo contrario: que queda bien, de vez en cuando, decir que cometiste un error, que la pifiaste y como sos honesto lo reconocés y estás dispuesto a repararlo. Así el otro te toma más confianza. Galuzzi se ríe: eso está probado en otros campos, Rivarola; no es seguro que funcione para los lectores, dice, y se queda callado.

—Pero bueno, vamos a ver. Dejámelo pensar y mañana te digo.

Si tuviera teléfono en mi casa mi vida podría ser distinta. El teléfono tiene una a favor y una en contra: por un lado, te permite suponer que en cualquier momento, en todo momento, hasta en lo más oscuro de tu casa, puede aparecer algo que te cambie de golpe: la llamada que dé vuelta todo. Y, por otro, consigue que ni siquiera en lo más oscuro de tu casa estés aislado del resto del mundo: como si ya no hubiera espacio tuyo, espacio solamente para vos. Al fin y al cabo no sé si querría tener teléfono en mi casa. Y menos un día como hoy cuando una llamada me ataca en cuanto llego al diario:

—Rivarola, ya llevo un rato tratando de ubicarte.

Me dice Rafael Castelli que, como mucho, le habrá dicho a su secretaria que trate de ubicarme.

—Sí, Castelli, es que acabo de llegar al diario.

—Mirá, no quiero molestarte, pero ¿no nos podemos ver dentro de un rato? Si querés te invito a tomar un café a eso de las tres, muy cerca de donde estás, acá en el Jockey. Necesito que charlemos un momento.

El Jockey Club, es cierto, está cerca del diario —y tan lejos de mi corazón. Yo, como otros trece millones de argentinos, nunca estuvimos en el Jockey: debe haber trescientos o cuatrocientos que sí estuvieron, todos ricos, todos hombres, todos tocados con esos apellidos que siempre manejaron el país. Pero yo ni por casualidad —y ahora estaba por entrar. Así que me cepillé el sombrero y perdí unos minutos con el lustrabotas de la esquina de Corrientes y Esmeralda, esa donde cualquier cacatúa sueña con la pinta de Carlos Gardel, que escribió Celedonio, aunque claro, cuando lo cantaba Carlitos decía que cualquier cacatúa sueña con la pinta de Charles

Boyer. Lo que no dice el tango de Cele es que a esa esquina todavía la llamamos Alaska, porque está llena de polvos blancos, otra que la nieve.

—¿Listo, patrón?

—Sí, si vos lo decís, Trapito.

—Le pregunto, patrón. Los timbos ya están. ¿Necesita algo más?

Trapito me mira con cara de transa: me conoce, nos conocemos hace tiempo. Pero hoy le doy sus diez guitas y sigo viaje. Un poco más allá, en Florida entre Lavalle y Tucumán, pasando la Richmond, el Jockey Club es un palacete del siglo pasado con esas escaleras y esas ventanas y esas puertas, tanto cristal y tanto mármol y tanto terciopelo. Yo subo como César la escalera, triunfante, triunfador.

—Señor, disculpemé.

Me dice, con la suavidad de un cuervo y la misma empatía un portero con uniforme de dorados y galera.

—Usted no es de acá, ¿no, señor?

No me pregunta el cuervo: me lo informa. Yo le digo que no, que claro que no soy «de acá» pero que el señor Rafael Castelli me invitó y ya debe estar esperándome.

—Ah, el señor Castelli, claro.

Dice, como quien diría otra vez sopa, y me esclarece: que entonces tengo que bajar la escalinata y entrar por esa puerta lateral y seguir el pasillo hasta el saloncito de invitados. Paso, sigo, entro: el pasillo es levemente lúgubre pero el saloncito debe tener diez por diez, varios grupos de sillones Luis algo con sus mesas de mármol y, en la pared del fondo, muchos metros de libros por metro. En el saloncito no hay nadie: se ve que los honorables socios no invitan muchos forasteros. Estoy acercándome a la biblioteca cuando entra, por la otra puerta, la del fondo, la que seguramente abre a las ubérrimas galerías del verdadero Jockey Club, el socio Rafael Castelli.

—Rivarola, qué gusto verte por acá.

—Gracias, Castelli, igualmente.

—¿Qué te pido?

—Lo que vos tomes está bien.

Castelli hace una seña y, en dos minutos, un mozo de smoking negro y guantes blancos entra con una bandeja de plata, dos cafés en porcelana inglesa y dos cognacs en copas que deben ser de algún lugar del mundo. Castelli lleva un traje impecable, tres piezas, cruzado, azul oscuro, diamante de corbata sobre corbata color diamante, la biaba de gomina, la sonrisa impoluta. Brindamos, me dice salud mirándome a los ojos, me dice que este es un lugar curioso, que él lleva viniendo tanto tiempo que ya no se da cuenta, pero cuando lo ve con los ojos de un extraño lo percibe.

—Esto se debe haber inaugurado hace más de treinta años, yo era muy joven, venía con mi padre. Esos eran tiempos. Vos sabés que acá está prohibido hablar de política, en el club los socios no podemos hablar de política, y me parece muy bien. Pero bueno, somos argentinos, todos hablan de política sin parar. Y en esos tiempos no sabés, se batían a duelo como locos, eran unos desaforados.

Dice, su castellano de Oxford, y después carraspea, borra la sonrisa, se prepara para hablar en serio:

—Disculpame que te haya llamado, pero hay algo que quería decirte. Y disculpame también la franqueza, pero es mejor decir las cosas de frente, ¿no te parece?

Me pregunta, pero no para que le conteste; sigue hablando: que se enteró de que yo creía que alguien había asesinado al pobre Michelakis. Que primero se enteró de su suicidio y ahora esto, y que no lo podía creer.

—¿Cómo que te enteraste de que yo creía...? ¿Quién te lo dijo?

Castelli hace la sonrisa pucherito: los labios fruncidos, un ligero movimiento de la cabeza para atrás, resoplo corto.

—Dicen que se dice el pecado pero no el pecador, ¿no?

Ayer, más o menos a esta hora, yo estaba en un falso café que se hizo construir un mafioso de Avellaneda para no sentirse muy fuera de lugar; y ahora, un día después, estoy en este falso salón que se hicieron construir unos mafiosos del centro para no dejar que nadie entre en su lugar. Esto del periodismo te hace conocer mundo, por lo menos.

—Eso no te lo puedo decir, Andrés. Todos tenemos nuestras fuentes.

El repaso es rápido, sencillo: Balducci o Galuzzi. No hubo más. Tomo un trago: el cognac huele a mieles, almendras. No sé si alguna vez había tomado algo así.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada, te quería decir que por supuesto nosotros no tuvimos nada que ver con eso. No te voy a negar que a veces aplicamos métodos un poco bruscos con los agitadores. Quiero decir: no podemos dejarlos que nos pasen por arriba, si se ponen muy guachitos nosotros tenemos que poner orden. El otro día ya te conté cuáles eran mis trabajos; mi trabajo principal es poner orden. En todo, en las vacas, en las compras, en las máquinas, en las latas, en los obreros. Sin orden no vamos a ninguna parte. Por suerte cada vez más gente lo está entendiendo.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada, no quiero que te equivoques publicando algo falso. Y para que veas que estamos dispuestos a todo por la verdad y la justicia, te voy a contar algo: ya tenemos claro quién es el culpable de la muerte de Lagiolla y Ortiz. Es Curtini, el jefe de planta. Hicimos una investigación interna muy cuidadosa, muy seria, y conseguimos determinar su culpabilidad.

—¿Y qué fue lo que hizo este señor, exactamente?

—Nada, eso es lo que hizo, y ahí está su culpa. Yo le di una orden por escrito, para que no pudiera negarla, hace casi tres meses, de que tapara ese pozo, y él no la cumplió, o sea que el responsable es él, sin la sombra de una duda.

Dice, y saca del bolsillo de adentro de su saco perfecto una hoja blanca reluciente y me la tiende. La miro un momento: es la orden firmada por él de «reparar sin demora las instalaciones de la sala Siete para evitar accidentes», firmada por él y fechada en marzo de 1935. Todo un documento.

—Así que ayer mismo la dirección ha decidido su despido, sin perjuicio de las acciones judiciales que se puedan emprender en su contra. En definitiva, es el responsable de la muerte de dos obreros de la planta, dos muchachos nuestros, y eso nosotros no vamos a permitirlo.

—¿Y esto sí se puede publicar?

—Sí, claro que sí, para eso te lo cuento. Esto es información fidedigna, de primera mano. Esta va a misa. Pero por eso mismo te recomiendo muy encarecidamente que no te equivoques con lo otro, la muerte de este hombre Michelakis.

Es el truco más viejo del manual: te doy esta para que aceptes que te saco la otra. El más viejo, con un par de adornos: el Jockey Club, buen trato, ese cognac, falsa confianza. Pero el truco más viejo.

—¿Me decís que ustedes no tuvieron nada que ver con la muerte de Michelakis?

—Eso te estoy diciendo, Andrés.

—Y que lo mató la policía.

—Que vaya a saber quién lo mató, si es que lo mataron.

—Y, por decir: ¿por qué lo habrían matado?

—¿Y cómo querés que yo lo sepa? Lo único que puedo decirte es que nosotros ni lo hicimos ni teníamos ninguna razón para hacerlo, ni hacemos esas cosas. ¡Por Dios, che, si hasta parece una locura que yo te esté diciendo esto!

Yo no sé si creerle, por supuesto. Más bien no: si lo hubieran hecho me diría exactamente eso. Pero es cierto que si no lo hicieron también. Es un lío cuando las mismas palabras pueden corresponder a realidades perfectamente opuestas.

—¿Y del incendio, supongo, tampoco saben nada, entonces?

—¿Del incendio? ¿Nosotros qué relación podemos tener con un rancho que se incendia?

Castelli me pregunta si quiero otro cognac y yo, todo el dolor del alma, le digo que no gracias. Prefiero salir de ese salón de forasteros, aunque el precio sea no tomar otra copa —no tomar nunca más otra copa— de esa miel con almendras.

—Me gusta tu estilo, Rivarola. Si tenés ganas de cambiar de orientación, en la Cámara queremos crear un puesto de portavoz, jefe de información, no sabemos todavía cómo se va a llamar, es algo nuevo. Como dijo el otro día el ministro, pobre, ahí en el Congreso: la Argentina será siempre una

nación cuya principal actividad económica será la producción agrícola-ganadera, y nosotros somos sus pilares.

Dice, con una sonrisa que quiere decir que no termine de tomarlo en serio, que lo que dice es demasiado serio como para eso.

—En fin, esas paparruchadas. Si el trabajo te interesa, me gustaría que lo habláramos. Por supuesto, las condiciones serían muy atractivas...

Yo le doy la mano, uno de esos apretones bien machos que hacen furor en el Jockey. Y salgo confundido: sería una vida tan agradable. Podría vivir cómodo, escribir tranquilo; decididamente voy a darle unas vueltas. Se me cruza la imagen de Estelita: influencias, un buen abogado, la manera de recuperarla.

Tengo que apartar la tentación: evitar que me arruine esta historia, el trabajo de todo este tiempo. Separar el futuro posible de lo que estoy haciendo ahora. No va a ser fácil. El frigorífico La Negra acepta la responsabilidad por los dos obreros muertos en el accidente de hace unas semanas y despide a su jefe de planta, sin descartar eventuales acciones judiciales. Visto así parece demasiado: una aceptación excesiva para gente que no suele aceptar nada. Como si, una vez más, estuvieran aceptando algo menor para no tener que aceptar algo más grande. Pero eso no lo sé; sí tengo, en cambio, para completar la nota, la noticia bomba —dentro de lo que cabe—: que el obrero del frigorífico aparentemente suicidado en esos días fue asesinado, y se busca al culpable y no se descarta la intervención de fuerzas policiales. Va a ser, en resumen, un golazo. Podría no volver al diario pero quiero hablar un momento con Kosinsky. Le hago una seña desde el pasillo del baño y el joven brigadista, siempre atento, acude.

—Necesito ver a tu amigo Julián: nada, diez minutos. ¿Cuándo podrá ser?

—Voy a tratar de engancharlo para mañana a las cuatro. ¿En el patio del Cabildo, te parece?

Yo le digo que sí, y él me dice que mañana me confirma. Le agradezco y estoy por irme sin saludar a nadie pero casi llegando al ascensor me

arrepiento, vuelvo, me acerco al escritorio de González Galuzzi y le veo la cara ensombrecida. Busco veloz el nombre de su esposa, al fin lo encuentro. Y hablo bajito, casi funerario:

–¿Mercedes?

–¿De qué me estás hablando?

Me ladra, con la mayor distancia posible entre dos objetos animados: él y yo.

–Disculpe, jefe. ¿Todo en orden?

–Todo tranquilo.

–Le quería preguntar por el asunto de La Negra. ¿Ya lo pensó? ¿Lo pudo comentar con alguien?

Galuzzi bailotea el mondadientes de una esquina a la otra. Después me mira despacio, intenso, como si quisiera que sus ojos me gritaran, y al final resopla y se queda callado. Agarra una hoja de su escritorio y se pone a leerla. Me parece –pero no estoy seguro, no puedo verlo bien– que es un papel en blanco.

Lo veo llegar caminando muy rápido, mirando para abajo, y cuando voy a saludarlo pasa al lado mío sin pararse. El ex-Julián, ahora José Peter, lleva un sobretodo un poco grande y bastante raído, una gorra gastada y alguna urgencia rara.

—La puerta del Tortoni.

Me dice en un susurro, y sigue por el patio del Cabildo hacia la salida, una especie de arco colonial. Me imagino que lo estarán siguiendo o algo así; espero dos o tres minutos, miro a mi alrededor, me siento en una película mala, como la del inglés del otro día, y al fin agarro la avenida de Mayo hacia el Tortoni. Son dos o tres cuadras repletas de personas, gritos, ruidos; cuando llego, José Peter está en la puerta fumando un cigarrillo, el aire de inocencia más culpable del mundo:

—Ya está, lo despisté. A veces se divierten, me siguen unas cuadras, me rompen las pelotas para que no me crea que me olvidan. Es de simpáticos, nomás, de cariñosos.

Yo miro alrededor tratando de que no parezca que miro alrededor —y pienso que esto de andar clandestino consiste en simular que uno hace lo contrario de lo que uno hace, todo el tiempo: ser el opuesto de sí mismo. Debe ser laborioso.

—Mejor que caminemos, por si acaso.

Me dice, y agarramos para el lado del Congreso. Está gris, se oyen truenos, amenaza tormenta. Se me ocurre que quizá todo eso de la persecución fue un circo para impresionarme: me tranquiliza y no me tranquiliza.

—Pediste verme.

Me dice, corto, seco.

—Sí, ya sabrás las noticias, me imagino. Que el Griego no se mató, que lo mataron.

—Algo escuché.

Me dice, como si yo acabara de decirle que Snow Ball no salió cuarto sino quinto en la segunda de Palermo.

—¿Y no te impresiona, Julián? Eso cambia todo. Para empezar, todas las tonterías que pensamos para justificar que se hubiera matado...

—Claro que me impresiona. Mucho, me impresiona. ¿Qué querés que haga? ¿Que me tire al piso, grite, llore?

Ahora sí, el exfalso está a punto de perder la calma, y me sorprende. Parece, siempre, alguien tan controlado. Pero se ve que esto le toca algún nervio jodido. Quizá su calma tiene que ver con esos nervios.

—Castelli dice que ellos no fueron.

Le digo, para volver al terreno de los hechos, o algo así.

—¿O sea que Castelli está diciendo que lo mató la policía?

—No, está diciendo que no fueron ellos.

—Si no fueron ellos, fue la policía.

—Bueno, en todo caso lo está diciendo sin decirlo.

Le digo, mientras llegamos a la zona de obras: donde la avenida choca con esas trincheras que ya llevan años. Tierra, barro, barreras, ruidos de maquinaria, gritos. Peter intenta una sonrisa:

—¿Ustedes ahí en tu diario saben cuándo carajo van a terminar de abrir la «avenida más ancha del mundo», como nos venden los políticos del régimen?

—No sé, pero con un poco más que lo repitan van a terminar por convencernos.

—¿Y ese adefesio que van a levantar ahí a cuatro o cinco cuadradas, donde la avenida nueva se cruza con Corrientes? ¿Te enteraste?

—Bueno, por ahora hay muy poco, ¿no? Parece que le querían hacer un monumento al Peludo, pero que al final ganó la otra. Y dicen que lo van a inaugurar dentro de un año, cuando se cumplan cuatrocientos de la fundación de Buenos Aires.

—Un obelisco van a hacer, dicen, como los egipcios.

Dice, y resopla, y que estuvo leyendo sobre los obeliscos, que los hacían para pedirles favores a sus dioses, pura superstición y control para los faraones, la religión opio de los pueblos, y que estos te dicen que están celebrando el progreso y lo que construyen es un cacho de piedra mágica como los que se hacían hace tres mil años:

–Hasta para eso son reaccionarios los muy hijos de puta. Ya lo vamos a tirar abajo.

Peter parece mucho más dispuesto a hablar de obeliscos que del Griego, su asesinato, sus verdugos. Nos paramos en la esquina de Salta, más alejados de los ruidos, casi enfrente del hotel Excelsior; recuerdo, por un momento, una charla aquí mismo con el gallego García Lorca, otra con el polaco que se enredó con él, lo mal que terminó.

–Bueno, entonces de lo único que podemos estar seguros es de que lo mataron. Se me hace que se les fue la mano. A los tiras los del frigorífico les pagan por mes o por servicio. Ponele que acá les hayan ofrecido una guita, quinientos, mil mangos si les traían la declaración firmada por el Griego sobre el tema del pozo, para estar seguros de que nadie los podría joder con eso. Y los tipos apretaron, le dieron como en bolsa para que firmara y el pobre Griego no quería y al final se les quedó. Andá a saber lo que le estaban haciendo y no aguantó, se les quedó. Me imagino, digo.

–¿O sea que vos estás convencido de que fue la cana?

–Yo lo que digo es que la cana es la que tiene la posibilidad operativa. Los pesados de la fábrica sería mucho más raro que secuestren a uno, lo torturen, lo maten, lo tiren al río. No tienen cómo, dónde. La que puede hacer eso es la cana. Y los que lo necesitan se lo piden, se lo pagan, y todos contentos. Capitalismo de servicios, camarada.

Yo le digo que sí, que parece lo más lógico, y que otro tipo que sabe supone lo mismo, que debe ser así –pero no le digo que ese tipo es Balducci. Peter me pregunta si lo voy a escribir.

–No, yo no puedo escribir que fue la policía si no tengo ninguna declaración, ninguna prueba, nada.

–Lo que podés hacer es decir lo que sabemos: que sólo lo puede haber hecho la policía o los servicios de seguridad de la planta...

Dice, y yo pienso que ellos también, quizá, pero no tiene sentido y lo sigo escuchando:

—...y que el público quiere saber cuál de los dos fue, algo por el estilo. Y a ver si salta alguno. Yo creo que Castelli y su gente van a decir algo. Van a tratar de tirarle el muerto a la cana. Y si no pueden por lo menos van a entregar a alguien, como hicieron ahora con Curtini. Algo es algo.

Peter me mira, mira al suelo, se mira las manos de dedos chatos, grandes, dedos de obrero. Después dice, hablando para abajo, que sí, que seguramente fue la cana, pero que la dirección debe estar muy embarrada.

—Quizá alguno de los tiras los fue a apretar, les está pidiendo guita, algo, y necesitan cerrar el tema rápido. Si Castelli entrega a su jefe de planta es que debe tener el culo muy sucio. No sabés cuántos años llevamos pidiendo que lo cambien y la dirección siempre lo defendió. El tipo es un hijo de mil putas. Era un obrero, uno como nosotros, y le gustó la guita, el mandoneo, el grito fácil...

—¿Y por qué lo entrega ahora?

—No sé. Es lo que te digo. Si lo entrega es porque han hecho alguna cagada grave y está tratando de taparla. Y sobre todo debe tener miedo de que los diarios lo jodan más con esto.

—Es probable. El tipo me llamó ayer para verme, estuvo tratando de quedar bien conmigo.

Le digo, con una especie de vergüenza tonta: como si tuviera que rendirle cuentas de mi moral o compromiso o como quiera que esa cosa se llame.

—¿Ves? Es lo que te digo. Me parece que el tipo lo entregó para calmarlos a ustedes, a los diarios. Para que no sigan rascando en este tema.

—Bueno, tampoco te creas que están rascando mucho...

Le digo y él me sonrío para decirme sabemos pero no te agrandes.

—Con que uno lo saque ya los jode en serio.

Suena raro: el orgullo de conseguir algo bueno, y el orgullo de haberlo conseguido. Quiero decir: supongo que es bueno para cientos de obreros no tener que soportar más a un jefe de planta como ese; supongo que es bueno para mí poder pensar que lo que ellos no consiguieron en años de peleas lo

conseguí yo con unas horas de trabajo. El orgullo, decíamos, la vergüenza:
maneras del poder, formas de no poder, vanidad, vanidades.

Estoy en llamas. Pienso que estoy en llamas, pienso que soy un idiota por caer en esa imagen fácil. Pero estoy en llamas: para publicar la mejor nota de mi vida sólo me faltaría saber quién incendió el ranchito. Ninguna de las hipótesis termina de cerrar. Puede haber sido la cana, la pesada del frigorífico, los compañeros enojados, un pariente de Ortiz o de Lagialla, Carlina, un accidente, el propio Griego. Ninguna me convence del todo, y lo peor es que a nadie le importa. Pero alguien lo sabe. Si no fue él —y sería tan extraño que decidiera quemar a su esposa y su hija—, hay alguien que lo hizo y anda por ahí, que sabe que lo hizo y sigue andando.

Me come la cabeza saber que lo que yo querría saber es algo que alguien sabe: uno solo, dos, quizá, como mucho. Él sabe que no lo debería saber ni él, que preferiría no saberlo, borrar ese episodio de su memoria —y de su vida. Sabe que si algún otro lo supiera le cambiaría la vida. Yo sé que quiero saber algo que solo uno sabe y sabe que no lo debe saber nadie: que su vida depende de que nadie más. Pero está ahí: en la memoria de alguien. Saber que está pero no puedo alcanzarlo me enloquece.

Le pienso pensamientos al fulano: eso que sabe, eso que sabe que no puede saber nadie. Le pienso los recuerdos, me entretengo, me desespero, se los escribo, me entretengo: «Cuando prendí el primer fósforo todavía no estaba decidido. O pensaba que no estaba decidido o me decía que no estaba decidido. La cosa es que lo prendí diciéndome que en una de esas lo apagaba y listo, me iba a tomar un par de vinos. Pero no: lo prendí, lo tiré en esa pila de ramas y basura que había a un costado del rancho, apoyada contra la pared de madera, y cuando vi que se empezaba a prender fuego me di cuenta de que ya no podía pensar nada: ya no tenía nada que pensar, lo que yo pensara no importaba, el fuego no me iba a preguntar nada, no

dependía de mí, estaba ahí, existía. Y podría haberme quedado pero me fui enseguida; la verdad es que no quería verlo, con haberlo hecho me alcanzaba. Y desde entonces vivo con esa imagen en la cabeza, en algún lado: esas primeras llamas que ya eran como si fueran las últimas, tan fatales como las últimas, tan mortales como todas las otras. Y esa idea en la cabeza, en algún lado: que sólo yo lo sé, que nadie más lo sabe, que nadie más puede saberlo, que si se sabe voy a pudrirme en una cárcel y que ahora el trabajo más difícil de mi vida consiste en no decirlo, en callarme esas llamas que están en mi cabeza todo el tiempo. Espero que con el tiempo se vayan apagando; ahora, por ahora, me parece tan difícil guardarlas en secreto, no contarlas. Me parece que se ven de lejos».

Estoy suponiendo que es uno solo, que fue solo, que actuó solo y por su propia idea. Si fuera así estoy suponiendo una venganza personal: familiar de Lagialla o de Ortiz, Carlina, un compañero, alguien que no sabemos que existe ni qué relación tenía con los muertos. Si son dos o más el trabajo de callarse se complica, se lastra con el miedo de que otro u otros no puedan hacerlo. En cualquier caso, uno o dos o los que sean, hay alguien o unos pocos que tienen un secreto que les quema la cabeza, algo que nadie arde en deseos de saber pero que, él o ellos saben, sería su perdición. Me calienta la idea. O, quizá, nada más me consuela la idea; me alivia de nuestra impotencia.

No lo vamos a descubrir. Sólo lo podremos saber si alguien no soporta más la idea en la cabeza. Ni siquiera por remordimiento: porque las ideas siempre tratan de salir de las cabezas.

Pero no lo sabemos, no lo voy a saber. No ahora, por lo menos. Así que tendré que escribir esta nota sin saber. Le voy a dar un día: un día por si el milagro o, más bien, un día para aprender a resignarme.

Después pienso que el periodismo no suele ser así. Que en mi trabajo las personas saben cosas y en general las quieren contar. O por lo menos no quieren no contarlas, y que todo consiste en ir guiándolas, haciéndoles las preguntas que los lleven a saber lo que saben. Y al final, a menudo estarán

felices al comprobar cuántas cosas interesantes tenían guardadas –sin saber que las tenían. Para la mayoría no son secretos; son tesoros perdidos, pienso, todavía en mi escritorio, dándole vueltas y más vueltas cuando suena el teléfono. Nunca habría podido imaginar que fuera ella:

–¿Andrés? ¿Qué estás haciendo?

–Nada, Rusa, acá, terminando de organizar una nota.

–¿Y tenés para largo?

–No, igual esto no es para hoy. Será para mañana...

–¿Querés acompañarme a una cosa?

Estoy a punto de decirle a lo que quieras y pienso que si se lo digo es demasiado barato, demasiado entregado, entonces le digo a lo que quieras.

–A lo que quieras, Rusita, ya lo sabés. No abuses.

Raquel se ríe y me dice que tiene ganas de ir a escuchar a una cantante nueva, que si me animo a acompañarla.

–La pregunta es exacta, Rusita: si me animo. Pero al fin y al cabo yo soy un valiente, ¿no? ¿No era que yo soy un valiente?

Raquel se ríe de nuevo y me dice que a las nueve en la esquina de Corrientes y Rodríguez Peña, que llegue puntual, y ni siquiera le pregunto adónde vamos. De pronto el Griego se me deshace como gotitas en el aire.

A veces la realidad es puro engaño. Seguía sin llover pero los truenos resonaban y yo llegué apurado, casi atrasado, y lo que vi en la esquina fue una persona envuelta en un impermeable gris oscuro, su chambergo negro, fumando parada en la vereda –y me dio un pequeño sobresalto de solidaridad: otro que está como voy a estar yo, esperando a la mina. Me paré al lado, resignado: a las mujeres se las espera. Y me molestó pensar que cuando Raquel llegara tendría a ese señor parado al lado mío. Hasta que vi algo en su movimiento, un quiebre de la mano que llevaba el cigarrillo, que me lo hizo entender.

–Disculpe, ¿tiene fuego?

Le digo desde atrás, y la silueta se da vuelta.

–Andrés, siempre llegando tarde.

Dice, y se ríe y es tan ella. Nos damos un abrazo breve, besos en las mejillas, roces raros.

–¿Vamos, entonces?

–Vamos, claro. ¿Adónde?

–Acá al lado, al Salón La Argentina.

El salón de tan extenso nombre está media cuadra más allá, su toldo de hierro retorcido y vidrios de colores, la puerta abierta, un señor que nos dice si venimos por lo de Libertad.

–Sí, estamos invitados.

Le contesta Raquel, y el señor dice que la segunda puerta a la derecha, y pasamos y entramos a una sala relativamente chica, techos altos y molduras arqueadas, sillas para cuarenta o cincuenta personas, un estrado más que un escenario. Y en las sillas alguna gente y en el escenario cuatro sillas más, micrófonos, los cables.

—¿Lo de Libertad? ¿Qué quiso decir con eso?

—Que si jodés vas preso. No seas impaciente, Andrés. Aguantate un ratito, tranquilo.

Yo estoy en plena campaña buen soldado: le quiero demostrar que sé cumplir sus órdenes. Nos sentamos en dos sillas en la tercera fila al medio; veo caras conocidas, actrices, actores, cantantes, algún poeta con su moño o su melena. Raquel me cuenta que la venta de libros está repuntando, que se ve que lo peor de la crisis ya pasó, yo le digo que según para quién y pienso en mis obreros de la carne pero no quiero tirarle con miserias proletarias. Después me cuenta que su tío Manuel está más tranquilo porque la editorial funciona, que ya no sigue diciendo todo el tiempo que va a volver a vender lotería que es más cómodo y se gana más plata, que ahora está entusiasmado con un libro que le trajo González Tuñón, una compilación de poemas que se llama *La rosa blindada*.

—Vos sabés que mi tío lee poco, pero estos los leyó y le entusiasmaron. Se los había recomendado mucho el chileno Neruda cuando estuvo acá, hace unos meses. Son sobre España, la revolución...

Yo le digo que sí, que a Raúl lo conozco del diario y estoy por contarle una charla que tuvimos una noche cuando el señor de atrás nos chista: tres hombres y una mujer están subiendo al escenario. Los tres hombres tienen guitarras y se sientan; la mujer, vestido negro sin adornos, es Libertad Lamarque, la actriz del momento. Mi cara debe ser curiosa; Raquel, riéndose, me explica:

—Es como una reunión de amigos. Ella quiere probar algunos tangos nuevos, ver cómo le salen, y entonces nos invita para que la escuchemos y le digamos algo.

Yo me callo y admiro: los recursos de Raquel son infinitos. Y miro a la Lamarque: se la ve bien, recuperada. No hace un año que salió en todos los diarios porque se tiró por la ventana de un hotel en Santiago de Chile. Parece que el marido le pegaba y se cansó y decidió matarse, pero era un primer piso y un dentista que pasaba por la vereda la atajó. Ella quedó estupenda, con unos pocos moretones, y el dentista internado al borde de la muerte. Ahora camina por el pequeño escenario con la autoridad de una

diva petisa: pequeña, redondeada, una cabeza grande, pelo negro, ojos oscuros y brutales.

—Buenas noches, amigos. Muchas gracias por acompañarme en esta noche de aventura...

Dice, y sigue con la cháchara hasta que suena un rasguído de guitarra y empieza con el canto. Dijo que iba a intentar una docena, casi todos nuevos para ella; van tres o cuatro —Tango Negro, Nostalgias, El día que me quieras— cuando engancha uno que empieza diciendo que el mundo fue y será una porquería ya lo sé. Sin pensarlo, aprieto la mano de Raquel; ella me devuelve el apretón y la retira, amable, sin esparo. Y la Lamarque sigue:

—... en el 506 y en el 2000 también. Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos, contentos y amargaos...

Por fin lo escucho, después de tanto anuncio: el tango nuevo de Discépolo que todos me habían comentado en estos días. Su voz aguda, de soprano ligera, hace un contraste fuerte con ese texto brusco, amargo:

—...siglo veinte, cambalache problemático y febril, el que no llora no mama y el que no afana es un gil...

El que no llora no mama y el que no afana es un gil: una de esas frases por la que cualquier autor daría medio brazo, y muchos también la otra mitad.

—¿No lo habías escuchado?

—No, varios me habían hablado pero no. Después te cuento.

Le susurro rápido, porque no quiero perderme nada. Todavía no terminó, pero da la impresión de que Cambalache no tiene estribillo: un tango sin estribillo, esa también sería una innovación espectacular. Se acaba, lo aplaudimos a rabiar, miro a Raquel, le doy un beso con chuic y con sopapa. Quizá después me lo cobre, pero podré argumentar que no fue a ella sino a Discepolín —y será casi cierto.

—¡Qué tangazo!

Le digo, ya instalados en una mesa de La Ópera, tostados y champaña. Y, ya que estamos:

—Y menos mal que no es de Manzi.

—Menos mal, sí.

Me dice ella, y la bomba hace su efecto.

—¿Por qué, qué pasó?

—No pasó nada, Andrés, nada que te vaya a contar, por supuesto.

Ahora que la miro con más luz podría decir que tiene unas ojeras excesivas. Pero puede que no sea la luz sino mis ganas de buscarle rastros. En cualquier caso, sigue tan increíble como siempre: su pelo rojo, sus ojos verdes azules amarillos, sus pecas suaves, su sonrisa que me mata, toda ella.

—¿Por qué me invitaste, Rusita?

—Porque quería venir y pensé que te iba a interesar.

—Bueno, esa misma descripción se puede aplicar a tantas cosas a las que no me invitaste en estos meses.

Raquel sonríe, juguetona: como juega el gato maula con el mísero ratón, dice el tango, mientras le promete que en lugar de comérselo se lo va a pensar.

—Es verdad. Y también es verdad que me quedé pensando en lo que me dijiste el otro día. ¿Es verdad?

—Como todo lo que te digo.

—No, Andrés, si es como todo no me sirve. ¿Es verdad en serio?

Dice, y se pone seria: parece que en serio es en serio.

—¿Es en serio? ¿En serio serías capaz de aceptarme como soy?

—¿No lo hice, ya, la vez pasada?

—No, claro que no lo hiciste. Te pasabas todo el tiempo apurándome, apretándome, que hiciéramos más cosas, que se lo dijéramos a tal o a cual, que por qué no quería ir de la mano por la calle, que si había mirado a fulano o a mengana, que si estaba...

Enumera, y no es bueno: se va llenando de sacrosanta cólera, recordando las razones por las que me dejó. Tengo que cortar el chorro sea como sea.

—Es totalmente verdad, Rusita. Aprendí. Justamente, aprendí de todos esos errores, quiero corregirlos. Te quiero, quiero hacer lo mejor para vos, lo mejor para estar con vos, cómo decirtelo.

—De otra manera, justamente: no se trata de estar conmigo. Se trata de encontrar una forma de estar que no sea estar con, no sé cómo...

Raquel respira hondo. Se está enredando y dice que se está enredando. Me acaricia la mano sobre la mesa, me dice que se quiere ir, que qué bueno que podamos pensar en empezar de nuevo, que vayamos de a poco. Que ella tampoco sabe, que me pide que la entienda y la ayude. Se para, me da un beso en el aire delante de mis labios, se pone el Stetson mientras sale caminando. Antes yo habría tratado de retenerla y ahora no; es un principio. Sólo que no sé dónde me lleva, dónde tendría que ir. Estoy lleno de idas y vueltas, acelerones y frenadas, luces y sombras. ¿Seré capaz? No me tengo tanta confianza, pero querría intentarlo. Para empezar, tengo que dejar de ver a Beatriz. Me va a dar pena, pero pena no es un precio suficiente como para no pagarlo. Se me ocurre que quizá Raquel no lo haría y me da odio e imagino no hacerlo; me digo, monje tibetano, que el hecho de que ella lo haga no significa que también lo haga yo. No me creo, trato de crearme. Refuerzo: que yo acepte sus reglas está bien, pero no que yo tenga que adoptarlas. Yo quiero quererla a ella sola: es mi elección. A ella, como sea que ella sea, tibetano. Es mi elección. Y quiero aceptarla como sea. Uy qué matambre.

Dormí tan poco. Es raro el insomnio feliz: en general, no podés dormirte porque estás preocupado y esa preocupación no se va y no te deja hacer lo que querías. Entonces sabés qué es lo que querés –dormir– y lo que no querés –seguir dándole vueltas a la preocupación. El insomnio infeliz es clarito; el feliz es confuso: no te podés dormir pero, aunque medio querías porque estás cansado y se viene un día complicado, tampoco tenés tantas ganas de dejar de pensar en eso que te obsesiona, que no te deja dormir, que te llena de gozo. A eso de las seis caí rendido; antes de las diez me desperté con una mezcla de urgencia e incredulidad: ¿era cierto que anoche Raquel me había dicho que podíamos intentarlo de nuevo? Parece que sí y, al mismo tiempo, no tengo duda de que tengo que ir al diario a escribir la mejor nota de mi vida –o algo así. Me baño cantando, me pongo una camisa planchada y mi saco de salir, me tomo un café rápido enfrente y camino veloz hasta la redacción. Cuando llego todavía no son las doce.

–¿Qué decís, Andrés?

–Bien, Adolfo, todo bien. ¿Alguna novedad?

–Nada, todo tranquilo. Guiller llega como a las tres. ¿Vos ya tenés algo que hacer?

–Sí, voy a retomar lo del frigorífico, tengo carne fresca, por decirlo de algún modo.

–Bueno, dale.

El nuevo modelo de Dorrego es comprensivo, amable, no se mete, así que puedo sentarme tranquilo en mi escritorio y empezar a escribir y armar la nota para que, cuando llegue González Galuzzi, en lugar de preguntarle se la doy y lo enfrento al hecho consumado. La tengo muy pensada, puedo empezarla sin más vueltas: «El suicida no se suicidó. A pesar de las

versiones, a pesar de las simulaciones, Demetrio Michelakis, también conocido como el Griego, obrero del frigorífico La Negra desde hace más de quince años, no se mató sino que lo mataron». Y así, de a poco, voy largando toda la historia, lo que tanto pensé y repensé. Quiero escribirla despacio, con calma, pesando cada párrafo: es mi oportunidad y debo aprovecharla; tengo que ser capaz de sacar lo mejor de mí –y más en un día como hoy o, debería decir, después de una noche como la de ayer.

–¡Rivarola!

He avanzado bastante –ya tengo como cuarenta líneas– cuando Kosinsky me pega un grito con el teléfono en la mano. Voy hasta su escritorio. El teléfono era para disimular.

–Julián está en la puerta del Tortoni, quiere hablarte. ¿Podés bajar?

–Estoy muy ocupado, Kosi.

–Me pidió que te dijese que es urgente.

Juan maneja el subjuntivo con una gracia impropia de un periodista de este diario. Pero no es por eso que decido bajar: me intriga qué puede querer su camarada Peter para volver tan rápido a buscarme. Cuando llego, el tipo tiene un faso en una mano y el sombrero hundido hasta las cejas: caricatura del conspirador. Ni me saluda; me mira corto y me dice fue Carlina.

–Fue Carlina.

–¿Fue qué, Julián?

–Fue ella la que le prendió fuego.

–¿Cómo sabés?

–Porque ella me lo dijo.

–¿Y le creés?

–¿Y por qué no le voy a creer?

–No sé, decime vos.

–Le creo, claro que le creo.

–¿Para qué lo va a hacer si después va a venir a contártelo?

–Porque lo hizo para quedarse con su hombre y su hombre ya no está, lo hizo para nada. Está hecha mierda, Rivarola, realmente quebrada. Nunca vi

a nadie en ese estado, y mirá que he visto gente en mi vida. Nunca vi a nadie así.

Dice, y por primera vez en el diálogo para un momento, respira hondo, me mira a la cara: él sí tiene más ojeras que un mapache. Me dice que anoche ella lo fue a buscar a un lugar que conoce y le contó la historia, que no pudo dormir; otro, pienso, pero por las malas razones. Le pregunto qué quiere que hagamos.

—Yo, por mí, nada. Pero acá el que tiene que decir sos vos. Vos sos el que cree en las leyes burguesas, el orden, esas cosas.

—¿Me estás tomando el pelo, camarada?

—¿Me lo estás tomando vos a mí?

Yo prefería el misterio. Es feo contar la historia de una mujer enamorada que se cree que va a poder quedarse con su hombre si asesina a la otra: sucio, pringoso, y además fallido. Y me duele la idea de que la metan para siempre en una cárcel y me la chupa eso de la verdad, esa huevada para alumnos aplicados. La única razón para contarlo es el orgullo: yo pude, yo lo averigüé. Mientras no consiga una mejor me voy a callar la boca. Se lo digo:

—Yo no creo que tengamos que contarlo.

—Yo tampoco, Andrés, y te agradezco. De verdad te agradezco.

Después, recién una hora o dos después, ya en la redacción, concentrado en mi nota, se me ocurre que quizá Peter tuviera algún asunto con Carlina, o quisiera tenerlo. Al fin y al cabo su familia está lejos —«sí, los veo, cada dos o tres meses»— y ella es toda una mujer: una capaz de querer muy en serio. O quizá lo hace por el partido: ella fue una militante y ya sabemos cómo usan los «diarios de la burguesía» esas historias para desacreditar al comunismo —me habría dicho, y pensarlo me hace soltar la carcajada. Pero me molesta, a fin de cuentas, su actitud: me lo cuenta, se lo saca de encima, y que decida yo. Será que eso también es conducción.

—¡Rivarola!

Hoy estoy abonado. Anoche, en medio del insomnio, se me ocurrió que aquello de «no rompas las pelotas, Rivarola» era un error. Que es cierto que es un endecasílabo y, como tal, es tentador, pero que hay otra versión

mucho mejor; menos usada pero mucho mejor. «No rompas las bolas, Rivarola» tiene esa rima interna cortita, resultona, de la que abusan ciertos tangos. Y es cierto que no es un endecasílabo, pero eso sí se soluciona fácil: «No rompas más las bolas, Rivarola». El más, ahí, te arregla todo.

—¡Rivarola!

Suena de nuevo, y es Galuzzi. Me levanto, corro, acudo:

—¿Qué carajo estabas haciendo, Rivarola, que tuve que gritarte cinco veces?

Dice, gritando seis, y le digo que nada, jefe, que disculpe, que estaba terminando esa nota que...

—Callate, no quiero saber nada. Tenés que salir ya mismo a los cuetes para el Congreso.

—¿Al Congreso?

—Sí, Pibe, un edificio alto con una cúpula verde donde suelen encerrar a nuestros próceres, ¿te acordás, la concha de tu madre? ¡Te dije ya y es ya, carajo!

—Disculpe, jefe, ¿hay alguna chance de que me diga para qué?

—¿Cómo, todavía no lo sabés? Y yo que creía que eras periodista. ¡Acaban de balear a un senador, carajo! ¡Andá, salí rajando!

Son diez cuadras, diez minutos. Cuando llego la calle es un cojato, cientos de personas que se enteraron y fueron para enterarse más o, por lo menos, para estar en el lugar y poder contar las mismas historias que todos habrán leído en los diarios pero empezando por «sabés, yo estaba ahí cuando mataron a Enzo Bordabehere». Con el carnet puedo pasar la línea policial, entrar al edificio, ponerme a hacer preguntas. Un empleado me dice que parece que ya agarraron al pistolero, que es un policía o algo así, y en eso estamos cuando alguien retoma el hit del día:

—¡Rivarola!

El Pepe Candia es el subjefe de la sección Política del diario y se me acerca con muy poco cariño.

—¿Qué estás haciendo acá, Rivarola? ¿Laburando?

A mí se me ocurren tantas respuestas graciosas que me quedo callado.

—Esta noticia la cubre política, querido. Ustedes si quieren van a poder ayudar con otras cosas, si hay kilombo en la calle, no sé, lo que pase, pero esta historia es nuestra, así que muchas gracias, buenas tardes.

Son casi las seis cuando llego de vuelta. Galuzzi me está esperando con cara resignada: rara, su cara resignada.

—Sí, ya sé, ya me dijeron. La cubren ellos, qué se le va a hacer. Y no tenemos página, porque todas van para este remolino. Te voy a pedir que salgas a caminar un rato por el centro, a ver qué pasa, habla con un par de ñatos, escríbete treinta o cuarenta líneas con esa porquería. A las ocho la quiero, ¿de acuerdo? Y disculpame.

La nota es una estupidez, pero ver a Galuzzi pidiendo perdón valía la pena.

El diario del martes lo explicaba todo, o casi todo. El senado se había reunido para escuchar al viejo Lisandro de la Torre, senador demócrata por Santa Fe, un cajetilla en serio, «un traidor a su clase», denunciando la forma en que la Argentina maneja su producción de carne. Que el pacto que hicimos con Inglaterra hace dos años, el famoso Roca-Runciman, les da todas las ventajas, que el noventa por ciento de la carne buena va para los frigoríficos ingleses y norteamericanos y que, además, esas empresas no pagan ni la décima parte de los impuestos que deberían y tratan a su personal como ganado. Son, algunas más que otras, las razones por las cuales Justo le dijo hace unas semanas a Botana que las apretáramos un poco para obligarlas a bajarse del burro y calmar a la oposición; las razones por las cuales se publicó lo que se publicó sobre La Negra; las razones que nosotros usamos para meternos en las grietas y tratar de hacer nuestro laburo; las razones por las que espero publicar, en un par de días, en cuanto se termine esta jarana, la mejor nota de mi vida.

Y en eso estaban, caldeada discusión parlamentaria, cuando el ministro de Agricultura se calentó por algo y se levantó y empezó a putearse con el senador y el senador se acercó a prepotearlo y el ministro lo empujó y el senador se fue de culo, un hombre grande, barbado, respetable, que intentaba levantarse cuando apareció un tipo con sombrero y empezó a dispararle. Pero le pegó a otro senador, Enzo Bordabehere, su amigo y discípulo, dos tiros en la espalda y, cuando se dio vuelta, el tercero en el pecho. Bordabehere murió casi en seguida; el asesino trató de escaparse pero lo agarraron diez minutos más tarde. Se llama, confirmó el diario, Ramón Valdés Cora y es, dice, «un matón a sueldo» que fue comisario de

policía y siempre trabajó para los conservadores. Hombre de don Alberto Barceló, se rumorea –seguro que Balducci sabe algo.

Es un escándalo. Lo mires como lo mires, un matón conserva asesinando a un senador de la República en plena sesión es algo nunca visto, inusitado: lo peor que se podría imaginar en un país donde todos imaginamos siempre lo peor. Kosinsky viene a verme excitado: dice que esto pone al desnudo la barbarie de la burguesía supuestamente civilizada, esa que siempre se presenta como superior, y que esto va a ayudar tanto a la lucha de las masas, que esos idiotas se tiraron un obús en el pie; está muy cerca del orgasmo. Y yo quiero hacer algo, ir a ver a Balducci, averiguar alguna cosa o por lo menos retomar mi artículo: al fin y al cabo trata de esa misma corrupción en la industria de la carne que produjo este desastre. No lo había pensado, pero de pronto todo parece claro: tengo que ir a decírselo a Galuzzi.

–Che, ¿no lo viste al jefe?

–Me parece que está con el recontrajefe. ¿Necesitás algo?

–No, gracias, Fito, lo voy a esperar.

Cuando llega, minutos después, don Guillermo González Galuzzi tiene una cara rara. No es la misma cara de satisfacción que suele tener cuando recibe el llamado de Botana, cuando departe con el Buda. Pero tampoco la ferocidad de la fiera decidida; hay algo de decepción, de vacío en su mirada.

–¡Rivarola!

Yo me río cuando vuelvo a escucharlo y Galuzzi me ve y me grita de qué carajo te reís y yo pongo cara seria y compuesta mientras camino a su escritorio.

–Sí, jefe, ¿qué necesitaba?

–Estuve hablando con Botana. Vamos a volver con todo al tema de Carlitos.

–¿Al tema de qué, jefe?

–De Carlitos, Pibe, de Gardel. ¿Qué sos, tarado?

Yo entiendo las palabras pero no entiendo nada. Tampoco sé cómo preguntarlo para que Galuzzi no me ruja, pero no la veo.

–Disculpe, jefe, mil disculpas: no lo entiendo. ¿Qué vamos a hacer con el tema de Gardel?

–De todo, Rivarola, de todo. Vamos a hacer un héroe de la patria.

La redacción es gritos y corridas y tecleos furiosos y tensión en el aire: igual que justo un mes atrás. Pero esta vez el muerto no es un artista sino un político, y no lo mató la fatalidad sino la codicia. Cosas sin importancia.

–Así como te digo: un héroe de la patria.

Los gritos de los muchachos, los golpes de las máquinas se disuelven al fondo y Galuzzi me explica que tenemos órdenes. Que lo del asesinato en el Senado es un disparate como pocos, que lo de las empresas de la carne no hay quien lo sostenga, y que llegaron instrucciones muy tajantes, muy claritas, muy de arriba, de inventar cualquier cosa que sirva para distraer al soberano.

–De hecho, Pibe, me dijo el gran cacique que bajas a verlo. Le gustó lo que hiciste sobre los suicidas y quiere reclutarte para esto.

–Momento, jefe, no lo entiendo: ¿qué es esto? ¿Qué carajo es «esto»?

–Ya te lo va a explicar, pero es lo que te digo: hacer un héroe. Y el que tenemos a mano es Carlitos. El patrón tuvo una idea genial: vamos a hacer campaña por el cuerpo. Que no puede ser que su cuerpo no repose en la patria, que hay que conseguir que se repatrie. ¿Viste cómo somos, los argentinos? Por un cadáver hacemos cualquier cosa.

–Pero este puede tardar meses, hay que hacer peticiones, documentos, sacarlo del cementerio donde está, meterlo en un barco...

–Mejor. Cuanto más tarde, más tiempo vamos a poder currar con eso. Vamos a romper las pelotas con eso hasta cansarnos, Rivarola. Vamos a embanderarnos, vamos a marchar encolumnados pidiendo el fiambre de Gardel hasta que nadie en la Argentina piense en otra cosa. O bueno, que lo piensen pero no se den cuenta.

No sé si alguna vez lo había visto así: Galuzzi habla con una mezcla rara de entusiasmo y asco, como quien va a hacer con todas sus fuerzas algo que lo repele.

—Disculpe, jefe. Pero, ¿a quién le importa el cuerpo de Gardel?

—A nadie, ya se olvidó todo el mundo. Pero cuando nosotros terminemos con esto va a haber millones en el puerto esperándolo, llorando. Una tragedia, la verdadera tragedia de la patria. ¿No te parece lindo, Rivarola?

Mi encuentro con Botana duró cuatro, quizá cinco minutos. No incluyó puro ni bebidas, ni siquiera el triste cafecito, y consistió básicamente en un discurso breve: que había leído mis historias de suicidas, que le habían gustado, que por eso quería enrolarme en esta cruzada, que si no convencemos a los argentinos de que empiecen a pensar en otras cosas el país se derrumba.

—Es así de directo, mi estimado. Usted sabe que muchas veces he disentido con los más altos poderes de la nación. Todo el mundo sabe que incluso tuve que exilarme hace no tanto tiempo. Pero esta vez el pedido que nos hacen es lógico, tiene todo el sentido: si no empezamos a pensar en otras cosas el barco se nos hunde, y entonces sí que nos ahogamos todos. Así que usted va a tener su lugar en el salvataje de la patria: el cuerpo de Carlos Gardel tiene que estar acá, en su lugar, reposar en su tierra. Millones van a clamar por eso. Y para eso hay que tomarse el trabajo de crear un mito, mi estimado. ¿Qué elementos tenemos para eso? Ahí está el esfuerzo, hay que buscarlos. Pero tampoco es tan difícil: inmigrante, como usted, como yo, como todo argentino que se precie, hombre recio y varón, prenda de las mujeres, tanguero de esquina y lealtades y carreras, y alguna cosa más y el final trágico, por supuesto, que lo combina todo. Allá vamos, mi estimado: al salvataje de la patria.

Dice, con énfasis, y su gesto me despide; yo me demoro un momento pensando si hablarle de mi tango de Gardel pero la segunda mirada es impaciente y perfectamente clara. De todas formas me lo anoto: si esto funciona, mi tanguito puede llegar a venderse más o menos bien. Otra razón para engancharme en esta farsa. Aunque, por un momento, la imagen de Castelli y su trabajo elegante y su cognac me cruzan la cabeza: intento deshacerme.

—Muchas gracias, don Natalio, por incorporarme a este esfuerzo. Le aseguro que no lo voy a defraudar.

Mientras subo las escaleras hasta la redacción no puedo creer lo que ha pasado. Me acerco al escritorio de Galuzzi, le pregunto qué quiere que haga.

—De todo, Rivarola. Por ahora vamos a necesitar más historias de suicidas: más gente que decidió matarse porque la vida sin Carlitos no tiene sentido.

—Pero jefe, ya hice todos los que había, no creo que haya más.

—Ya van a aparecer, vas a ver, teneles confianza. Tenenos confianza a nosotros: los vamos a volver locos. Lo que sí, le vamos a cambiar la faja: «Los suicidios de Gardel», ahora, va a quedar un poco irrespetuoso. Le cambiamos una letra, nomás: «Los suicidas de Gardel» queda impecable.

—Bueno, si quiere mañana me pongo a buscar, a ver si quedó alguno. Mientras, tenemos que sacar la historia del frigorífico, el Griego, tengo unas revelaciones increíbles. Tuvimos suerte. Ahora esta historia está más caliente que nunca.

Galuzzi me mira como quien no reconoce lo que ve, como quien busca algo detrás, como quien desespera:

—¿Qué estás diciendo, Rivarola? ¿No entendiste un carajo?

Dice, y se queda callado: quizás espera que yo reciba la revelación, que entienda de pronto todo eso que él mismo dice que no entiendo. No sucede.

—No, no entendés un carajo. Vamos a hacer todo esto para que la carne no se hunda, que las empresas no se hundan, que el país no se hunda. Una cosa era presionarlas un poco. Ahora, con el asesinato de Bordabehere, cualquier gota puede rebalsar el vaso y esto se va a la mierda, ¿entendés, Rivarola?, a la mierda en bote. ¿No te dijo Botana?

Yo entiendo pero no entiendo y al entender no termino de desentenderme: entiendo que no soy un entendido. O sea: enredarme en alguna gilada que me permita pensar poco. Y así, despensado, intento una última defensa, penosa, derrotada de antemano, estilo pero jefe, la nota es muy buena, deberíamos...

—Ni en pedo, Rivarola.

Él sí lo tiene claro. No queda mucho más: gardeliar, hacerle un prócer a la patria, y dejarse de joder con todo el resto. Por suerte esta noche quizá pueda encontrarme con Raquel, y ver qué pasa.

(Continuará...)

Torrelodones, julio de 2020, cuarentena

Agradecimiento

Hace unos años, Felipe Pigna me estaba entrevistando para una radio a propósito del primer libro de Rivarola, *Todo por la patria*, cuando, hablando de esto y de aquello, mencionó la construcción del mito de Gardel y su relación con el asesinato del senador Bordabehere. En ese mismo momento –creo que incluso se lo dije al aire– decidí que, cuando llegara al año 35, ese sería el eje del relato. Gracias, isócrono.



«*Cambalache* no tiene estribillo: un tango sin estribillo,
esa también sería una innovación espectacular.»

Índice

<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>19</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>22</u>
<u>23</u>
<u>24</u>
<u>25</u>
<u>26</u>
<u>27</u>
<u>28</u>
<u>29</u>
<u>30</u>

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Agradecimiento](#)

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33

34

35

Agradecimiento